



EL RECUERDO
DE TU VOZ

SANDRA GABRIEL

El recuerdo de tu voz

Sandra Gabriel

El recuerdo de tu voz

Obra: El recuerdo de tu voz © 2021

Autor: Sandra Gabriel ©; todos los derechos reservados.

Diseño de portada y contraportada: Fernando Carús

Corrección: Sandra Cuervo

Sello: Romantica's Sandra

Primera edición: mayo del 2021

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier formato o medio, sin permiso previo del titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a mi hijo Gabriel.
¿Cómo quiere la trucha al trucho?

Prólogo

Los Ángeles. Marzo de 2000.

—¡Déjalo, Ryan! ¡Lo vas a matar! —exclamó la niña.

—Eso no será nada comparado con lo que se merece —replicó él sin dejar de dar patadas al niño, que estaba hecho un ovillo en el suelo en un intento de protegerse de los golpes.

—Si dejas de pegarle para que pueda hablar, seguro que me pide perdón —sugirió ella en tono razonable.

Eso hizo que se detuviera. Se apartó del niño, que yacía en el suelo, y le interrogó con rabia:

—¿Es eso cierto, Scott? ¿Le vas a pedir perdón?

Este asintió mientras sollozaba. Se levantó a duras penas y les miró asustado.

—Perdóname, Katy —gimió con voz lastimera—. No volveré a decir nada sobre tus tet... —se interrumpió al ver la mirada asesina que le lanzaba Ryan—... pechos. No volveré a decir nada sobre tus pechos.

Una vez ofrecidas las disculpas, echó a correr antes de que Ryan cambiase de opinión y siguiese con su paliza. Katy se cruzó de brazos avergonzada mientras le veía alejarse. Solo tenía diez años, pero su cuerpo ya se había desarrollado como el de una mujer y eso hacía que en ocasiones tuviese que aguantar ciertas bromas de mal gusto por parte de algunos niños.

—No te volverá a molestar —afirmó su amigo al ver que Scott huía con el rabo entre las piernas.

Se sentía muy orgulloso de sí mismo. Detestaba a aquel mocoso y había disfrutado dándole una paliza. Con catorce años era solo un par de años mayor que Scott; sin embargo, por su aspecto físico aparentaba más edad. Ya alcanzaba casi el metro ochenta de estatura. Eso, unido al hecho de ser el hijo de Stefano Sposito, uno de los hombres más peligrosos de la ciudad, hacía que tuviera muy pocos amigos; por eso valoraba tanto su amistad con Katy y la protegía. Era la única amiga de verdad que tenía. Pese a que su padre y el de Scott eran socios de negocios, disfrutaban enfrentándolos. Eso había hecho que ambos se odiaran profundamente. Cuando le contara a su padre lo que había hecho, estaba seguro de que le felicitaría.

Katy, a su vez, le miró molesta por sus acciones. Agradecía que la defendiese; lo que no le gustaba eran los métodos que utilizaba para ello. Trató de tranquilizarse y hacerle comprender que esa no era la manera correcta de actuar. Sabía que para él era difícil darse cuenta de que la violencia no era la solución a todos los problemas, ya que su padre le había inculcado que así era como se resolvía todo.

Ser una niña no le impedía ser consciente de la realidad que la rodeaba. Todo el mundo sabía que entre Stefano Sposito, el padre de Ryan, y Luca Maltesse, el padre de Scott, controlaban el tráfico de drogas, la prostitución y los juegos de azar de toda la ciudad. Su propio padre era partícipe al ser el contable del padre de Ryan, así que, a pesar de que trataba de mantenerla lo más alejada posible de todo ello, el hecho de vivir en la misma casa que Ryan hacía que fuese imposible que no supiera lo que ocurría a su alrededor.

Sabía que lo que acababa de suceder iba a ocasionarle problemas a su amigo. No solo por haber atacado al hijo de Luca Maltesse, sino por defenderla a ella. Stefano Sposito era un sociópata que disfrutaba maltratando y torturando a su propio hijo. A Katy le dolía el corazón cada vez que tenía que ser testigo de ello, cosa que sucedía bastante a menudo.

—No puedes darle una paliza a cada niño que me diga algo que me moleste —le dijo en un intento de que comprendiese que esa no era la manera correcta de actuar.

—¿Cómo qué no? —replicó él con altanería—. Tienen que aprender que no pueden molestarte.

—No puedes resolverlo todo a través de la violencia —trató de razonar ella.

—Sí que puedo. —Estaba molesto porque no le agradeciera lo que había hecho por ella. Se pasó las manos con los puños despellejados por su pelo negro desaliñado y la miró desafiante al clavar sus oscuros ojos en ella.

—No dejaré que nadie se meta contigo. Eres mi mejor amiga.

Katy sintió cómo su corazón se calentaba ante sus palabras. No se podía creer que en verdad fueran amigos. Él no lo sabía, ya que ella jamás se atrevería a confesárselo, pero en los últimos meses comenzaba a tener sentimientos, deseos... cosas que la confundían, la hacían sentir extraña y le generaban mariposas en el estómago cada vez que estaba con él.

—Ryan... —Por un segundo pensó en preguntarle si a él le pasaba lo mismo.

No sabía si era normal tener esos pensamientos y solo podía recurrir a él para preguntar. Ninguno de los dos tenía madre, ya que ambas habían muerto hacía ya muchos años. Esa era una de las primeras cosas que les había unido cuando se habían conocido, cruzando la barrera de la diferencia de edad.

—A veces... —no se atrevió a formular en voz alta sus pensamientos. Se moriría de vergüenza si él se reía de ella. Eran amigos, si bien el hecho de que fuera cuatro años mayor que ella hacía que se diera cuenta de que para él era una niña. Cuando estaban juntos y la miraba con ese orgullo, como si hubiese realizado una gran hazaña, o cuando se presentaba frente a ella con ese aspecto desaliñado, hacía que no se sintiera como una niña, sino... diferente. En momentos así le gustaría besarlo y que él la besase a ella.

—¿Qué pasa? —la interrogó él al ver que le miraba de una forma extraña—. Estos días estás muy rara.

—Na...na... nada. —tartamudeó avergonzada de que pudiera leer sus pensamientos más íntimos—. Vámonos a casa.

Él miró la mano que ella le tendía y se la cogió con una sonrisa. Durante unos instantes había temido que se enfadara por haberle dado una paliza al gilipollas de Scott. ¿Cómo se atrevía ese imbécil a poner su sucia mirada en los pechos de Katy? ¡Era una niña! Menudo cerdo. Había disfrutado al golpearle. Cuando se lo contara a su padre tendría que mentirle sobre el motivo de la disputa, ya que si descubría que había sido por Katy no creía que le gustara. Hasta el año pasado había tolerado y permitido su amistad; vivían en la misma casa y, teniendo en cuenta que no se le permitía tener amigos entre sus iguales, era lógico que Katy y él se hubieran hecho cercanos; no obstante, de un tiempo a esta parte su padre había empezado a insinuarle que se alejara de ella. Decía que le ablandaba. Aún le escocía la espalda por la última lección que le había dado al respecto.

Miró a su amiga y su pequeña mano entrelazada con la suya. Por más que le hiciera o le dijera su padre, no pensaba renunciar a ella. Contempló los rubios cabellos de Katy, que descendían en cascada por su cintura y, por un momento, deseó acariciarlos, que girase su rostro hacia él y le mirase con esa dulzura con la que siempre lo hacía. Le hacía sentirse mejor persona, casi como si fuera bueno, a pesar de que sabía que era mentira. Nunca sería bueno y nunca se la merecería.

*L*os Ángeles. Veinte años después.

Ryan miró su reloj con impaciencia. Eran las diez y cinco y se suponía que su novia Brooke tendría que estar en la casa para cenar con él. Había llamado varias veces tanto a ella como a Drew, el hombre que había contratado para protegerla y ninguno le había cogido el teléfono, lo que le molestaba y le parecía una falta de respeto. Sus hombres sabían que debían atenderle siempre las llamadas. Para eso les pagaba tan bien; para que estuviesen disponibles las veinticuatro horas del día. En cuanto a su novia, sabía que detestaba que le hicieran esperar.

—Me habías dicho que sirviera la cena a las diez y ya han pasado. ¿Esperamos más por tu invitada o cenarás sin ella? —quiso saber Mary, el ama de llaves, que esperaba instrucciones en la puerta del comedor.

Se giró para hablar con ella y sintió que su mal humor se atemperaba un poco. Mary era una de las pocas personas que apreciaba en esta vida. Rondaba la cincuentena, de figura algo rechoncha y abundantes canas que salpicaban sus negros cabellos, era como la madre que nunca había tenido. Había temido que tras la muerte de su padre, dos años atrás, hubiera decidido irse, pero no lo había hecho y se lo agradecía. Dirigía la casa desde hacía tantos años que no se imaginaba vivir allí sin ella al frente. Había entrado en su vida siendo niño y el poco calor humano y bondad que había recibido había provenido de ella. Tanto Katy como él la habían amado como si se tratase de su propia madre.

El recuerdo de Katy le produjo, como siempre, un dolor sordo en el corazón. Se frotó el pecho de forma distraída para aliviarlo, a pesar de saber que de nada serviría.

—Ya deberíamos estar cenando —replicó enfadado, en un intento de distraer sus pensamientos.

Más valía que Drew tuviera una buena excusa para explicar por qué cojones no estaba allí con Brooke. Había planificado una velada tranquila que incluía cenar, echar un polvo y luego permitir que ella se quedara a pasar la noche. En el preciso instante en el que cogía el móvil para llamar de nuevo a su hombre, este comenzó a vibrar, pero el nombre que apareció en la pantalla no fue el del guardaespaldas de Brooke, sino el de Steven, su segundo al mando.

—Steven —exigió en el momento que descolgó el teléfono—. Averigua dónde cojones se ha metido Brooke y por qué ni ella ni Drew me cogen el puto teléfono.

—Jefe... Tenemos un problema...

Oír como su hombre dudaba al hablarle hizo que sintiera cierta inquietud. Tuvo el presentimiento de que en ese instante averiguaría el motivo por el que no habían aparecido.

—¿Qué ocurre? —demandó saber con frialdad.

—Será mejor que venga. Tenemos un problema muy gordo.

—¿Qué clase de problema?

—Solo... venga... Estoy con su novia. Drew me llamó... Creo que debe verlo en persona.

Oír que Steven estaba con ellos hizo que se diera cuenta de que el problema debía ser bastante serio. Si Drew había recurrido a su segundo al mando y este había decidido llamarle quería decir que se habían metido en algún lío bastante serio. Con un suspiro comprendió que había llegado el momento de deshacerse de Brooke. No valía los problemas que generaba por muy bien que se la chupase y por muy dispuesta que estuviese a participar en sus juegos sexuales.

—¿Dónde estáis?

—En un almacén del puerto. El número quince... Jefe... dese prisa.

—¿Y se puede saber qué demonios hacéis ahí?

—Será mejor que lo vea en persona... Su novia... nos ha metido en un lío.

Colgó el teléfono con enfado y se levantó para ir hasta el almacén. Al ver que Mary estaba parada en la puerta del comedor esperando que le diese alguna instrucción respecto a la cena, le dijo con voz tensa:

—Tengo que salir. Agradécele a Teresa la comida y discúlpame con ella. No sé a qué hora volveré.

Salió por la puerta y les hizo un gesto a los dos hombres que la custodiaban para que le acompañaran. Se subieron a un coche con uno ellos al volante y partieron en dirección al almacén del puerto.

Cincuenta minutos después, cuando entró en el almacén, la primera persona que le recibió fue Brooke, que se le acercó con la angustia reflejada en su rostro.

—No sé qué hacer. No se despierta —gimió mientras se abrazaba a él y señalaba a Steven que permanecía acucillado en el suelo frente a lo que parecía el cuerpo de una persona.

Ryan apartó a su novia a un lado y se adentró en el almacén para tratar de comprender lo que pasaba. Steven, al ser consciente de su presencia, se incorporó y le permitió ver que, tal y como le había parecido, en el suelo yacía una persona desmadejada.

—¡Qué demonios pasa aquí! —exigió furioso.

—Será mejor que él se lo explique —replicó su segundo, al tiempo que señalaba al guardaespaldas de Brooke, que hasta el momento no había pronunciado una palabra.

—Jefe...—Trató de justificarse este mientras le miraba gesto mortificado—. Me dijo que eran órdenes tuyas. Como era ella... —indicó señalando a la persona que yacía en el suelo y que hasta ese momento no se había dado cuenta de que era una mujer—. Pensé que era verdad.

Miraba de uno a otro sin entender una palabra y cada vez estaba más furioso. No comprendía nada, no obstante, si de algo estaba seguro era que no le iba a gustar ni un pelo cuando averiguara lo que estaba pasando.

—¿Quién es esa mujer y qué demonios hace aquí? —inquirió dirigiéndose al guardaespaldas.

—Ryan, cariño —musitó su novia acercándose de nuevo a él. Era evidente que pretendía que se calmara—. Yo... quería que fuese tu regalo de cumpleaños. Le pedí a Drew que la trajera. Es culpa suya, que no acertó con la dosis. No conseguimos que se despierte.

Miró de su novia a su hombre con incredulidad. ¿Ella le había pedido que secuestrase a esa mujer? ¿Su regalo de cumpleaños? ¿De qué demonios le hablaba?

—Querida —murmuró simulando voz melosa—. Explícamelo como si fuera tonto. ¿Quién es esa mujer y por qué la has secuestrado?

—Es... Kimberly Swan —confesó ella con voz ahogada.

—Kimberly... ¿Swan? —Estuvo a punto de atragantarse por la sorpresa.

Por un instante fue incapaz de creer que hubieran secuestrado a esa mujer. La cantante de moda del momento. La misma que con su ronca voz acaparaba las listas de éxitos. Vivía como una ermitaña y pocas personas la conocían en persona, ya que no concedía entrevistas ni daba conciertos. Solo pases privados a personas muy contadas a cambio de una cantidad desorbitante

de dinero y era... su cantante favorita.

—¿Se puede saber por qué la has secuestrado? —preguntó fingiendo tranquilidad. En ese momento lo único que quería era estrangularlos a los dos con sus propias manos. Aún le costaba creer que hubieran cometido semejante estupidez.

—Solo... —Brooke se retorció las manos mientras gimoteaba—. Como es tan ermitaña... solo quería...

—¿Qué querías? —interpeló al borde de la paciencia.

—Convencerla para que cantase en tu cumpleaños.

Aquello iba más allá de lo que podía tolerar. Iba a deshacerse de Brooke. Si viva o muerta, eso aún estaba por determinar.

—¡No se te ocurrió contratarla en vez de secuestrarla! —bramó con furia—. ¡Es una cantante! ¡Trabaja por dinero! ¡Y tú! —gritó mirando hacia el guardaespaldas—. ¡Eres un idiota descerebrado! ¿Qué le has hecho? —rugió mientras señalaba hacia la mujer.

—Jefe, le juro que usé la dosis correcta —se justificó el hombre—. Lo busqué en internet. No le di más de la cuenta.

—¿Qué lo buscaste en internet! —Ryan estaba fuera de sí—. ¡Eres un completo imbécil! ¡Lárgate de mi presencia o te juro que te mato! ¡Y tú! —gritó señalando a Brooke—. Reza porque no se muera.

—¿Qué hacemos, jefe? —inquirió Steven, que esperaba órdenes.

—Llévala de nuevo a su domicilio. Y llama a un médico para que la vea.

—¿Y si se despierta?

—¿Dónde la secuestrasteis? —Se giró hacia su novia para preguntarle, ya que Drew, tal y como le había ordenado, había salido del almacén.

—En la calle, a la salida de su jardín.

—Bien. Si se despierta —le indicó a Steven—, le dices que la encontraste tirada en la calle. ¿Lleva documentación? ¿Llaves?—Steven afirmó con la cabeza—. Le dices que supiste el domicilio por la documentación y decidiste llevarla a su casa. ¿Está claro?

—Pero... no la puedes devolver —gimoteó Brooke como si en vez de una persona estuvieran hablando de un objeto—. Aún no ha aceptado cantar en tu cumpleaños.

Tuvo que contar hasta veinte para resistir la tentación de sacar el arma y descerrajarle un tiro en la cabeza allí mismo. ¿Cómo podía haber estado un año entero con semejante idiota? La culpa era de él por pensar solo con la polla.

—¿Y si no acepta, querida? —señaló mientras se cernía de forma amenazadora sobre ella, lo que provocó que retrocediera hasta que su espalda golpeó la pared—. Hay gente que se toma muy mal que la secuestren—. Sacó su arma y la situó junto a la cabeza de la que pronto sería su exnovia—. Si no accede a cantar en mi cumpleaños y decide denunciarnos por secuestro, ¿qué propones? —Se acercó hasta que sus labios susurraron en su oído —: ¿La mato? ¿Era esa tu idea de un puto regalo? ¿Que le tenga que volar la cabeza a mi cantante favorita?

Brooke temblaba de miedo. Nunca le había visto así ni le había hablado así. Le consideraba una persona muy fría y era la primera vez que le veía enfadado. Durante unos segundos no vio a su novio, sino al mafioso que en realidad era, y temió por su vida. Sabía que no sería la primera vez que se deshiciera de alguien. Empezó a llorar en silencio al darse cuenta de la magnitud de sus acciones. Ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad de que la mujer se negara. ¿Quién se negaría a hacer lo que Ryan Sposito le pidiera? Nadie se atrevería.

—No se negará —insistió en un gemido angustiado.

—¿Y si lo hace? —insistió él con frialdad—. ¿La dejo marchar o la mato? ¿Qué propones?

Se apartó de ella despacio mientras trataba de atemperar su furia. Realmente le estaba costando resistirse a la idea de matarla. Guardó el arma en la cartuchera y se giró hacia Steven:

—¡Llévatela de una puta vez!

Este se apresuró en obedecerle y se acercó para coger a la mujer en brazos y sacarla de allí. Durante un instante tuvo la tentación de decirle a su segundo que esperara para acercarse a ella y ver su rostro. Desde donde estaba solo distinguía sus rubios cabellos tan parecidos a los de *ella*. Desde que la había escuchado por primera vez, su ronca voz le había recordado tanto a Katy que se había obsesionado. Tenía todos sus discos y, cuando el dolor y los remordimientos le asolaban, se refugiaba en su despacho con una botella de *whisky* y sus canciones.

Luchó contra la tentación. Era mejor no saber cómo era. Temía que al ver su rostro se rompiera el hechizo en el que le tenía sumido y se viera obligado a aceptar la cruel realidad. Esa en la que la mujer que amaba estaba muerta. Así que, con toda la fuerza de voluntad de la que fue capaz, se apartó de ella. No quería ver cómo era.

Horas después, la ronca voz de Kimberly Swan sonaba a través de los altavoces de su despacho mientras Ryan se tomaba el cuarto *whisky*. Necesitaba emborracharse. La estancia permanecía casi sumida en una oscuridad solo interrumpida por la pequeña luz de un flexo. No esperaba que su noche acabara así. Había planeado cenar en casa, follarse a Brooke y quizás hasta permitirle que se quedara a dormir. Y en lugar de eso, allí estaba, regodeándose en los errores del pasado, tratando de emborracharse para olvidar. Sin lograrlo... Como todas las putas veces que lo había intentado en los últimos trece años.

Lanzó con furia el vaso de *whisky* contra la pared y, en el preciso instante que este se hacía añicos, la puerta de su despacho se abrió despacio y la imbécil de su exnovia asomó su rostro por ella.

—¡Qué coño haces aquí! —rugió molesto al verla. Creía que se habría largado hacía horas, cuando llegaron a la mansión y ordenó a Drew que desaparecieran ambos de su vista.

—Yo... Íbamos a pasar la noche juntos —se justificó ella apesadumbrada.

—Le ordené a Drew que te llevara a tu puta casa.

No se podía creer que después de lo sucedido todavía pretendiera quedarse. No solo tendría que deshacerse de ella, sino también de Drew. Era incapaz de seguir una simple orden. Se levantó para coger un vaso nuevo y servirse otro trago mientras la miraba con desprecio. Ella desde la puerta tragó saliva con miedo. Nunca le había visto así y eso la asustaba. Llevaba toda la noche de un humor extraño. Parecía casi... desesperado. Sacó el teléfono móvil con manos temblorosas tecléo algo en él y el sonido de llegada de un mensaje al móvil de Ryan invadió la habitación.

—Te he mandado un *WhatsApp* con una foto de ella—susurró—. Considéralo mi forma de pedirte perdón.

—¿Le has sacado una puta foto? —rugió con furia. Lo que le faltaba—. ¿Para qué coño le has sacado una puta foto?

—Yo... —pareció avergonzada durante un momento y dudó antes de continuar—quería saber cómo era. Los rumores sobre su voz... Tenías que haber visto su cuello... tenía varias cicatrices...

Eso fue más de lo que él estuvo dispuesto a tolerar.

—Vete de una puta vez, Brooke o te juro que te volaré la tapa de los sesos —la amenazó con voz helada.

Ella palideció ante sus palabras y se apresuró a obedecer saliendo de la estancia. Cuando estuvo de nuevo a solas, se volvió a sentar en el sillón del despacho y cerró los ojos para disfrutar de la voz de Kimberly Swan. En ese momento ella cantaba sobre un amor perdido y él, como siempre que la escuchaba, sintió como si se dirigiera a él. Cuando acabó la canción, cogió su móvil para hablar con Steven sin mirar en ningún momento la foto que su exnovia le había enviado. No quería verla. Esa noche por lo menos, no.

—Asegúrate de que Brooke llegue a su casa. He acabado con ella y no quiero volver a verla. Ah, y deshazte de Drew. Es un inútil.

Se inclinó sobre el dulce rostro de Katy y la besó. Había besado a muchas chicas, aunque con ninguna había sentido lo que sintió en ese momento. La dulzura, el amor que invadió su cuerpo le afectó como ninguna otra cosa en su vida. Ella temblaba bajo sus labios. Le mordisqueó el labio inferior y escuchó un gemido que hizo que se endureciera. Se apartó de ella unos segundos para ver su rostro. Para memorizarlo. Ambos abrieron los ojos y se miraron el uno al otro y el amor que vio reflejado en los ojos de Katy hizo eco en su propio corazón.

En ese momento recordó las palabras de su padre y supo que eran ciertas:

—Ella es tu debilidad.

Ryan despertó con brusquedad. Como siempre que soñaba con ella, sintió un malestar en el estómago. Trece putos años y parecía que hubiera sido ayer cuando había tomado la peor decisión de su vida. No había un solo día en el que no se arrepintiera. Si no la hubiera dejado, con toda seguridad, no habría estado en aquel coche y no hubiera muerto en un absurdo accidente.

—¿Ha llegado a un acuerdo con Julen? —le interrogó Steven cuando entró en el comedor una hora después mientras desayunaba.

—Sí. Tráele algo para desayunar a Steven —indicó a la doncella, que permanecía en la puerta del comedor.

Ambos hombres esperaron a que le sirviera el desayuno. Entonces, Ryan le hizo un gesto a la chica para que abandonara la estancia y comenzaron a hablar de negocios.

—Quiere una parte de los beneficios del casino de los Maltesse. A cambio nos transferirá la distribución de la droga en el barrio norte.

—Es peligroso el juego al que está jugando, jefe —le advirtió su segundo con preocupación—. Al viejo Luca no resultará difícil engañarlo, el problema será su hijo Scott.

—Lo sé —reconoció con una fría sonrisa—. Por eso ya tengo un plan para neutralizarlo. Sabes que el viejo le ve como alguien débil, así que le he convencido de que un tiempo bajo mi mando le endurecerá.

—Le va a sentar como una patada a Scott cuando lo descubra —se regocijó Steven.

—Sí. Y a mí me encantará decírselo en persona. Hablando de otra cosa... después de la reunión con el senador Harris tenemos que pasar por el cementerio.

No le pasó desapercibido el gesto de reprobación de su hombre de confianza. Sabía que esas visitas eran un problema de seguridad, si bien no estaba dispuesto a renunciar a ellas. Eran el único vínculo que aún le quedaba con Katy.

Para todo el mundo era la tumba de su padre la que visitaba, como si le importara una mierda que semejante malnacido se pudriera en el infierno. Lo único que le importaba era que, casualidades de la vida, ella descansaba a escasos metros de distancia. Ver su tumba era como clavarse un puñal en el corazón, no obstante, también le anclaba al suelo. Le daba las fuerzas para continuar. Eran los únicos momentos de paz que tenía en su vida. Sabía que no era sano torturarse a sí mismo con los remordimientos; que debería pasar página de una puta vez. Sin embargo, no era capaz. No creía que jamás pudiera.

Horas más tarde, Ryan abandonó el camposanto y subió al coche mientras recordaba la reunión con el senador. Había sido muy productiva. Aunque odiara admitirlo, su padre tenía mucha razón en alguna de las cosas que le había enseñado.

«El dinero mueve montañas y hasta el hombre más honesto está dispuesto a hacer lo que sea por él».

El senador era muy ambicioso y planeaba llegar lejos. Lo que este no sabía era que se había convertido en un peón que le ayudaría a llevar a cabo sus planes. Aquellos que habían comenzado a tomar forma a raíz de la muerte de su padre. Ese había sido un punto de inflexión en su vida. Cuando había comprendido que esta no era la vida que deseaba. No era la vida que Katy hubiera querido para él.

—No tienes por qué seguir los pasos de tu padre—le había dicho innumerables veces.

Sin embargo, no era tan fácil. Si bien no era lo que deseaba, en algún punto del camino se había perdido y se había convertido en el tipo de hombre que su padre había moldeado.

Sacó el móvil y llamó a su primo Sebastián para contarle el resultado de la reunión. Él y Steven eran las únicas personas que conocían sus planes.

Otra de las cosas que le había traído la muerte de su progenitor había sido descubrir la existencia de su primo Sebastián y su tía Marcia. Al enviudar su tía, sabedora de la muerte de su padre, decidió ponerse en contacto con él, cosa que en vida de su padre y del de Sebastián hubiera sido imposible ya que ambos se detestaban.

No le sorprendió descubrir que el padre de su primo se dedicaba a los mismos negocios que el suyo: el tráfico de drogas, la prostitución, la extorsión y un sinfín de asuntos más, todos ellos ilícitos. Debido a ello había surgido el conflicto que los había separado durante tantos años. Su primo Sebastián, una vez recuperado del accidente sufrido años atrás, había sustituido a su padre al frente de los negocios. Ambos habían descubierto que tenían muchas cosas en común, además de dos malnacidos como progenitores, y hoy en día era su confidente y su mejor amigo.

—Ha aceptado —informó a su primo en cuanto este descolgó el teléfono.

—Perfecto. Ya te había dicho que era influenciable con el incentivo adecuado.

—Como siempre, tienes razón —rió con satisfacción—. ¿Dónde estás? —Se escuchaba música al otro lado del teléfono.

—En una inauguración.

—¿Con tu esposa?

—No si puedo evitarlo —respondió él con un gruñido, lo que hizo que Ryan riese de nuevo.

—Si no la soportas, no entiendo por qué no te divorcias.

—La verdad es que yo tampoco.

—¿Continúan los dolores de cabeza?

—Sí, aunque en el último mes apenas he tenido.

—¿Y tu memoria?

—Igual. Ni un puto recuerdo. Voy a tener que aceptar que quizás no los recupere nunca. Ayer tuve una llamada muy extraña.

—¿Sobre qué?

—Me llamó Richard, el abogado de la familia, y me dijo que tenía una oferta para la vivienda de Isla Esperanza.

—¿Isla Esperanza? ¿Dónde está eso?

—Pues esa es la cuestión. Nunca había oído hablar de ese sitio. Ni siquiera sabía qué existía hasta que Richard me llamó. Me aseguró que adquiriré la propiedad un año antes del accidente y

que incluso hay personal contratado que vive en la propiedad y se ocupa de su mantenimiento.

—Eso fue hace casi siete años. ¿No se le ocurrió decirte nada al respecto hasta ahora?

—Él pensó que yo lo sabía. Que mis padres me lo habrían dicho, no obstante, parece ser que ellos también lo desconocían. Cuando le he preguntado a mi madre se ha sorprendido mucho. No tenía ni idea que había adquirido esa propiedad, y desconocía la existencia de la cuenta bancaria que se utilizó para comprarla y de la que sale el dinero para pagar su mantenimiento y el personal al cargo. Lo más curioso...

—¿Qué? —le instó a continuar al ver que se había interrumpido.

—Lo más curioso es que para llegar a esa Isla, hay que tomar un *ferry* desde Celine.

—¿Y?

—De allí sale el tren en el que tuve el accidente.

Cuando conoció a su primo, este le había contado que años atrás había sufrido un accidente. Un fallo mecánico había provocado que el tren en el que viajaba descarrilara. Habían muerto cientos de personas ese día y él había quedado parálítico y había perdido la memoria. Tras un largo ingreso en una clínica de rehabilitación había podido recuperar la movilidad en las piernas, aunque sufría de una leve cojera que ya le habían advertido los médicos que con toda probabilidad jamás perdería. Lo que aún no había sido capaz de recuperar eran sus recuerdos. Por lo que él mismo había comentado en alguna ocasión, nadie había sido capaz de explicarle qué hacía en aquel tren, puesto que llevaba un año sin mantener contacto con sus padres, que no habían vuelto a saber de él hasta que las autoridades consiguieron localizarlos para informarles del accidente y que fueran a buscarle al hospital en el que se encontraba ingresado. Sabiendo quién era el padre de Sebastián y a lo que se dedicaba, estaba claro que no habría aceptado de buen grado su desaparición, lo que lo convertía todo en aún más misterioso. Ni sus padres ni nadie que conociera le pudo dar razón de dónde había estado durante ese año. Esta era la primera pista que recibía al respecto.

—¿Crees que venías de allí? ¿De Isla Esperanza?

—Es lo más probable —reconoció su primo—. Nunca comprendí por qué me había ido. Se lo he preguntado muchas veces a mi madre y, si bien siempre ha manifestado desconocerlo, me doy cuenta de que me oculta algo. Lo que no sé es el qué. Parecía sincera cuando me negó conocer la existencia de la propiedad.

—¿Qué vas a hacer?

—Ir hasta esa isla en un par de semanas, ver la propiedad y tratar de averiguar si es verdad que estuve allí y por qué. Es la primera pista que tengo que quizás me permita descubrir algo más de mi vida.

—Suerte, primo. Mantenme informado.

—Lo haré.

Dos semanas después.

Tras la cena, Ryan se retiró al despacho para revisar con tranquilidad las imágenes que le había mandado esa tarde su primo desde el *ferry*. Isla Esperanza era preciosa. No le extrañaba que hubiera adquirido una propiedad allí en su momento. Lo curioso era que desde que le había mandado la última foto, hacía ya más de cinco horas, no había vuelto a saber de él. Pese a haberle enviado varios wasaps, no había contestado a ninguno de ellos; sabía que los había

recibido, pero que no los había leído, lo que resultaba bastante extraño. Al día siguiente, a primera hora, le llamaría para que le contase si había logrado averiguar si era allí donde había vivido el año antes de sufrir el accidente.

Cuando iba a dejar el móvil en la mesa, se dio cuenta de que aún tenía el chat de Brooke con la foto de Kimberly Swan. Le parecía increíble haberlo olvidado. Lo seleccionó para eliminarlo. Pasó el dedo por encima y, en el último momento, cuando ya iba a pulsar para borrarlo... dudó. Quizás era lo que necesitaba. Una dosis de realidad para quitarse de encima la obsesión que tenía con ella. Ver cómo era esa mujer en realidad.

Recordó la primera vez que escuchó su voz hacía ya dos años. El mismo día que enterró al cabrón de su padre. Decidió salir con su última novia y celebrarlo en una discoteca.

—Me encanta esta canción —susurró la mujer que se retorció en su regazo.

Ryan le besaba el cuello y amasaba sus pechos sin escucharla. En realidad, le importaba una mierda lo que dijera, solo que se abriera de piernas cuando llegara el momento. No obstante, ella no solo continuó hablando, sino que se levantó y se puso a dar brincos a su alrededor.

—Vamos a bailar. ¡Me encanta esta canción! —exclamó con entusiasmo.

Él torció el gesto. No le apetecía bailar una mierda de canción lenta. Sin embargo, en el momento en que abrió la boca para negarse, la oyó.

El sonido de su voz fue como un mazazo para su corazón. Le recordó a ella. A Katy. Era como si hubiera resucitado de su tumba y estuviera cantando solo para él. Se quedó sin aliento e inmóvil.

—¿Quién es? —preguntó en un jadeo ahogado. Estaba seguro de que nunca la había escuchado. No la hubiera olvidado.

—¿No la conoces? —cuestionó la chica con extrañeza—. Es Kimberly Swan. Se ha hecho muy famosa a través de internet. Además, es un misterio. Nadie sabe cómo es su aspecto real.

A pesar de que le resultó extraño, en aquel momento no le dio importancia. No era el primer famoso excéntrico que conocía, y para un cantante era una campaña de marketing excelente que nadie conociera su rostro. Eso haría que el interés por ella se incrementara.

—Nos vamos —ordenó a su novia. Esa voz había hecho que su deseo se apagara y que un dolor sordo se instalara en su corazón. La joven comenzó a hacer pucheros, lo que le hizo darse cuenta de que ya la había visto demasiadas veces. Era hora de cambiarla por otra. A ser posible, una que usara la boca para cosas mejores que para hablar.

Ese día fue el comienzo de su obsesión por Kimberly Swan. Adquirió todos sus discos y, cuando el recuerdo de Katy le asolaba hasta el punto de sentir que se ahogaba, se encerraba en su despacho con una botella de whisky y el sonido de su voz. Le aliviaba oírlo. Sentía que todas y cada una de sus canciones habían sido compuestas para él. Y ese fue el día que tomó la decisión de cambiar su vida.

Volviendo al presente, continuaba con el dedo encima del chat, dudando en borrarlo o no, hasta que con la decisión tomada quitó la selección y entró de nuevo para ampliar la foto.

Cuando vio la imagen que se ofreció ante sus ojos sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. El móvil se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo con un golpe sordo. Sujetarse al borde del escritorio fue lo único que le impidió derrumbarse de rodillas en el suelo.

«No puede ser. No puede ser», se repitió a sí mismo una y otra vez.

Con un esfuerzo sobrehumano trató de aplastar con fuerza la esperanza que surgía de sus entrañas. Era imposible. No podía ser ella. No podía estar viva. Con una mano temblorosa,

recogió el móvil del suelo y miró de nuevo la imagen. La foto estaba un poco desenfocada, no obstante, el parecido era innegable. Kimberly Swan era idéntica a Katy. Su Katy. La que yacía en una tumba desde hacía trece años.

—¡Steven! —Su urgencia nacía de la desesperación—. ¡Steven! —gritó de nuevo.

—¿Qué ocurre? —demandó este al entrar de forma precipitada por la puerta. Ojeó la habitación y cuando comprobó que nada malo sucedía miró a Ryan con gesto interrogante.

—La noche que el imbécil de Drew secuestró a Kimberly Swan, ¿la dejaste de nuevo en su domicilio?—Intentaba que sus palabras saliesen calmadas pese a que el corazón le latía a una velocidad que sentía como si se le fuera a salir del pecho.

Nunca había llegado a preguntarle cómo había acabado la noche. No quería saber nada. Solo si se había solucionado todo y este le había manifestado que sí, así que decidió olvidarse del tema hasta hoy. Ahora le urgía saber todo lo que había sucedido aquella noche.

—Sí —respondió Steven mirándole con curiosidad—. Me ordenó que la llevase...

—Sé de sobra lo que te dije. —Le cortó con brusquedad—. Dame la dirección. ¿Llegó a despertar? ¿La vio un médico?

—No... sí... quiero decir. No llegó a despertar y sí la vio un médico. Me dijo que no me preocupase. Solo estaba dormida. Al día siguiente comprobé y pude verla cuando le abrió la puerta a su mánager. Estaba en perfecto estado. ¿Quiere la dirección? —consultó mientras le miraba con curiosidad mal disimulada—. Sabe que no presentó ninguna denuncia. Estoy seguro de que ni siquiera llegó a enterarse de que la habían secuestrado...

—Dame la puta dirección y no preguntes. —Ryan denotaba su impaciencia. Tenía que comprobarlo por sí mismo. Descubrir si lo que creía imposible era verdad. Si Katy, su Katy... estaba viva.

En cuanto tuvo la dirección, se marchó sin permitir que Steven ni ninguno de sus hombres le acompañara. Necesitaba hacer esto solo. Tenía que asegurarse de que era ella aunque en el fondo supiese que lo era. No podía haber dos mujeres tan idénticas. Se dio cuenta de que en su subconsciente siempre lo había sospechado. También que la fascinación que le producía no era normal. Desde la primera vez había luchado contra todo lo que su voz le hacía sentir, no obstante, al final no había podido resistirlo. Con amargura recordó todas las veces que la había llorado; que se había emborrachado hasta perder el sentido mientras oía las putas canciones de la tal Kimberly Swan y sentía como si cada una de ellas estuviera dedicada a él.

Condujo como un loco hasta la dirección que le había dado Steven. Una pequeña casa de dos plantas rodeada de un jardín en Silver Lake. Era evidente que le había ido bien. Desde que se había hecho famosa sus discos se vendían por millones y había sido lo bastante lista como para que su cara no apareciera nunca en los medios. Lo que no comprendía era cómo había conseguido que su voz adquiriera aquel matiz ronco que la había hecho famosa. Se parecía a la voz de Katy, sin embargo, no era igual. La de ella jamás había tenido esa tonalidad. Una vez llegado a su destino, aparcó en la acera de enfrente y salió despacio, aunque lo que en realidad hubiera deseado era echar a correr, aporrear la puerta hasta que le abriera y exigirle una puta explicación.

Por primera vez en trece años se sintió libre del peso de la culpa y la sustituyó por una fría ira. Se había reído de él durante todos estos años. Había fingido su muerte y había permitido que se ahogara en los putos remordimientos.

Se dirigió a la casa con determinación. Era de noche y había oscurecido, así que no creía que Katy o Kimberly, o como cojones se hiciera llamar, esperara ninguna visita. Más valía que se le

ocurriera algo bueno porque si algo tenía claro era que no se iba a ir sin una puta explicación.

3

—¿Tienes frío? —Le preguntó Mike, al tiempo que le ponía una bata sobre los hombros para cubrir el corto camisón que llevaba.

Ella se lo agradeció con una triste sonrisa. Miraba por la ventana para tratar de aclarar sus pensamientos. Se sentía culpable. Él era tan buena persona y ella... Acababan de hacer el amor y ya se arrepentía. No era justo para Mike. Sabía que estaba enamorado de ella y por eso aceptaba las migajas que le ofrecía; los escasos momentos robados que le daba como un cuentagotas.

Las últimas dos semanas habían sido muy duras, no obstante, no era justificación para utilizarle de esa manera. Era consciente que se estaba comportando de una manera muy egoísta y por eso se sentía mal. Aún no comprendía del todo lo que había pasado aquella noche dos semanas atrás. Solo recordaba haber salido y que alguien la había atacado por la espalda; después, oscuridad y haberse despertado desorientada en su propio salón.

Observó en el reflejo de la ventana las profundas cicatrices que surcaban su garganta. No era el frío lo que le había hecho temblar, sino el temor de que la hubieran encontrado; que hubieran vuelto para terminar lo que habían comenzado. Se arrebujó en la bata para no verlas. Le desagradaban tanto que las ocultaba de forma permanente. Todas sus prendas estaban diseñadas para taparlas. Solo en momentos así, en la noche, se permitía mostrarlas. Sabía que podría hacer que no fueran tan evidentes con cirugía estética, sin embargo, no sabía por qué se resistía a hacerlo. Por un lado, las odiaba y, por otro lado, se negaba a eliminarlas como si al hacerlo matara una parte de lo que había sido alguna vez.

Las últimas dos semanas había vivido en una tensión constante. Esperaba que en cualquier momento alguien apareciera para buscarla. Por un lado lo temía y por otro... casi lo deseaba. Estaba cansada y harta de esta vida que era una vida a medias, de esconderse; de mirar por encima del hombro. Quizás había llegado el momento de dejar el pasado atrás. Se miró de nuevo las cicatrices y, por primera vez en mucho tiempo, se planteó eliminarlas.

Mike la abrazó por la espalda y durante unos segundos ese gesto hizo que se sintiera mejor.

—¿Quieres que me quede? —le susurró él al tiempo que depositaba un beso en su cuello.

Sintió la tentación de aceptar. Sabía que mientras le hiciera de nuevo el amor alejaría de ella la frialdad, pero también que sería algo momentáneo. Pasado ese breve instante de placer, sentiría de nuevo aquella frialdad; la misma que llenaba el agujero que tenía en el lugar en el que debería latir su corazón y que nada ni nadie era capaz de llenar.

—No es justo para ti —le respondió con tristeza—. Ya lo hemos hablado antes. Esto ha sido un error. Deberías buscar una mujer que te pueda amar como te mereces.

—Yo no quiero a ninguna otra —replicó él mientras la abrazaba más fuerte para rebatir sus palabras—. Solo te quiero a ti.

—Eso dices ahora, sin embargo, estoy segura de que algún día conocerás a una mujer mejor que yo.

En el momento que él iba a argumentar en contra, un golpe en la puerta los sorprendió. Un escalofrío de temor recorrió el cuerpo de Kimberly.

—No abras —susurró asustada, al tiempo que sujetaba a Mike por el brazo para evitar que se acercara a la puerta. En ese instante se arrepintió de no haberle contado lo sucedido dos semanas atrás. Tuvo la horrible sensación que el momento que tanto había temido había llegado.

Él la miró como se miraría a una niña asustada por la oscuridad y, sin darle importancia a sus temores, se apartó de ella para abrir la puerta. Kimberly oyó una voz masculina en la entrada y a los pocos segundos Mike volvió al salón acompañado de la única persona que hubiera deseado no volver a ver en toda su vida.

—Hola, Katy. —Ryan la saludó con falsa frialdad. En realidad, la furia recorría su cuerpo al ver cómo lo que creía imposible era cierto. Comprobar que mientras él lloraba su muerte durante años, ella había seguido con su vida.

—Hola, Ryan —saludó Katy con la ronca voz de Kimberly Swan.

El sonido de su voz le recordó la cantidad de noches que se había pasado en el despacho envuelto en sus canciones, ahogando en alcohol los remordimientos. Y allí estaba ella, frente a él, saludándole como si fuera lo más normal del mundo; como si no hubiera cogido su puto corazón y lo hubiera hecho pedazos.

—Veo que no te sorprende verme. —No pudo resistirse a mencionar con amargura.

—No. —La voz de la joven denotaba algo parecido a la derrota—. Sabía que este día iba a llegar. Lo que no esperaba es que fueras tú el que viniera a buscarme.

—Os dejaré solos —anunció Mike, al tiempo que miraba de uno a otro sin comprender lo que allí pasaba. ¿Quién era ese hombre y por qué llamaba Katy a Kimberly? Le hubiera gustado averiguar el motivo en ese instante, pero comprendió que no era el momento ni el lugar. Era evidente que se conocían y que tenían cuentas que ajustar. Cuando aquel hombre se hubiera marchado, le preguntaría a Kimberly y lo descubriría.

Ryan no se dignó mirar hacia el hombre que le había abierto la puerta. No sabía quién era y ya le detestaba. No apartó la mirada de Katy. Recorrió todos sus rasgos. Esos ojos azules tan grandes que siempre le habían parecido capaces de robarle todos sus secretos. Esos labios gruesos que habían hecho que todos los demás besos de su vida palidieceran a su lado. Su melena rubia que, tal y como recordaba, caía en cascada hasta su cintura. Lo único nuevo eran aquellas cicatrices que cubrían su cuello y que ella trató de tapar con los bordes de la bata al ver cómo las observaba.

—Creí que estabas muerta —le reclamó, al tiempo que le recorría el cuerpo con la mirada apreciando en ella los cambios producto de los años transcurridos—. ¿Tenías pensado decírmelo algún día? ¿Y por qué demonios fingiste tu puta muerte? —Era incapaz de evitar que se trasluciera parte de la furia que le carcomía las entrañas—. ¿Tienen algo que ver esas cicatrices con lo que te pasó?

La misma furia que le impedía pensar con claridad. No era así como había querido comenzar esa conversación, pero la sola idea de que hubiera fingido su muerte y se hubiera alejado de él sin un solo remordimiento le provocaba una rabia tan grande que todo aquello que había pensado preguntarle se diluyó y solo quedó el rencor puro y duro unido al deseo. Porque, además de todos esos sentimientos, no pudo evitar que prevaleciera el amor que no había sido capaz de apagar en todos estos años. La furia se alejó y lo único que deseó fue besarla y abrazarla. Doblarla sobre el sofá y poseerla una y otra vez hasta que comprendiera que era su único dueño y se arrepintiera de haberle abandonado.

—¿Qué por qué fingí mi muerte? ¿Crees que importa después de tantos años? —cuestionó ella con desprecio, ajena a los pensamientos que asolaban a Ryan.

—Claro que importa —murmuró él, al tiempo que se acercó a ella hasta que casi la acarició con su aliento. Cerró los puños con fuerza para resistir la tentación de tocarla—. Llevo trece putos años creyendo que estabas muerta. ¡Claro que importa!

Ella trató de no retroceder ante sus avances; de fingir una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Levantó una mano como si fuera a acariciar su rostro y en el último minuto la dejó caer. Se apartó de él y le dio la espalda para girarse hacia la ventana.

—¿Qué quieres? —cuestionó con dureza al recordar cómo la había sacado de su vida—. Me apartaste de tu vida mucho antes de mi supuesta muerte. No creas que te debo nada. Fue decisión tuya.

—¡Ya sé que fue decisión mía! —resopló él furioso y sin poder evitar un pinchazo de remordimiento. Los mismos remordimientos que le habían acompañado los últimos años.

—¿Cómo has sabido que estaba viva? —Sin apartar la vista de la ventana, su voz denotaba curiosidad—. Eres la última persona que hubiera esperado que viniera a buscarme.

—No importa cómo lo he sabido. Solo... ¡mírame a la cara! —le exigió, al tiempo que se acercaba a ella, la sujetaba por un brazo y la giraba para contemplar su rostro.

Ella le miró a los ojos y los recuerdos invadieron a Ryan. Los que le habían acosado durante años; los que le avergonzaban. El arrepentimiento por haberla humillado; por haberla apartado de su vida de una forma tan cruel. Ciertamente es que era culpable de muchas cosas; incluso así, no se podía creer que después de todos estos años eso era lo único que le preguntara, que cómo había sabido que estaba viva.

—¿Es tu novio? —demandó mientras señalaba el lugar por el que se había retirado Mike. No se le había escapado el detalle de que estuviera en la vivienda a esa hora tan tardía y ella vestida solo con una bata y un camisón.

—Es mi mánager —replicó ella mientras tironeó de su brazo hasta que la soltó.

—¿Y también tu amante?

—No creo que sea de tu incumbencia —replicó ella con desprecio. ¿Cómo se atrevía a cuestionarla?—. En estos trece años has estado muy bien acompañado. Amantes no te han faltado, así que, si eso era todo lo que querías decirme, puedes irte por dónde has venido.

La miró perplejo. No se podía creer que tuviera el valor de despacharle como si fuera un puto desconocido. Como si no le debiera ninguna explicación. Como si no llevara los últimos trece años atormentado por su recuerdo. Sus palabras le hicieron comprender que mientras él permanecía ignorante al hecho de que estaba viva, ella había seguido su trayectoria.

—Me iré —murmuró finalmente al comprender que en ese momento no iba a conseguir nada más—. Nos volveremos a ver. Me debes una explicación... y me la vas a dar.

Solo cuando estuvo segura de que Ryan se había ido, dejó escapar un suspiro tembloroso y se derrumbó de rodillas en el suelo. Se dio cuenta de que, aunque se había considerado preparada para verle de nuevo, en realidad eso era una mentira con la que se había engañado a sí misma. Nada hubiera podido prepararla para los profundos sentimientos que había despertado en ella. El dolor, la vergüenza...

—¿Estás bien? ¿Quién era ese?

La voz de Mike, que se había acercado de forma silenciosa al ver que Ryan se había marchado, hizo que levantara el rostro hacia él, que la miraba preocupado.

—Sí —musitó ella todavía algo temblorosa. Se levantó del suelo y se sentó en el sillón mientras trataba de asimilar lo sucedido.

—Me sonaba su cara —reconoció el mánager, que por más que se había esforzado en recordar de qué lo conocía o dónde lo había visto, no había sido capaz. Había esperado en el dormitorio en la planta de arriba para darles intimidación, y solo al oír el sonido de la puerta había bajado para comprobar si el hombre se había ido. Siempre había sabido que Kimberly tenía secretos, y no es

que no quisiera descubrirlos, era que le parecía importante que fuera ella la que se los contara.

—Se llama Ryan Sposito —reconoció ella con un hilo de voz mientras le miraba expectante ante su reacción al escuchar el nombre. Todo el mundo le conocía. Era imposible que Mike no supiera quién era.

—¿Ryan Sposito? ¿Ese Ryan Sposito? —preguntó él con asombro al tiempo que lanzaba una mirada temerosa a la puerta por la que él había salido—. ¿De qué demonios lo conoces? ¿Y por qué te ha llamado Katy?

—Era mi mejor amigo cuando éramos niños —confesó ella con una sonrisa de tristeza—. Mi padre era contable del suyo. Fue hace muchos años.

—¡Dios mío! —exclamó Mike—. ¡Tu padre era contable de la mafia! ¡Vaya amigos que tenías! ¿Qué quería?

—Se enteró de que no estaba muerta y vino a saludar —replicó ella con una mueca.

—¿Que no estabas muerta? ¿Pensaba que estabas muerta? ¿Por qué?

—Katy es mi verdadero nombre. Hace trece años fingí mi muerte y, de alguna manera, acaba de descubrir que estoy viva.

Mike la miró sin ser capaz de pronunciar palabra alguna. Siempre le había parecido raro esa preocupación por no mostrar su rostro en las revistas. No daba conciertos. Solo pases privados a multimillonarios a los que él debía persuadir para firmar un contrato draconiano para que, en caso de que alguien publicara una foto suya de esa actuación, tuviera que pagar millones de indemnización. Eso le había garantizado que los propios clientes pusieran todos los medios a su alcance para que eso no pasara. Lo que nunca se hubiera imaginado era que había fingido su propia muerte.

—¿Quieres contarme lo que pasó?

—En otra ocasión—negó ella con pesar—. Ahora solo quiero olvidar —le susurró, al tiempo que se acercó a él para besarle.

Al principio la miró con sorpresa, después de todo solo habían pasado unos minutos desde que le había rechazado, aunque no tardó mucho en reponerse y corresponder a su beso. Sabía que era un desahogo; que le estaba utilizando para olvidar, pero no le importó. Estaba enamorado de ella y, pese a que sabía que nunca le correspondería, estaba dispuesto a aceptar las migajas de su amor.

Al día siguiente a primera hora, antes de volverse loco y correr a buscar a Katy, que era lo que deseaba, Ryan llamó a su primo. Este le cogió el teléfono y comenzó a contarle de forma apresurada todo lo que había descubierto en su viaje:

—¿Cómo que tienes un hijo?

Sebastián había descubierto que, tal y como sospechaba, había vivido en Isla Esperanza el año anterior su accidente; pero no lo había hecho solo, sino acompañado de una esposa de la que desconocía su existencia, a la que se había encontrado en la casa junto a un hijo y, antes de que pudiera pedirle más explicaciones, esta había huido llevándose con ella al niño. El motivo por el que no había contestado a ninguno de sus *WhatsApp* era porque se había pasado todo el día intentando encontrarla de forma infructuosa.

Lo más sorprendente fue cuando le explicó que ya la conocía.

—Cuando regresé a la casa de mis padres después de los años de rehabilitación tras el

accidente, me la encontré allí como una puta criada. ¡No me dijo una palabra! ¡Es mi jodida mujer y no me dijo una puta palabra! ¡Estuve tres años en una clínica de rehabilitación y mientras tanto ella fingía ser una criada en mi propia casa! Y cuando volví a verla no solo no me dijo nada, sino que al cabo de unos meses huyó. —Sus palabras aún derrochaban furia y resentimiento—. Me he casado con otra y ya tenía una esposa.

—¿Tu madre lo sabía? —interrogó Ryan, que no se podía creer nada de lo que estaba escuchando.

—Dice que no. Se ha quedado tan sorprendida como yo. Me explicó que tras la muerte del padre de la chica, que era uno de los hombres de mi padre, este, por compasión, le ofreció trabajo en nuestra casa; que lo dejó un año antes del accidente, un par de semanas antes de que yo también me fuera. Me explicó que seis meses después del accidente se puso en contacto con ella suplicándole que la volviera a contratar y mi madre, por pena, lo hizo. Desde entonces, había estado en la casa trabajando. Ignoraba que me hubiera casado con ella.

—Entonces ¿tienes un hijo de... seis... siete años?

—No —respondió su primo, al que de repente parecía que le fallaban las palabras—. El niño tiene dos años.

—Tu accidente fue hace seis años. Ese niño no puede ser tuyo si dices que huyó a los pocos meses de que regresaras a tu casa —replicó Ryan con desconcierto, ya que no comprendía cómo en ese caso podía decir que el niño era suyo.

—Sí... yo... joder. Desde que la vi me volví loco... —confesó Sebastián avergonzado—. Me acosté con ella y desapareció.

—¿Te acostaste con tu mujer sin saber quién era ella? ¿Antes o después de volver a casarte? —preguntó Ryan, al que de pronto todo el asunto le estaba pareciendo hasta gracioso.

—Antes, ¡joder! —replicó Sebastián con enfado—. Si me hubiera dicho que estábamos casados no me hubiera casado con otra. ¡Por qué cojones no me lo dijo! Ella lo sabía. Conoció a mi prometida. Ahora tengo un problema de la hostia. He llegado a un trato con Wendy para que podamos arreglar este embrollo sin que me acuse de bigamia.

—Ibas a acabar pidiendo el divorcio —le recordó Ryan con voz jocosa.

—Lo sé —reconoció su primo—. Lo que no sé es en qué demonios estaba pensando cuando le hice caso a mi madre y me casé con Wendy.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a buscar a mi verdadera mujer. La encontraré aunque se esconda en el rincón más profundo de tierra y, cuando lo haga, se va a arrepentir de haberme mentido y haberme dejado. ¿Por qué no me dijo la verdad? Me abandonó tras el accidente, cuando volví a casa huyó de nuevo, y ahora lo ha hecho por tercera vez. Te juro que no habrá una cuarta.

—Espero que la encuentres. Sé lo que es perder a la mujer que amas.

—Yo no la amo —rebatí furioso—. No la recuerdo. Ni siquiera sé si la amé en algún momento de mi vida. Solo sé que me volví loco de deseo. Cuando la vi en la casa al regresar de la clínica de rehabilitación me obsesioné con ella. En cuanto al amor... no estoy muy seguro de qué es eso.

—Debiste amarla alguna vez si te casaste con ella sin que tus padres lo supieran. Estuviste un año desaparecido antes del accidente, debiste pasarlo con ella.

—Sí, pero tras el accidente me abandonó. Estuve tres años en rehabilitación intentando volver a caminar y ni una sola vez me buscó. ¡Sabía dónde estaba, joder! Estaba trabajando como criada en la mansión y no volví a verla hasta que regresé. No sé si yo la amaba, lo que está claro es que

ella a mí no. No solo me abandonó de nuevo, sino que ni siquiera me dijo que había tenido un hijo mío. Te juro que la encontraré y haré que se arrepienta de haberme abandonado.

—Siento hacer de abogado del diablo, sin embargo, ¿cómo sabes que el niño es tuyo? Por lo que me cuentas, no parece una mujer de fiar.

—Sé que el niño es mío porque ella no solo lo negó, sino que huyó con él.

—Ahora sí que me he perdido —afirmó Ryan desconcertado.

—No fue ella la que me contó que el niño es mío y que es mi esposa. Fue todo el puto pueblo.

Tras la conversación con su primo, que aún no se podía creer, Ryan decidió sumergirse en el trabajo para tratar de aclarar su cabeza antes de volver a ver a Katy, porque si algo tenía claro era que no iba a dejar las cosas así.

La noche anterior después de su visita a Katy, Steven le había informado del robo de uno de sus cargamentos por parte de los hombres de Lucifer. No era la primera vez, sin embargo, cada vez se estaban volviendo más audaces. Gracias a su trato con el senador Harris podría lavar la cara a alguno de sus negocios ilegítimos y volverlos legales. No obstante, Lucifer era un estorbo para sus planes. Era imprescindible saber quién se escondía bajo aquel seudónimo. Al igual que sucedía con Kimberly Swan, nadie conocía la verdadera identidad de Lucifer.

Había aparecido en escena hacía unos años y había comenzado a atacar de forma sistemática tanto los negocios de Stefan Sposito como los de sus socios, Luca Maltesse y Giorgio Cabana. Por más que habían intentado descubrir quién era, aún no habían logrado averiguarlo.

Aunque trató de concentrarse en el trabajo, no pudo evitar que su mente rememorara lo sucedido la noche anterior. Recordó la frialdad con la que Katy le había tratado. No se lo había esperado. Mientras conducía como un loco hasta su casa había imaginado el momento de confrontarla y jamás se hubiera imaginado que reaccionaría así, que le trataría de esa manera, como si solo hubiera sido un simple conocido. Se juró que la próxima vez que la viera se comportaría con la misma frialdad que ella porque, si algo tenía claro, era que volverían a verse.

—Quizás le interese acudir a este evento mañana por la noche, jefe —le sugirió Steven, al tiempo que depositaba un sobre con una invitación encima de la mesa de su despacho.

—No estoy de humor para eventos, Steven —afirmó él con gesto despectivo al tiempo que le devolvía el sobre para que se lo llevara.

—Creo que este le va a interesar —insistió el hombre sin hacer amago de cogerlo.

Ryan le lanzó una mirada inquisitiva. Steven jamás le había sugerido acudir a ninguna fiesta. Para eso tenía una secretaria que conocía a la perfección los lugares a los que le interesaba acudir y los que no, sobre todo aquellos que le permitían lavar su imagen de mafioso y convertirse en un influyente hombre de negocios, uno de los pilares de la sociedad. Si bien no engañaba a nadie, gracias a sus contactos e influencias la policía aún no había podido encontrar ninguna prueba que le implicara, y eso le permitía codearse con la flor y nata de una sociedad que, gracias a su dinero, le recibía siempre con los brazos abiertos.

Así que el hecho de que insistiera en que mirara la invitación, lo hacía... curioso. Al ver que continuaba inmóvil esperando, abrió el sobre y leyó su contenido:

El senador Harris le invita a la celebración de su cincuenta cumpleaños, en el que podrá disfrutar de una cena amenizada con la actuación privada de la cantante Kimberly Swan.

—Sí —reconoció con una sonrisa torcida—. Tienes razón. Creo que voy a acudir.

—Lo suponía —admitió Steven con cara de circunstancias.

Kimberly estaba sobre el escenario que le había preparado la anfitriona de la fiesta cuando le vio. Gimió de angustia en su interior. Cuando aceptó actuar en el cumpleaños del senador Harris, jamás hubiera imaginado que se encontraría allí con Ryan. ¡Era un mafioso, por Dios! ¿Qué

demonios hacía en la fiesta de un senador? Acabó la actuación cómo pudo y descendió del escenario temerosa de que se le acercara.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber Mike, que la esperaba al pie de la escalera—. No ha sido tu mejor actuación.

—Lo sé —murmuró ella al tiempo que miraba alrededor. Temía que en cualquier momento viniera para enfrentarla—. Tengo que irme.

—Sabes que no puedes —le recordó el mánager con firmeza—. Tienes que quedarte una hora departiendo con los invitados. Si te vas ahora, nos demandarán.

Cerró los ojos con frustración y trató de tranquilizarse. Una hora no era mucho. Podía hacerlo.

—Tienes razón —aceptó con un suspiro. Trató de sobreponerse y le lanzó lo que esperó que fuera una alegre sonrisa aunque quedó convertida en una mueca.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él preocupado.

Era evidente que Mike no había visto a Ryan y casi prefería que fuera así. La noche anterior se las había arreglado para no darle muchas explicaciones y prefería no hacerlo.

En ese momento se acercó la anfitriona de la fiesta, la esposa del senador. La felicitó efusivamente y la arrastró por el salón para presentarle a los invitados. Estaba en tensión esperando el momento en el que se acercaran a Ryan, sin embargo, ese momento nunca llegó. Parecía que a él tampoco le interesaba ese encuentro porque la evitó todo el tiempo. Cuando ya se creía incapaz de aguantar la tensión por más tiempo, Mike se acercó para rescatarla.

—Señora Harris. Es hora de que la señorita Swan se retire.

—¿Tan pronto? —gimió la mujer con voz lastimera—. Es una pena.

—Lo he pasado muy bien. La fiesta es preciosa. —Kimberly la felicitó con amabilidad. Saber que ya podía irse hizo que parte de la tensión que la atenazaba se desvaneciera.

—Sí, ¿verdad? Espero contar con usted la próxima vez que organice una —exclamó la señora Harris con entusiasmo mientras se despedía de ella con dos besos y un abrazo.

—Sin problema. Diríjase a mi representante y él lo arreglará.

Kimberly se alejó en dirección al cuarto que había utilizado como camerino mientras Mike iba a buscar el coche para largarse lo antes posible. Se quitó el vestido ajustado que había utilizado durante la actuación y que, como todas sus prendas, tapaba de forma estratégica las cicatrices de su cuello. Todo su vestuario estaba diseñado para ocultar esa parte de su anatomía. La primera vez que su representante las había visto se había quedado impresionado. Le había contado la misma mentira que habían difundido en los medios para justificar la tonalidad de su voz; que había sufrido de pólipos en la garganta que habían dañado sus cuerdas vocales. Sin embargo, era consciente de que sería difícil engañar a Ryan. Si reparaba en ellas descubriría que habían sido ocasionadas por la marca de un cuchillo.

Se vistió con unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto. Se recogió el pelo en una coleta y en el preciso instante en el que cogió su pequeño maletín con el neceser de maquillaje y la ropa que había utilizado durante la actuación para poder irse, el sonido de la puerta al abrirse a su espalda la dejó petrificada. No le hizo falta girarse para comprobar quién había entrado. Ya lo sabía. No creía que nadie más se hubiera atrevido a pasar sin llamar.

—Hola, Katy.

Se giró hacia él y, tal y como le había sucedido dos días antes, se quedó impactada con su presencia. Ya se había dado cuenta de que poco quedaba en él de aquel muchacho del que se había enamorado. Llevaba el cabello negro peinado con pulcritud. Ya con apenas veinte años intimidaba con su presencia y su metro ochenta de estatura. Sin embargo, ahora le rodaba un aura

de peligro que le hacía aún más intimidante... o tal vez fuera que le resultaba totalmente ajeno. Era como mirar a los ojos a un desconocido.

No podía negar que en estos años no había podido resistir la tentación de seguirle la pista. Le había buscado en multitud de ocasiones por internet, embebiéndose de su imagen; incluso algunas noches, con el corazón tan roto que no había podido evitar poner sus dedos en la pantalla para acariciar su imagen, como si fuera capaz de traspasarla y tocarle a él en realidad. Había envidiado a las mujeres que aparecían colgadas de su brazo y también las había odiado. Igual que le había odiado a él por no haberla amado de verdad.

En realidad no debería haberla sorprendido encontrarle allí. A fin de cuentas, a pesar de ser un mafioso, era también considerado una figura prominente en la ciudad. Acudía con frecuencia a eventos benéficos y, si bien todo el mundo sabía a lo que se dedicaba, era como si fingiesen no saberlo. Quizás su gran riqueza también tuviera algo que ver en que hicieran la vista gorda.

Con dolor había visto que se había convertido en la creación de su padre. El hombre sin alma que Stefano Sposito había moldeado año tras año, paliza tras paliza, del que, con toda seguridad, estaría orgulloso desde su tumba. Ella había sido la única brecha en su armadura. Solo ella había tenido la capacidad de llegar a su corazón. Por eso, el propio Ryan la había apartado de su lado. A la hora de la verdad, cuando había tenido que escoger, no había sido a ella.

—Aún me debes una explicación —le exigió él con frialdad.

—No te debo una mierda —replicó ella con una furia que superó su temor. Con rabia recordó cómo había cogido su corazón y lo había destrozado. Ahora no podía pretender que le debía algo.

Trató de pasar a su lado para sobrepasarle y salir del cuarto, pese a que él se lo impidió al sujetarla con fuerza por el brazo y tirar de ella para acercarla más a él.

—¿Por qué fingiste tu muerte?

Intentó en vano soltarse con un movimiento brusco, pero él le apretó aún más el brazo y la atrajo todavía más cerca hasta que sintió el aliento en su rostro.

—Esta vez no me iré hasta que consiga mis respuestas —la amenazó con frialdad.

—Y si no te las doy, ¿qué vas a hacer?, ¿matarme? —aventuró con altanería mientras luchaba por desasirse.

Ryan apretó los dientes porque, como siempre, lograba sacarle de sus casillas. Solo ella tenía ese poder. Hacer que se volviera loco. Comprender el poder que aún ejercía sobre él hizo que la soltase como si le quemase, con tal violencia que Katy se golpeó contra la pared.

—Quiero una puta explicación —le exigió al tiempo que se acercaba a ella, que permanecía inmóvil, hasta que la enjauló con su cuerpo al situar los brazos a cada lado de su cabeza. Le sostuvo la mirada en espera de una respuesta a su demanda.

Ella se quedó inmóvil con la respiración agitada y sin poder apartar sus ojos de los de él. Se despreció a sí misma al sentir el deseo que recorría su cuerpo. Siempre había ejercido ese poder sobre ella: la capacidad de que solo pudiese pensar en él. Cerró los ojos para intentar romper el hechizo, pero fue peor, ya que su cabeza se desbordó de imágenes de sus cuerpos unidos, de recuerdos de la única vez que se había entregado a él y eso hizo que su interior se llenase de humedad.

Abrió los ojos asustada y comprobó con una decepción que la avergonzó que él no se había movido del sitio. Ni siquiera la tocaba en realidad. Había sido un invento de su mente desesperada. La humillación de comprender que ni siquiera necesitaba ponerle un dedo encima para que le desease hizo que se enfureciera. ¿Cómo se atrevía a presentarse ante ella como la parte ofendida cuando era él el que la había despreciado años atrás? No permitiría esa

humillación de nuevo.

—¿Nunca pensaste lo que me pasaría cuando me apartaras de tu lado? ¿Cuándo hiciste correr esos rumores sobre mí? —le espetó mientras apretaba la mandíbula con furia.

—¿A qué te refieres?

—Era una cría. ¿Qué crees que me hicieron cuando le dijiste a todo el mundo que me habías follado? Que me gustaba que me atar...

—Kimberly... —Mike, que en ese momento acababa de abrir la puerta de la habitación, se detuvo al ver que no estaba sola—. El chófer te espera para llevarte a casa. ¿Va todo bien? —quiso saber sin dejar de mirarles con preocupación al ver lo cerca que estaban el uno del otro.

Ryan le sostuvo la mirada a Katy durante unos segundos antes de apartarse para dejarla marchar.

—Esto no ha acabado —le aseguró con voz helada—. Nos veremos de nuevo.

Ella no respondió, solo se apresuró en salir por la puerta. No tenía sentido decir nada. Sabía que era la verdad.

Ryan contemplaba a Scott con desprecio. Había tratado de demorar ese encuentro todo lo posible. Ambos se proferían un odio acérrimo y aun así estaban obligados a entenderse. No paraba de darle vueltas a las palabras de Katy. No las comprendía. Le hubiera gustado poder arrastrarla con él y exigirle una explicación, si bien en su lugar había tenido que dejarla ir porque tenía una reunión con este gilipollas.

Observó a Scott servirse una copa y sentarse en el sofá para mirarle con suficiencia. Le divirtió comprender que no tenía ni idea de para qué era esa reunión. Se le atragantaría el trago cuando supiera que su propio padre le había traicionado. Podían haber celebrado este encuentro en su terreno. Sin embargo, hacerlo en la propia casa de Scott haría que todo resultara más humillante y él pensaba disfrutar de ello.

—Estás muy callado esta noche —observó Scott con aire petulante mientras le contemplaba a través de su vaso de *whisky*.

Le repateaba el hígado que su padre le obligara a hacer negocios con Ryan a pesar de saber cuánto lo odiaba. Solo esperaba a que el viejo estirara la pata para poder matarle. En momentos como este, sentados frente a frente, se imaginaba que sacaba su arma y le descerrajaba un tiro en la cabeza, o que cogía su cuchillo y le rajaba la garganta como había hecho con la puta aquella que se tiraba. Sin saber por qué, en ese momento se acordó de ella. Hacía años que no pensaba en aquella pequeña zorra. ¿Qué diría Ryan si supiera lo que había hecho con ella? Una sonrisa cruzó su rostro al imaginar la cara que pondría.

—¿Te ha explicado tu padre las condiciones? —le preguntaba en ese momento Ryan, lo que le hizo darse cuenta de que se había sumergido tanto en sus pensamientos que había perdido el hilo de la conversación.

—¿Qué condiciones? —No sabía de qué le hablaba. El viejo no le explicaba una mierda. Se limitaba a ladrar órdenes y a esperar que las obedeciera como un perrito faldero.

—Trabajarás para mí durante un tiempo—le explicó Ryan con una fría sonrisa.

—¿Qué coño dices! ¡Tiene que ser una puta broma! —exclamó, al tiempo que se levantó del asiento con tal furia que derramó parte del *whisky* por el sofá.

Ryan amplió su sonrisa. Había esperado a que estuviese cómodo y relajado para soltar la bomba. Sabía que no soportaría tener que estar bajo su mando; que lo vería como una

humillación.

—Tu padre cree que no tienes lo que hay que tener para estar al frente de sus negocios. Así que le convencí que un tiempo bajo mi mando te lo podría proporcionar —afirmó con satisfacción.

Scott palideció de furia. Ojalá pudiera matarlo en ese momento. Sin embargo, el temor ante la reacción de su padre hizo que se obligara a sí mismo a contenerse. Le contempló con rabia. Deseó hacerle daño de alguna forma...

Una sonrisa malvada cruzó su rostro al comprender de qué manera podría joderle un poco. Aún no sabía por qué no se lo había contado nunca en todos estos años. Quizás era el momento para hacerlo. Se acercó al mueble bar para rellenar el vaso que había derramado, se sirvió otro trago de *whisky* tranquilamente y, con una sonrisa malvada, se sentó despacio en el sofá y comenzó a hablar:

—¿Sabes de lo que me he acordado? —preguntó displicente, como si fuera a contarle algo intrascendente—. Me acordé de aquella chica que te seguía a todos lados cuando íbamos al instituto... La que vivía en tu casa. ¿Cómo se llamaba? Kelly, Kady... No lo recuerdo bien.

—Katy —respondió Ryan con tirantez. No tenía ni puta idea de por qué hablaba de ella, pero solo oír su nombre saliendo de sus labios hacía que le dieran ganas de matarlo.

—¡Ah! Sí, Katy. Estaba muy buena... la zorra. Nunca te di las gracias —afirmó alzando la copa en un brindis silencioso para vaciarla de un trago y dedicarle una amplia sonrisa.

Ryan le observó en silencio durante unos segundos, degustando su propia copa y preguntándose a dónde llevaba esa conversación.

—¿Gracias por qué? —inquirió al cabo de unos segundos durante los cuales se podía cortar la tensión del ambiente con un cuchillo.

—¿Por qué va a ser? Por pasar de ella. —Scott amplió su sonrisa y, sin dejar de mirarle mientras giraba la copa vacía entre sus manos, se preparó otro trago—. Lo disfruté mucho.

Ryan comenzó a verlo todo rojo. ¿A qué coño se refería? Recordó las palabras de Katy:

—*Era una cría. ¿Qué crees que me hicieron cuando le dijiste a todo el mundo que me habías follado? Que me gustaba que me atar...*

La interrupción del mánager le había impedido terminar de hablar. ¿Qué le habría dicho? ¿A qué se refería ella? Y ahora el propio Scott insinuaba también algo...

—¿Qué... le... hiciste? —masculló con dificultad porque estaba ahogándose en su propia rabia al imaginarse mil y una posibilidades.

Scott comenzó a reír al ver que su fachada de frialdad se resquebrajaba. ¿Cómo no se le había ocurrido nunca? Era evidente que, a pesar de haber dicho que no quería saber nada con ella entonces, no era cierto. De no ser así, ¿por qué le habría pedido matarla el padre de Ryan? Había sido un imbécil todos estos años al no darse cuenta. Pese a que había fingido que la zorra no le importaba, era evidente que eso no era cierto. Se levantó y se dirigió de nuevo al mueble bar y, mientras le daba la espalda, continuó hablando con suficiencia:

—Le hice muchas cosas, sin embargo, nada comparable a cuando le corté la garganta. Quizás follarme...

Scott se interrumpió y echó las manos al cuello al notar una quemazón en la garganta, elevó las manos a los ojos para descubrir que estaban cubiertas de su propia sangre. Antes de que pudiera comprender lo que acababa de suceder, su cabeza se separó de su cuerpo y cayó muerto en el suelo.

Ryan contempló el cadáver de Scott y se dio cuenta de que no sentía la satisfacción que había

esperado. Al contrario, la rabia le quemaba por dentro. ¿Qué coño le había hecho a Katy? Durante unos segundos se arrepintió de haberle matado con tanta rapidez. En ese momento deseó haberle dejado vivir hasta que desgranara todos los malditos detalles de lo que cojones le había hecho, para después volver a matarlo, si bien, en esa ocasión lo haría de forma lenta y dolorosa. Le haría sufrir y suplicar su propia muerte hasta que se arrepintiera incluso de haber puesto sus putos ojos en ella.

Tuvo que aceptar que todo eso ya no podría ser puesto que estaba muerto. Ella le tendría que contar la verdad y eso no ocurriría si no salía de esta situación con vida. Quizás pudiera salir de la mansión antes de que los hombres de Scott descubrieran que le había matado. Sin embargo, ese era un riesgo que no estaba dispuesto a correr, así que, con frialdad, sacó su arma de la cartuchera y le puso el silenciador. Sabía que había un hombre en la puerta, dos más en el pasillo y cinco en el jardín. Cogió el móvil e hizo una llamada a Steven, que le esperaba en un cuarto adyacente.

—He matado a Scott. Prepárate.

—De acuerdo, jefe —respondió su segundo sin inmutarse ante sus palabras.

Preparó su arma y abrió la puerta. ¡Plof! ¡Plof! El hombre que la custodiaba cayó derrumbado al suelo. Oyó muy cerca el ruido amortiguado de otro arma. Debía ser Steven, que había matado a los dos hombres del pasillo. Solo quedaban los del jardín.

—Ya estoy aquí, jefe —saludó su segundo al llegar a su lado—. Si lo que quería era matarlo, podríamos haberlo planificado con más cuidado.

—No tenía pensado hacerlo. Surgió sin más.

Steven le miró fijamente, pero no dijo nada. Se limitó a seguirlo en busca del resto de los hombres de Scott. Salieron de la mansión en silencio y se separaron. Uno por cada lado. No les costó mucho localizar a los que hacían la ronda. Un par de disparos a cada uno y cayeron al suelo sin llegar a comprender qué había pasado.

—Llévame hasta el domicilio de Kimberly Swan—le ordenó a su hombre una vez terminaron.

—Jefe, está lleno de sangre.

Ryan le ignoró y se dirigió hacia el coche.

—¿Subes conmigo para llevarme o cojo yo mismo el coche, te dejo aquí tirado y sales por tus medios?

En otras circunstancias hubieran viajado en dos coches con más hombres, sin embargo, como había acudido primero a la fiesta del senador, no había querido llamar la atención y solo le había acompañado Steven, que había hecho las labores de conductor. Por eso, en aquel preciso instante se encontraba en la tesitura de tener que ir con él hasta la casa de Kimberly, aunque hubiera preferido hacerlo solo.

Steven le miró como si se hubiera vuelto loco. Apretó la mandíbula y se puso al volante.

En cuanto oyó los golpes en la puerta, Katy supo quién era la persona que estaba al otro lado. Dudó durante un instante en abrirla, hasta que oyó la fuerte voz de Ryan que la instaba a hacerlo.

—¡Abre la puta puerta o te juro que la tiro abajo! —la amenazó mientras intensificaba los golpes.

Cuando le vio quedó tan impactada que fue incapaz de protestar cuando él la empujó hacia dentro. La cara, el pecho, las manos... Estaba cubierto de sangre.

—¡Qué has... hecho! —exclamó en un jadeo ahogado mientras le miraba asustada.

—¿Te violó? —Se le acercaba con tal violencia que acabó empotrada contra la pared, momento que aprovechó para enjaularla entre sus brazos—. Te he preguntado... si te violó —repitió con fiereza al ver que le miraba demudada y sin pronunciar una palabra.

Ella no era capaz de hablar. Trató de tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Estaba aterrorizada. Por primera vez en su vida le tuvo miedo. La miraba con una intensidad que hizo que se diera cuenta de que en realidad no le conocía. Nada quedaba en él del joven que una vez había sido. Desconocía de lo que era capaz. Lo único que sabía es que se había convertido en un digno representante del legado de Stefano Sposito

—¿De... quién...? —tartamudeó mientras trataba de entender qué era de lo que le hablaba—. ¿De quién... es... esa sangre?

Levantó una mano para tocarle aunque en el último minuto no se atrevió. Cerró los ojos y giró la cabeza para no mirarle mientras intentaba respirar de forma pausada para tranquilizarse. Necesitaba comprender qué era lo que quería. Por qué parecía una fiera a la que acabasen de liberar de su jaula.

—¡Mírame!—exigió él con furia. Cogió su rostro por la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos—. Quiero saber si Scott te violó. Además de...

Examinó con atención la pieza de tela que cubría su cuello, la misma que horas antes cubría las cicatrices de su cuello; las mismas que, según todos los rumores, eran producto de unos pólipos en la garganta y era la causa de la tonalidad ronca de su voz. En ese momento, se dio cuenta de que todo eso era una vulgar patraña. Le urgió la necesidad de observar con atención las cicatrices puesto que en la ocasión anterior apenas las había visto. Comprobar si, como sospechaba, no eran producto de una cirugía, sino del ataque de un cuchillo.

—Quítate eso —le ordenó señalando el trozo de tela que cubría su cuello.

—No puedo —negó ella con voz ahogada—. Forma parte de la camisa.

—Pues quítate la puta camisa o te la quitaré yo.

—¡No!

Esa sola palabra hizo que perdiera el control. Sacó su propio cuchillo y lo acercó a la garganta de Katy. A esta se le dilataron las pupilas al ver la hoja, no obstante, ni un sonido salió de su boca. Solo le miró fijamente como se mira a una fiera temiendo el momento en el que se lance para atacar y rezando para que no lo haga.

—Quiero saber la puta verdad —le susurró él, al tiempo que rasgaba la tela para ver su cuello. Cuando observó las cicatrices con detenimiento, una furia ciega le invadió porque se dio cuenta de que habían sido hechas con un cuchillo y supo en ese instante quién se las había producido.

—No debería haberlo matado tan rápido —se lamentó de nuevo.

—¿La sangre...? —tragó saliva al comprender a quién se refería—. ¿Esa es la sangre de Scott?

—Sí. Y aún no has contestado a la puta pregunta. Además de eso —le conminó a responderle al tiempo que señalaba las cicatrices—, ¿te violó?

Ella negó en silencio, aún impactada al saber que la sangre que cubría su cuerpo era la de Scott. Eso le hizo sentir ¿alivio? Debía estar tan deteriorada como él. Debería estar horrorizada ante la idea de que acabara de asesinar a una persona, ya que por la cantidad de sangre era imposible que continuara con vida, pero lo que sentía era alivio porque ya nunca iría a buscarla para terminar lo que había comenzado hacía ya tantos años.

Su negativa a reconocer que la hubiera violado hizo que él se tranquilizara, dejó de mirarla como un loco y se apartó de ella. No obstante, sus siguientes palabras le demostraron que aún no estaba en sus cabales.

—Haz la maleta. Te vienes conmigo —le ordenó. Al ver que no se movía y que solo le miraba como si hubiera perdido el sentido, repitió la orden—: ¡Te he dicho que hagas la maleta!

—¡Estás loco! —exclamó ella una vez recuperada del impacto que le produjeron sus palabras—. No pienso ir a ningún sitio contigo.

—Escúchame bien —susurró acercándosele de nuevo sin llegar a tocarla—. Acabo de rajarle la garganta a Scott Maltesse, el hijo de Luca Maltesse. Acabo de declarar una guerra. Cuando sepan lo que significas para mí, te buscarán y te matarán.

—¿Y qué significado para ti? —rio ella en una mueca amarga—. Porque por lo que yo sé, nunca significué nada.

—Todo. Para mí lo significas todo —sentenció él con frialdad.

Una hora después, Katy miraba a través de la ventana el enorme jardín que rodeaba la mansión de Ryan en Mulholland Drive. Se la había llevado de su propia casa casi a rastras y la había introducido en un coche en el que les esperaba un tal Steven para conducirlos hasta la mansión. Durante todo el viaje ninguno pronunció palabra alguna. Una vez llegados al destino, la sujetó por el brazo y la obligó a entrar. La primera persona que los recibió fue Mary, a la que antes de que pudiera siquiera reaccionar Ryan ordenó que la acomodara en la que había sido su habitación durante el tiempo en el que había vivido en la casa.

—¡Katy! —exclamó Mary asombrada en cuanto se recuperó de la impresión. Dudó durante unos segundos y luego se lanzó a sus brazos para abrazarla mientras lloraba.

—No es un fantasma —masculló Ryan con amargura—. Está vivita y coleando. Se va a quedar una temporada, así que haz que preparen su habitación y no la llames Katy. Su nombre es Kimberly. Katy está muerta.

Mary se apartó de ella para contemplarla de nuevo, asintió con lágrimas en los ojos ante las duras palabras de Ryan y se dirigió a la zona de servicio para indicar a una de las empleadas que preparara la habitación.

—Espera en mi despacho—le ordenó él con rudeza—. Cómo ves, tu muerte afectó a más personas que a mí aunque a ti te importáramos una mierda.

Se alejó de ella sin darle tiempo a replicar ante sus palabras. Cerró los ojos con furia por la injusticia de sus acusaciones. Si había fingido su muerte era porque no le había quedado más

remedio y él no era nadie para reclamarle nada cuando él mismo la había apartado de su lado antes de que sucedieran los acontecimientos que habían desembocado en su supuesta muerte.

Diez minutos después, Mary la buscó en el despacho y le pidió que la acompañara. Estaba claro que quería hacerle miles de preguntas pero no se atrevía y ella tampoco estaba de ánimos para responderlas. Así que se limitó a seguirla y asentir en silencio cuando esta le pidió que la avisara si necesitaba cualquier cosa.

Una vez a solas, recorrió la habitación con la mirada. Tal y como Ryan había pedido, la habían alojado en el mismo cuarto que había ocupado durante varios años. Recordó cuando su padre había comenzado su trabajo como contable de Stefano Sposito y cómo este les había obligado a vivir en la mansión. En aquel momento no era consciente. Sin embargo, ahora, con la distancia, se daba cuenta de que lo había hecho para poder controlarle. Saber que su hija vivía ahí con toda seguridad habría hecho que su padre jamás se hubiera atrevido a hacer nada para traicionar la confianza del señor Sposito. Así de retorcido era el padre de Ryan. Era un fanático del control sobre sus empleados y aún más sobre su propio hijo. Los recuerdos se arremolinaron en su cabeza y tomaron forma. Recuerdos olvidados de la niñez compartida. Recuerdos que regresaron con la fuerza de un huracán para remover sus sentimientos.

—¿Se puede saber qué has hecho? —rugió Stefano Sposito cuando vio entrar a su hijo por la puerta.

Katy se quedó atrás en un intento de que no la viera. Le tenía mucho miedo. Sabía que era un hombre muy peligroso. Ryan puso las manos en la espalda y le hizo un gesto para que se alejara antes de que su padre se percatara de su presencia. Él también temía por ella. Cuando Stefano Sposito estaba de mal humor era capaz de cualquier cosa.

—¿A qué te refieres, padre? —No estaba muy seguro de qué le había enfadado en esta ocasión.

—Me refiero a la paliza que le has dado a Scott. Me ha llamado su padre para contármelo.

—Se lo merecía —replicó con altanería. Tenía pensado decírselo él mismo sin mencionar la implicación de Katy, sin embargo, si Scott le había ido con el cuento, se dio cuenta de que ya no podría ocultarlo.

Su padre se acercó a toda velocidad y le dio un puñetazo en la mandíbula que lo tiró al suelo. Pese a que ya medía un metro ochenta, su progenitor era mucho más alto y más grande. A nivel físico no era rival para él. Katy, que permanecía escondida detrás de una columna, tuvo que taparse la boca con las manos para contener el grito que pugnaba por salir de su garganta. Las lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas porque ya sabía lo que proseguía. Había sido testigo de ello en demasiadas ocasiones.

—Eres muy valiente con niños que miden menos que tú. Te voy a enseñar una lección que no vas a olvidar —le aseguró su padre a la vez que se quitaba el cinturón con el que comenzó a azotarle sin piedad.

Lo único que pudo hacer Ryan fue cubrirse la cara con los brazos y tratar de no gritar. Si lo hacía, su padre se cabrearía todavía más.

—Mi hijo no se mete en peleas por ninguna furcia. Las mujeres no merecen la pena. Son todas unas putas —le gritaba mientras le azotaba.

Katy se mantuvo tras la columna mientras las lágrimas cubrían su rostro. Se sabía culpable de aquella situación. Si él era capaz de soportar ese sufrimiento, lo mínimo que podía hacer ella era tener el valor de no apartar la mirada. Permaneció escondida hasta que el escándalo atrajo a Teresa, la cocinera, que se acercó por detrás. La abrazó y se la llevó en silencio a pesar de sus

protestas. La acompañó hasta su cuarto y, con una mirada de tristeza, le hizo un gesto para que permaneciera allí. A través de la distancia, el sonido del cinturón rompía el silencio que reinaba en la mansión. Era como si todos sus habitantes permanecieran expectantes sin atreverse a hacer nada que desviara la furia de Stefano Sposito hacia cualquiera de ellos. Katy temblaba de rabia. Ojalá reuniera el valor y la fuerza para hacerle frente, sin embargo, solo era una niña de diez años. Las lágrimas siguieron cayendo por sus mejillas acompañadas del sonido del cinturón, hasta que un silencio ominoso cubrió toda la casa.

Esperó una hora hasta que ya no pudo resistir más y se dirigió hacia el cuarto de Ryan de forma sigilosa. Si la descubrían sabía que el castigo sería peor.

—¿Qué haces aquí? —inquirió él con enfado desde su posición tumbado en la cama bocabajo cuando vio cómo se colaba en su habitación.

Si su padre se enteraba de que ella estaba allí le daría una paliza mayor y, además, le avergonzaba que ella le viese así. Le dolía todo y se sentía humillado. Lo que más deseaba en el mundo era que su padre estuviera orgulloso de él. Había pensado que le felicitaría por lo ocurrido con Scott; a fin de cuentas, sabía que el padre de Scott y el suyo propio eran rivales en los negocios. Había estado tan seguro que se alegraría...y, como siempre, se había equivocado. Aunque quiso echarle la culpa a ella, no pudo. Ella le había pedido, le había rogado que dejase a ese imbécil en paz y él no le había hecho caso, así que, al final, el único culpable de lo sucedido había sido él mismo.

—Quería ver cómo estabas —murmuró ella con los ojos empañados por las lágrimas. No entendía qué estaba mal con el padre de Ryan—. ¿Por qué te trata así?

—Quiere que sea como él —replicó el niño con el poco orgullo que le quedaba. Una mueca cruzó su cara por culpa del dolor al tratar de enderezarse de la posición en la que estaba.

—Tú nunca serás como él —sentenció ella con rabia—. Siempre serás mejor.

Y abandonó el cuarto a toda prisa. Sabía que si la pillaban también la castigarían.

—Espero que estés cómoda.

La voz de Ryan a su espalda la sobresaltó y la hizo regresar al presente. Un presente en el que ninguno de los dos eran los niños de sus recuerdos. Ya nada quedaba de ellos. Ni siquiera una amistad. Se giró hacia él y vio que se había duchado y cambiado de ropa. Ya no lucía el traje ensangrentado con el que había ido a buscarla. De pronto, sintió un pinchazo agudo en el pecho y una sensación extraña, de irrealidad, al encontrarse en la mansión, en aquel cuarto después de tantos años.

—Siempre me gustó esta casa —murmuró ella con voz suave—. Nunca llegamos a encontrar los túneles.

Él no pudo evitar que una sonrisa se formase en su rostro ante sus palabras. La mansión había sido construida en los años treinta. Su abuelo había iniciado el negocio familiar con el contrabando de alcohol y se rumoreaba que la mansión estaba construida sobre túneles que le permitían almacenar el alcohol y huir en caso de que apareciese la policía. Recordó las tardes que habían pasado buscando los supuestos túneles aunque nunca hubieran encontrado nada. ¿En qué momento lo había olvidado? Hacía muchos años que no pensaba en ello.

—¿Me vas a explicar lo que ha sucedido con Scott? —Los últimos acontecimientos habían hecho mella en su rostro, que parecía cansado.

Había aceptado que de momento tendría que seguirle la corriente y permanecer en la casa. En ese instante no se sentía con ánimos para discutir. Estaba segura que al día siguiente él mismo se daría cuenta de lo absurdo de la situación y la dejaría marchar.

—He matado a Scott Maltesse —repitió él, tal y como había hecho horas antes en su casa—. Su padre no lo va a dejar así. Va a intentar matarme y, si no logra llegar hasta mí, destruirá todo lo que me importa. No creo que se vaya a solucionar el problema con rapidez, así que hasta que eso suceda permanecerás aquí, donde estarás segura. Por otra parte, me debes una explicación y es hora de que me la des —le exigió con dureza.

—No te debo una mierda —replicó ella furiosa—. Y si alguien me ha puesto en peligro has sido tú. Nadie sabía que estaba viva hasta que irrumpiste en mi casa, así que la idea de quedarme contigo porque estoy en peligro es absurda.

—Me importa una mierda lo que a ti te parezca absurdo —rugió Ryan. Sabía que tenía razón. Era él quien la estaba poniendo en peligro, pero le daba igual. No estaba dispuesto a renunciar a ella. Si tenía que utilizar la muerte de Scott como excusa, que así fuera.

Incapaz de calmarse, Katy se giró hacia la ventana para no verle. ¿Cómo se atrevía a volver a su vida como un huracán, a arrancarla de todo lo que conocía y ahora exigirle una explicación? Sintió como él se acercaba y notó su cálido aliento en la nuca. Cerró los ojos y se abrazó a sí misma para resistir la tentación de reclinarse contra él porque en ese instante comprendió con horror el gran poder que aún ejercía sobre ella. ¿Cómo podía ser tan imbécil de anhelarle aún?, ¿de amarle?

—He matado a un hombre por ti —le susurró él al oído—. Hace años cometí el error de dejarte ir. No lo volveré a hacer. Ahora... dime la puta verdad.

Apoyó con cansancio la cabeza en la ventana mientras la furia se iba diluyendo en su cuerpo. A fin de cuentas, no tenía sentido enfadarse con él por el pasado. ¿De qué podía culparle? ¿De no haberla amado como ella le había amado a él? ¿De apartarla de su lado? No podía hacerle responsable de las acciones de los demás, solo de las propias, e incluso de esas... No se puede obligar a que te amen. En todo caso, podía recriminarle que la hubiera apartado de su lado con crueldad. Había sido innecesario.

—¿Qué quieres saber? —demandó en un murmullo ahogado. No tenía sentido resistirse más. No sabía el tiempo que tendría que permanecer en esa casa. De lo que estaba segura era de que él insistiría e insistiría hasta que se lo contara, así que mejor hacerlo de una vez para que la dejara en paz.

—Date la vuelta y mírame —exigió él con dureza.

Le obedeció, se dio la vuelta y sostuvo su mirada. Esos ojos grises que tenían el poder de inmovilizarla y de hacerla desear imposibles... como que la amara. Sobre todo cuando la miraba como lo hacía en ese momento... como si le importara. Observó el mechón rebelde de sus cabellos que siempre se deslizaba por la frente y le daba un aspecto descuidado. Apretó las manos en un puño para resistir la tentación de apartárselo y se deslizó a un lado para alejarse de él.

—¿Qué quieres saber?

Él la observó unos segundos en silencio. Era tan extraño tenerla allí de nuevo... Saber que no estaba muerta. Llevaba trece años con un peso en el corazón y, por primera vez desde aquel maldito día, sintió que podía respirar de nuevo.

—Quiero saberlo todo.

Katy abrió los ojos y solo vio oscuridad. Notó que tenía algo sobre la cabeza que le dificultaba la visión. Trató de despejarse un poco para comprender lo que pasaba. ¿Dónde se encontraba? Lo último que recordaba era a Scott. Se había acercado para hablar con ella al salir del instituto. La había saludado y luego... nada.

—¿Qué vamos a hacer? —oyó una voz desconocida a unos metros sobre ella. Yacía en el suelo. Trató de mover los brazos y las piernas y con angustia comprobó que estaban atados.

—Yo propongo que antes de matarla nos la follemos —respondió otra voz que tampoco conocía.

Alguien le arrancó lo que fuera que llevara encima de la cabeza, por lo que tuvo que cerrar los ojos con fuerza. El exceso de luz la deslumbraba. Los abrió de nuevo despacio para acostumbrarse a la claridad y miró a su alrededor. Parecía un almacén abandonado. No estaba muy segura. Frente a ella vio a tres chicos. Con sorpresa, comprobó que conocía a dos de ellos. Uno era Scott y el otro era Mark, un amigo de Scott. Nunca había hablado con él, si bien lo conocía de vista. Los había visto alguna vez juntos en el instituto aunque sabía que el tal Mark no estudiaba allí. Los miró con temor. No comprendía lo que pasaba. Tenía claro que Scott la detestaba y que lo único que le había impedido que le hiciera nunca nada había sido Ryan. Era evidente que estaba enterado que en esta ocasión él no la salvaría.

—Está muy buena. No vamos a desaprovechar la oportunidad de follárnosla antes de matarla —repitió el único de los tres chicos al que no conocía.

—Olvídate, Erick —advirtió Scott con desagrado—. Las órdenes fueron muy claras. Quiere que la matemos y que parezca un accidente. Si la violas, no lo parecerá.

—¿La idea no era tirarla por un barranco con el coche tras prenderle fuego? Nadie se va a enterar si nos la hemos follado antes —replicó el tal Erick ante la mirada horrorizada de Katy, que no se podía creer que estuvieran manteniendo aquella conversación como si ella no estuviera delante de ellos oyéndolo todo.

—Scott —gimió sin poder evitar que le temblara la voz—. ¿Qué estás haciendo?

Este se acercó hasta ella. Se puso en cuclillas para estar a su altura y le sonrió con crueldad, al tiempo que sacaba un cuchillo y lo acercaba a su cuello.

—Te aseguro que voy a disfrutar —le anunció con una risa sarcástica.

—Te digo que me la quiero follar antes —exigió Erick enfadado abalanzándose sobre Scott. Este se apartó antes de que ni tan siquiera le pudiera tocar, soltó el cuchillo y le dio un puñetazo que lo tumbó en el suelo.

—Scott —llamó Mark—. No me dijiste que era una chica a la que había que eliminar.

—¿Y a ti qué coño te importa quién sea? No me vais a joder esto ninguno de los dos —amenazó mientras les señalaba con el cuchillo que había recogido de donde acababa de lanzarlo—. Es la primera vez que mi padre me da la oportunidad de ser algo más que el chico de los recados. Le debía un favor a Stefano Sposito y va a ser su forma de devolvérselo. Os he permitido que participéis y hagáis méritos con mi padre. ¡No me lo vais a joder así que controlaos de una puta vez o lo haré yo!

Scott se le acercó de nuevo con el cuchillo en alto. Reculó asustada, pero apenas pudo apartarse unos centímetros antes de que la sujetara por el cuello y comenzara a rajarle la

garganta. Gritó al sentir un dolor lacerante y notó que su propia sangre le empapaba el vestido.

—¡No la mates todavía, joder! ¡No me quiero follar a una muerta! —Erick, excitado, se abalanzó de nuevo sobre él y provocó que este cayera encima de Katy, lo que hizo que se le escapara de la mano el cuchillo. Furioso, se levantó con rapidez y le soltó otro puñetazo a Erick, aunque en este caso no con la fuerza suficiente como para hacer que cayera al suelo.

Mark sujetó a Erick por detrás para inmovilizarlo y permitir que Scott lo golpeará hasta que este cayó desmadejado al suelo, donde ambos lo remataron con patadas hasta que un último golpe en la cabeza hizo que se quedara inmóvil. Katy estaba aterrorizada. El corte que le había infligido hacía que sangrara de forma profusa. Sujetaba con sus manos atadas parte de su vestido contra el cuello en un intento de detener el sangrado. Con horror fue consciente que sus intentos eran infructuosos, ya que no lo conseguía. Le costaba respirar, estaba mareada y ni siquiera era capaz de gritar.

—Ahora vamos a terminar lo que hemos empezado —anunció Scott dedicándole una sonrisa perversa.

Se acercó de nuevo con el cuchillo en alto. Se arrodilló frente a ella, que intentaba zafarse, sin embargo, le fue imposible al sujetarla por los hombros. Puso una rodilla encima de sus brazos para inmovilizarla y comenzó a cortarla en el mismo punto donde lo había dejado. Ella trató de gritar y, con horror, comprobó solo era capaz de emitir roncós sonidos que continuaron incluso cuando el cuerpo inerte de Scott se derrumbó sobre ella y la aplastó con su peso.

Alguien se lo quitó de encima. Estaba mareada y no comprendía lo que pasaba. Notó cómo unos brazos la cogían y la liberaban de las bridas que sujetaban sus muñecas y sus piernas. Trató de ver a través de las lágrimas que cubrían sus ojos y, como en una nube, distinguió a Mark inclinado frente a ella.

—Acompáñame si quieres vivir —le dijo mientras sacaba un pañuelo del bolsillo y le cubría con él el cuello para intentar detener el sangrado producido por los cortes del cuchillo.

—Mis recuerdos de lo que sucedió después son confusos —le explicó a Ryan que la miraba pálido, estremecido por su relato—. Mark me subió a un coche y me llevó a un sitio donde me curaron. Apenas recuerdo nada. Me desmayé. Estuve varios días sumida en la inconsciencia. Cuando volví a recuperar el conocimiento estaba en un lugar desconocido con una mujer que no sé si tan siquiera hablaba mi idioma porque jamás me dirigió la palabra. Pasados unos días, Mark regresó y me explicó que había tirado mi coche por el barranco tras prenderle fuego y que le había hecho creer a Scott que me había matado.

—No entiendo nada —murmuró Ryan confuso—. ¿Cómo justificó ante Scott haberle golpeado?

—Eso mismo le pregunté yo. Me dijo que le hizo creer que Erick se había levantado y le había golpeado antes de que él pudiera evitarlo.

—¿Y se lo creyó? ¿Qué dijo el tal Erick? ¿No le contradijo?

—No lo sé. No me atreví a preguntar nada más. Lo único que quería... —se interrumpió para frotarse los brazos. De pronto sentía mucho frío. Recordar lo sucedido aquella noche aún le producía malestar pese a los años transcurridos—. Lo único que quería era olvidarme de todo.

—Lo entiendo, sin embargo, hay demasiadas incógnitas. En el coche se encontró un cuerpo. Si no eras tú, ¿quién era?

—No lo sé —reconoció avergonzada. Era una pregunta que se había hecho todos estos años—. En aquel momento no me importó, y más adelante... no me atreví a averiguar.

—¿Por qué ese tal Mark te ayudó aquella noche? —Era quizás lo más extraño de todo—. ¿Le

conocías de algo?

A él no le sonaba de nada, aunque ahora que lo pensaba la mano derecha de Scott, su hombre de mayor confianza, se llamaba Mark. ¿Sería el mismo que había ayudado a Katy? De nuevo volvió a lamentar haberse dejado llevar por un arrebato y haber matado a Scott antes de poder interrogarle sobre lo sucedido.

—Le había visto alguna vez. Lo único que sé es que no iba al instituto con nosotros. Permanecí en aquella casa hasta que se curaron mis heridas.

—¿Dónde?

—No lo sé —respondió agobiada—. Ya te lo he dicho. Era una casa de campo. Estuve con una mujer que jamás me habló. Ya te dije que creo que no hablaba mi idioma. A Mark solo le vi en dos ocasiones. El día que me explicó que había fingido mi muerte, y el día que me dio dinero, una nueva identidad y me llevó hasta la estación. Se despidió de mí y me aconsejó que jamás regresara. Le hice caso.

—¿Y Kimberly Swan? ¿Cómo te convertiste en ella?

—Fue por casualidad... y gracias a Mike.

Ryan hizo un gesto de desagrado al oír su nombre. No podía evitar sentir unos celos enormes al pensar en aquel hombre.

—Desde que hui trabajé en multitud de cosas: limpiadora, dependienta de supermercado, camarera... No tenía estudios y tampoco podía permitírmelos, así que trabajé en lo que pude. Mi último empleo fue en un bar. Ahí fue cuando comencé a componer mis canciones.

—No sabía que componías... Quiero decir, sé que siempre te gustó la música y muchas veces te oí cantar, pero de ahí a componer...

—Lo sé. Nunca me había atrevido a hacerlo, sin embargo, parece ser que tengo capacidad para ello. El caso es que en los momentos muertos del bar componía, hasta que el dueño instaló un karaoke y me animé alguna noche a cantar. En una de esas noches, Mike estaba entre el público y me oyó. Trabajamos amistad, le enseñé alguna de mis canciones y una noche me consiguió una entrevista en un programa de radio de un amigo suyo. No sé cómo, mi canción gustó y, antes de que me diera cuenta, me había hecho famosa. Kimberly Swan es mi nombre artístico. Tampoco es el nombre falso que me consiguió Mark.

—¿Mike lo sabe?

—¿El qué?

—Quién eres en realidad. Lo que pasó.

—Tuve que contarle algo la noche que apareciste. Hasta ese momento, lo único que sabía era que yo no quería que mi cara saliera en los medios. Supongo que tenía preguntas, pero hasta el otro día jamás me había interrogado al respecto.

Contempló a Katy en silencio mientras asimilaba todo lo que le había contado y en ese momento se dio cuenta de un detalle del que no había sido consciente hasta el momento.

—No me has preguntado por tu padre.

—No creo que haga falta —musitó ella evitando su mirada—. Supongo que está muerto.

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo más duro fue tener que alejarme de él. No poder hablarle nunca más. Sabía que si alguien descubría que estaba viva no pararían hasta matarme, así que renuncié a buscar a mi padre. No obstante, cuando regresé a la ciudad como Kimberly Swan le pedí a Mike que averiguara. Contrató a un detective privado que no logró descubrir nada. Era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Y siendo el contable de tu padre, solo había una explicación

posible.

—Que estuviera muerto —terminó Ryan por ella.

—¿Sabes lo que ocurrió? Si es así, cuéntamelo —le pidió ella con tristeza.

Ryan recordó lo acaecido aquel día. Los acontecimientos que hubiera preferido olvidar.

Bajaba las escaleras de su cuarto cuando oyó las voces en el salón.

—Lo siento, Michael. Cualquier cosa en la que te pueda ayudar, solo tienes que decírmelo. —
Su padre se dirigía a Michael Wilson, el padre de Katy.

Hacía un año que no la veía. Un año desde el día que se había asegurado de que no se acercara a él. La había apartado de su vida y, pese a que en ocasiones sentía como si le hubieran arrancado parte del corazón, no se arrepentía. Era lo mejor para ella. Al principio había sido doloroso, no obstante, a estas alturas había comprendido que su padre tenía razón. Ella no tenía ningún futuro a su lado. Esta vida no era lo que deseaba para ella. No era lo que deseaba ni para él mismo.

Entró en el salón y con sorpresa vio al señor Wilson derrumbado en el sofá con lágrimas en los ojos mientras su propio padre le observaba en silencio.

—¿Qué ocurre? —inquirió extrañado. *Era muy raro ver a Stefano Sposito en actitud comprensiva hacia cualquier problema que tuviera la gente que trabajaba para él.*

—Hola, hijo —saludó su padre con una sonrisa torcida—. *Michael ha venido a pedirme unos días libres para poder arreglar los trámites del entierro de su hija.*

Sintió como si alguien se hubiera llevado todo el oxígeno de la habitación. Comenzaron a pitarle los oídos, un dolor sordo se instaló en su corazón y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no derrumbarse.

—¡Qué has hecho! —murmuró sin aliento con tono acusatorio. *Había sido su padre. Estaba seguro. Se había alejado de ella y había hecho todo lo que le había pedido y no había sido suficiente. Aun así, la había matado.*

—¡Yo no he hecho nada! —replicó su padre en tono ofendido desmentido por una sonrisa malévola que adornaba su rostro.

—Mi hija... —musitó el señor Wilson alzando hacia Ryan los ojos enrojecidos por las lágrimas. *Estaba tan sumido en su dolor que no se había enterado del intercambio de palabras entre padre e hijo—. Ha habido un accidente. El coche... un barranco... —farfulló, hasta que poco a poco las palabras que Ryan había dirigido a su padre penetraron en su mente—. ¿Por qué? ¿Por qué acusas a tu padre?*

—Porque me exigió que me alejase de ella —confesó mientras apretaba los puños con fiereza y un dolor desgarrador le atravesaba el cuerpo.

—¿Y por eso crees que la he matado? —rio su padre insensible al dolor de Michael, que le miraba con horror, quizás sopesando la veracidad de las afirmaciones de Ryan—. *Era una puta. No pierdo el tiempo con putas.*

Recordaría aquel momento durante muchos años. Cómo el señor Wilson palidecía ante las palabras de su padre y cómo su rostro demudaba en una mueca de odio. Cómo se lanzaba sobre Stefano Sposito y le arrebatava la pistola que llevaba en la cartuchera. La pelea por el arma y, al final, el sonido sordo de un disparo y el cuerpo de Michael Wilson, que caía y se derrumbaba en el suelo, muerto.

—¡Joder! ¡Mira lo qué has provocado! —exclamó su padre mientras observaba las salpicaduras de sangre que cubrían su ropa—. *¡Era mi mejor contable! ¡Y me ha jodido el traje!*

Ryan observó toda la escena sin ser capaz de moverse. Cerró los ojos y pensó en ella; en su

amada Katy que ya no estaba; en el terrible dolor que habría sufrido por la muerte de su padre.

—¿Fuiste tú? —preguntó con voz ahogada. Aunque estaba convencido de ello, todavía necesitaba oírlo de su boca.

—¿Si fui yo?, ¿el qué? —replicó su padre sin mirarle, al tiempo que se quitaba la camisa embadurnada con la sangre de Michael.

—¿Mataste a Katy? —exigió una respuesta apretando los puños, que se le habían quedado blancos por la presión, en un intento de contener las ganas de lanzarse a su garganta.

—No le toqué un pelo a esa zorra —afirmó su padre enojado mientras llamaba a uno de sus hombres para que le trajera otra ropa—. Si se mató en un puto accidente no es mi culpa.

Ryan le observó con furia y dolor, todo unido en una bola que apenas le permitía respirar. Le odiaba y algún día le mataría. Allí mismo, frente al cadáver del padre de la única mujer que había amado, se juró que algún día le haría pagar a ese cabrón. Puede que no fuera culpable de su muerte, pese a que si no le hubiera obligado a alejarse de ella seguramente continuara con vida. Al fin y al cabo, aunque había tardado muchos años, había cumplido con el juramento que se había hecho aquel día.

—La culpa de lo sucedido fue mía —reconoció avergonzado—. Si no hubiera acusado a mi padre de tu accidente, el tuyo aún continuaría con vida.

Katy le contempló con lágrimas en los ojos, aún estremecida por su relato. Puede que sus palabras hubieran provocado la reacción de su padre, si bien el único culpable de su muerte era Stefano Sposito.

—No tiene sentido buscar culpables—murmuró ella con tristeza—. Todos están muertos y, si has iniciado una guerra, quizás nosotros tampoco sobrevivamos.

—Te protegeré y no permitiré que nadie te haga daño. Lo juro.

—Sabes que no puedes mantener esa promesa. Tú eres el que me ha puesto en peligro. Nadie sabía quién era yo hasta que te presentaste en mi casa y me arrastraste hasta aquí. ¿Cuánto crees que tardarán en descubrir quién soy?

—Ahora que te he vuelto a encontrar no permitiré que te alejes de mí de nuevo—aseguró al tiempo que se acercaba a ella. Levantó la mano para acariciar su rostro, sin embargo, ella se apartó con un gesto de desprecio.

—Tú fuiste el que me apartó de su vida hace ya muchos años. No puedes pretender llegar como un tornado y arrasarlo todo a tu paso. Es muy tarde para eso

Ryan la miró con rabia porque sabía que tenía razón. A pesar de que no había dejado de amarla ni un solo día, para ella él ya no significaba nada. No podía retenerla a la fuerza y tampoco podía dejarla ir, era demasiado tarde. No sabía qué hacer para quitar la diana que él mismo había puesto en la cabeza de Katy.

Luca Maltesse entró en la mansión para encontrarse con el cadáver de su hijo y de todos los hombres que le protegían.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —rugió con dolor. Scott era un completo inútil, pero era su único hijo. Su legado. Mataría a quién le hubiera hecho eso.

Sus hombres estaban tan sorprendidos como él. Lo último que sabía era que su hijo iba a reunirse con Ryan Sposito. Él mismo no había querido estar presente cuando este le comunicara a Scott el acuerdo al que habían llegado: que su hijo dejaría de ser su segundo al mando para convertirse en uno más entre los hombres de Ryan.

—¡Quiero ver las cámaras de seguridad! —exigió con fiereza. Esto era algo personal. A su hijo le habían cortado la garganta mientras que los demás hombres habían muerto por disparos. ¿Lo habría hecho Ryan? Lo que no comprendía era la razón. No tenía ningún sentido.

Mark, el hombre de confianza de Scott al que el propio Luca había ascendido a su segundo al mando en detrimento de su propio hijo, le trajo las grabaciones de seguridad y sus sospechas se vieron confirmadas. En ellas se podía ver a su hijo y a Ryan Sposito. Scott le hablaba de una tal Katy y Ryan se abalanzaba sobre él y le cortaba la garganta. Katy. ¿Quién cojones era esa? Lo averiguaría y cuando lo supiera la destriparía y haría que Ryan lo viera todo antes de matarle a él también.

—Quiero que busques a esa mujer y me la traigas —le ordenó a Mark al tiempo que cogía el teléfono para llamar a Ryan Sposito. Conociéndole como lo conocía, sabía que no se escondería. El hijo de puta estaría esperando esta llamada. Bien. No le decepcionaría. Había declarado la guerra.

Tras escuchar la dura conversación que se había producido entre Ryan y Luca Maltesse, una sombra se deslizó por la casa. Salió al jardín y se escabulló de la propiedad. Tiempo después, un encuentro se produjo en mitad de la noche.

—Es muy arriesgado que nos vean juntos. ¿Qué era eso tan importante que no podías decirme por teléfono? —preguntó Lucifer a quien era su socio en todos sus planes.

—Ryan se ha cargado a Scott Maltesse.

—Lo sé. Si era eso lo que me querías decir nos hubiéramos ahorrado el encuentro con el riesgo que supone que nos vean juntos.

—Ha jodido todos los planes.

—Al contrario. Nos lo ha puesto más fácil —repuso Lucifer con una sonrisa.

—¿Fácil? ¿Cómo puede ser más fácil? Íbamos a quedarnos con todos sus negocios sin que se enteraran. Cuando se dieran cuenta de lo sucedido, Lucifer sería el dueño de todo. Ahora van a enfrentarse el uno al otro.

—Es verdad. No obstante, nuestro plan iba a tomarnos más tiempo. De esta forma, se matarán el uno a otro. Dos rivales menos. Si nos hacemos con los negocios de Ryan Sposito y de Luca Maltesse seremos los dueños de media ciudad. Solo quedaría Julen Cabana como rival. La gente ya teme el nombre de Lucifer.

—Y pensar que se te ocurrió por tu afición a las series de Netflix...

—Sí —reconoció Lucifer con una carcajada—. Nadie se imagina quién se oculta tras ese nombre. Lo sucedido con Scott no es un inconveniente, al contrario. Ahora te explicaré cómo vamos a utilizarlo a nuestro favor...

Tras las confesiones del día anterior, Katy permaneció encerrada en su cuarto sin salir. Mary subió en cada una de las comidas para rogarle que bajara al comedor. Al recibir una negativa por su parte, regresó a los pocos minutos con una bandeja para que pudiera comer en su habitación.

—Teresa ha preparado tu comida favorita.

Katy se lo agradeció. Recordó las tardes que se había pasado en la cocina con la cocinera mientras había vivido en aquella casa. Se sintió culpable porque, tal y como le había recriminado Ryan, no solo había hecho daño a su padre con su supuesta muerte, sino también a Mary y a Teresa, que siempre la habían tratado como a una hija. Sin embargo, en aquel momento no había habido nada que hubiera podido hacer. Había sido la única manera de sobrevivir.

—Dale las gracias de mi parte. He echado de menos sus comidas —reconoció con una sonrisa triste. La casa le traía demasiados recuerdos que hubiera preferido olvidar.

Mary salió y la dejó a solas con sus pensamientos. Durante el resto del día no vio a nadie más. Se acostó con la duda de cuánto tiempo pretendía Ryan que permaneciera allí. ¿Qué quería de ella en realidad? Decidió aprovechar el tiempo y componer. Los últimos acontecimientos le habían servido de inspiración y las notas de una canción bullían en su cabeza en un intento de liberar los profundos sentimientos que se habían desenterrado. Pronto comenzó a tararear la melodía y, sin gran dificultad, encontró la letra adecuada para plasmar lo que tenía en su interior. Sintió la tentación de abandonar su cuarto para hacer uso del piano que había en el salón, pero al final la desechó. No quería que Ryan pensara que se encontraba a gusto con ese encierro.

Al día siguiente conoció a Stacy, una de las doncellas de la mansión, que fue designada para hacer la limpieza de su habitación. Era una chica muy agradable y muy habladora. Estaba segura de que si Mary supiese todos los chismes que le contaba, le hubiera echado un buen rapapolvo. Era una chica muy joven y bonita, con grandes ojos verdes y un brillante pelo negro que sujetaba en un moño. Aunque llevaba uniforme, este consistía en una camiseta negra y unos pantalones del mismo color. Le sorprendió comprender cómo habían cambiado las cosas en la casa en la que había vivido hacía ya tantos años. Recordaba que, en vida de Stefano Sposito, las doncellas iban ataviadas con minúsculos vestidos negros que mostraban más de la cuenta.

—Hola. Soy Kimberly —la saludó con calidez. Para todo el personal era Kimberly Swan. Solo Teresa y Mary sabían quién era en realidad.

—Lo sé —respondió la chica entusiasmada—. No me lo podía creer cuando Mary nos dijo que se iba a quedar en esta casa. Quién diría que a alguien como el jefe le iba a costar tanto decidirse.

—¿Decidirse? ¿Sobre qué? —indagó con curiosidad. No sabía a lo que se refería.

—Sobre usted.

—¿Sobre... mí? —tartamudeó confusa.

La chica se le acercó, miró alrededor como si temiese que alguien pudiera escucharla, y le dijo en tono confidencial:

—Si Mary se entera de que se lo he contado se enfadará mucho, así que prométame que no se lo va a decir.

—Te prometo que cualquier confidencia que me hagas no saldrá de este cuarto —le juró con lo que esperó que fuese una sonrisa tranquilizadora. Le parecía que iba a necesitar una aliada si pretendía escapar del encierro y esta chica parecía una buena candidata, porque si algo tenía claro era que se iría de allí en breve con o sin el consentimiento de Ryan.

—Tenemos una apuesta sobre cuánto iba a tardar en buscarla para conocerla en persona —le confesó en tono jocoso.

—¿Quién? No te entiendo.

—¿No se lo ha dicho? —interrogó Stacy mientras la miraba sorprendida.

—¿Qué?—Katy se sentía frustrada. No conseguía entender a qué se refería. Era como si esa chica le hablase en otro idioma.

—El jefe. Está enamorado de usted desde hace años. Tiene todos sus discos. Nos damos cuenta de cuándo está de mal humor porque se encierra en el despacho y se pone a beber mientras escucha sus canciones.

La miró con asombro. La imagen que conjuraban sus palabras no casaba con el Ryan que ella había visto. Sabía que hasta hacía poco él desconocía quién era ella en realidad, así que la idea de que fuese un fan le resultaba cuando menos... extraña. Aunque de ahí a imaginar que por eso estaba enamorada de ella... Eso era ir muy lejos.

—Lamento ser yo la que pinche la burbuja que os habéis montado, pero el que un hombre se encierre en un cuarto a beber mientras escucha mis canciones no quiere decir que esté enamorado de mí. No será el primero que lo haga ni el último. —Adoptó un tono firme en un intento de zanjar el tema.

—Ya —admitió la chica con una sonrisa—. Sin embargo, aquí está. Por algo la habrá traído.

—Sí —reconoció con gravedad mientras pensaba a toda prisa sobre qué excusa inventar para justificar su presencia en la casa.

Ryan no había dado ninguna explicación del porqué ella estaba en la casa. Era evidente que estaba acostumbrado a no tener que justificar sus actos. Sin embargo, ella no quería dar lugar a habladurías y pese a que lo más fácil hubiera sido reconocer que mantenían una relación, a la larga el personal de servicio no se lo creería teniendo en cuenta que no solo no compartían dormitorio sino que, si podía evitarlo, no tenía pensado compartir ni un minuto con él durante todo el tiempo que durase su estancia en la mansión.

—La verdad... —No sabía qué decir mientras la jovencita la miraba con expectación a la espera de una explicación.

—La verdad... conocí a Ryan en un cumpleaños. Yo...

—¿Sí...? —la animó a continuar.

—¡Stacy! —exclamó el ama de llaves que entró en el cuarto en ese momento y que había sido testigo de parte de la conversación—. No deberías molestar a nuestra invitada con esas elucubraciones sin sentido.

—No pasa nada —justificó Katy que se dio cuenta de que incluso tanto Mary como Teresa debían estar preguntándose qué hacía allí y qué era lo que pasaba. No creía que Ryan tampoco les hubiese contado nada a ellas, así que decidió dar una explicación más o menos plausible y que dejara de alimentar falsos rumores.

—Le iba a decir a Stacy que conocí a Ryan durante una actuación en un cumpleaños y le comenté la necesidad que tenía de tomarme un tiempo sabático. Él con toda amabilidad me ofreció su casa y yo decidí aceptar.

Mary la miró con cara de circunstancias si bien no se atrevió a rebatir sus palabras. Quizás

hasta pensase cuánto de verdad encerraban. Sabía quién era ella, así que tal vez se creyera la historia de que se había reencontrado con Ryan, que le había ofrecido quedarse allí, y ella había aceptado. Sin embargo, eso no justificaba el hecho de que se negara a pasar ni un minuto más del necesario en su compañía.

—Venía a anunciarle que ya está la comida —le dijo Mary en un acto que ya casi se estaba convirtiendo en rutina.

—Gracias. Dile a Ryan que sigo prefiriendo comer en mi habitación.

—Así lo haré, señorita Swan. Stacy, vete a limpiar el otro cuarto —le ordenó con un gesto. Al irse no pudo evitar que se le escapase una mirada de desaprobación hacia Katy. Era evidente que no estaba de acuerdo con su actitud y que pensaba que estaba siendo una grosera, sin embargo, en este momento a esta no le importaba. Quería irse, y mientras se viera obligada a permanecer en la casa se negaba a ver a Ryan y fingir que estaba ahí por voluntad propia.

Dos días más tarde, tras subirle Mary el desayuno al cuarto, Katy entró en el baño para darse una ducha. No había vuelto a conversar con la doncella desde que el ama de llaves le había llamado la atención. No quería meterla en problemas. Cuando esta acudía a limpiar el cuarto, se pasaba el rato lanzándole curiosas miradas que le daban a entender que se moría por hacerle miles de preguntas a pesar de lo cual no se atrevía.

Sumida en sus pensamientos, cerró el agua y se giró para coger una toalla y cubrir su cuerpo desnudo, cuando quedó paralizada por la sorpresa, con la mano extendida al ver a Ryan en la puerta del baño inmóvil. No sabía cuánto tiempo llevaba observándola mientras se duchaba.

—¡Qué quieres! —Aunque se sentía profundamente indignada le tembló ligeramente la voz, lo que la hizo parecer más vulnerable. Mientras se apresuraba a cubrirse con la toalla, trató de taparse también el cuello. Le avergonzaba que viera sus cicatrices.

Él no dijo nada, solo la observó en silencio y a ella se le aceleró la respiración al ver cómo la miraba. Sostuvo su mirada con valentía aunque por dentro temblaba; de miedo; de excitación. No sabría decir cuál de los dos sentimientos predominaba. Solo sabía que le atemorizaba que se acercara a ella porque no creía tener el valor para rechazarle. Sobre todo cuando su cuerpo y su alma lo anhelaban más de lo que habían anhelado nada en su vida. Por la forma en la que la miraba, era evidente que él también sostenía una lucha contra sí mismo y no estaba segura de cuál sería el resultado de esa confrontación.

—Mi paciencia tiene un límite —le advirtió él con voz ronca al tiempo que cerraba los puños con fuerza para evitar tocarla—. Hoy comerás conmigo o no comerás —le amenazó antes de salir del baño.

En el momento que se encontró de nuevo a solas, las piernas se negaron a sostenerla y se derrumbó en el suelo mientras temblaba sin control. Le conocía lo suficiente como para saber que estaba al borde de perder la paciencia. Quizás era el momento de ceder, hablar con él y descubrir qué era con exactitud lo que pretendía de ella porque lo que estaba claro era que no podría retenerla por tiempo indefinido.

Cuando llegó la hora, esperaba con ansiedad el momento en el que Mary le anunciara que la comida estaba lista. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con que no era Mary quien estaba al otro lado de la puerta, sino Steven, el hombre de confianza de Ryan.

—¿Va a bajar, señorita Swan? Tengo órdenes de hacerle bajar a comer, por las buenas... o por las malas —le informó con voz acerada.

Ella solo pudo asentir y precederle hasta el comedor. Cuando entró en el mismo, Ryan ya se encontraba allí. Sonrió al verla y le recorrió el cuerpo con una mirada apreciativa. Katy se sintió

desnuda a pesar de que se había puesto la ropa más holgada y poco favorecedora que había encontrado en su equipaje. Lo último que deseaba era despertarle ningún tipo de deseo. La escena de la mañana la había dejado desconcertada.

—¿Hasta cuándo tendré que estar encerrada en esta casa?—exigió saber una vez que Estela, otra de las criadas, les sirvió la comida y se quedaron a solas en el comedor—. Tengo compromisos profesionales que debo cumplir.

—Hasta que estés a salvo —se limitó a afirmar él.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando elimine a todos los que quieran hacerte daño.

Ella no pudo evitar soltar una amarga carcajada al escuchar su respuesta.

—Mi vida no estaba en peligro hasta que tú volviste a ella. ¿Por qué me quieren hacer daño? ¿Por lo que le hiciste a Scott? Ni siquiera saben quién soy. He vivido catorce años sin ti. ¿Qué te importa ahora lo que me ocurra? —le recriminó.

—Lo que hice cuando te aparté de mi lado, lo hice por ti —afirmó él con frialdad—. Merecías algo mejor que yo. Quise darte la oportunidad de que lo tuvieras.

Sus palabras la enfurecieron hasta tal punto que se olvidó de con quién estaba hablando. Se olvidó de que era Ryan Sposito, uno de los hombres más temidos de la ciudad. Se levantó bruscamente. Se acercó hasta él, que la observaba en silencio, y le cruzó la cara de una bofetada. Él no se inmutó. Solo la observó en silencio. Cuando ella levantó de nuevo la mano para volver a abofetearle, se lo impidió al retenérsela en el aire.

—Ni se te ocurra hacerlo una segunda vez o verás las consecuencias—la amenazó con voz helada.

—Eres un cobarde de mierda —le insultó sin amilanarse ante sus palabras. Estaba furiosa. Sus palabras le habían hecho un daño que sentía como si un cuchillo le hubiera abierto el pecho en canal y le hubiera extraído el corazón—. ¿Eso fue lo que te dijiste a ti mismo?, ¿que lo hacías por mi bien?, ¿que yo era demasiado buena para ti?

—No tenías ni idea de quién era en realidad —se justificó él apartando la mano de Katy con violencia, como si le quemara su contacto.

—Mi padre era el contable del tuyo. Nos conocimos durante muchos años. Vivimos en la misma casa. ¡Casi nos criamos juntos, joder! ¿De verdad crees que no sabía quién eras y de lo que eras capaz? ¿Esa es la mentira con la que justificaste tu comportamiento?

—Creo que tú pensabas que me podías salvar de convertirme en quien soy.

—No te negaré que lo habría intentado —reconoció ella con tristeza una vez atemperada la furia que le había invadido—, pero habría estado contigo pasara lo que pasara.

—Por eso te alejé de mí. Te merecías más.

—¡Eso es una puta mentira! —gritó ella desbordada por la situación.

—¡No es una jodida mentira! —rugió él con furia al tiempo que se levantaba con tal violencia que tiró la silla en la que estaba sentado.

—Podías haberlo hecho de mil formas —susurró ella mientras las lágrimas acudían a sus ojos—. Cualquiera hubiera valido. Eras el hijo de Stefano Sposito. Podías haber conseguido que no me acercara a ti en la vida. No hacía falta que hicieras lo que hiciste. Me destrozaste el corazón.

—Era lo mejor para ti —replicó él con dolor a pesar de que en el fondo sabía que tenía razón.

En aquel momento no había sido consciente, pero ahora con el paso de los años se avergonzaba de lo que había hecho. Era de lo que más se arrepentía. Recordar cómo la había humillado. La forma tan cruel en la que la había apartado de su lado. Había pasado noches en

vela pensando que ella había muerto con el convencimiento de que no la amaba.

—Da igual —replicó ella con cansancio—. No tiene sentido que removamos el pasado. Ahora ya no tiene importancia.

—Sí la tiene —replicó él desesperado porque le creyera. Porque no le hubiera olvidado como él no había sido capaz de olvidarla ni un minuto de todos estos malditos años—. Yo... te amaba. —«Aún te amo», le hubiera gustado poder decirle, si bien, no se atrevió. Era demasiado pronto. No le creería.

—Si me hubieras amado de verdad, no me habrías apartado de tu lado como lo hiciste. Habrías peleado por mí. No digo que no me quisieras. Sé que me tenías... cariño. Sin embargo, eso no era suficiente como para luchar por mí. Fuiste un cobarde. Me humillaste de tal forma que quisiste asegurarte de que jamás te buscara. Pues te felicito. Lo lograste. No he pensado en ti ni una sola vez en todos estos años. No me supuso ningún problema apartarme de ti.

Sus palabras le golpearon como si lo hubiera hecho de forma física. No solo por la verdad que encerraban, si no por su afirmación de que no había pensado en él en todos estos años, mientras que él había sido incapaz de olvidarla. Llevaba trece putos años llorándola, extrañándola y arrepintiéndose todos y cada uno de los días de su maldita existencia, de haberla dejado ir. Le sostuvo la mirada durante unos instantes con el dolor agrietando su corazón; el mismo que llevaba trece años muerto, desde el preciso instante en que creyó que estaba muerta.

Sin dejar de mirarla, vio cómo se le dilataban las pupilas y en ese momento comprendió que quizás no le amara como lo había hecho en el pasado. No obstante, estaba claro que todavía le deseaba. Observó los labios entreabiertos que temblaban y se acercó a ella sin poder ni querer resistir el impulso.

Ella permanecía inmóvil, prisionera de su mirada. «Bésame». En el mismo momento en que ese pensamiento traidor se escapó de su mente, se maldijo en silencio. Entreabrió los labios sin apenas darse cuenta y se acercó a él atraída con la fuerza de un imán. Se observaron en silencio y, mientras él se inclinaba hacia ella, Katy se elevó sin ser consciente de ello hasta que sus labios casi se rozaron.

—No he dejado de pensar en ti ni un solo día en todos estos años —le susurró él con voz rota al tiempo que se bebía su aliento—. El día que me enteré de tu muerte comprendí el error que había cometido. Y no he dejado de arrepentirme ni un solo día desde entonces. Todas las putas semanas visito la tumba de mi padre. ¿Sabes por qué lo hago aunque le odiaba?, ¿a pesar de lo feliz que estoy de que esté bajo tierra?

Ella negó en silencio mientras trataba de luchar contra el hechizo que la mantenía presa. Él se inclinó aún más sobre ella.

—Porque desde su tumba veo la tuya —le susurró al oído provocando que un escalofrío recorriera su cuerpo. Antes de que ella pudiera responder, se apartó de su lado, abandonó el cuarto y la dejó sola.

Desde la conversación en el comedor del día anterior, Katy tuvo que aceptar que no iba a ser posible abandonar la mansión por el momento. Ryan se pasaba el escaso tiempo que permanecía en la casa encerrado en su despacho con Steven planificando cómo eliminar a Luca Maltesse y solucionando los problemas que este enfrentamiento le estaba causando a todos sus negocios. Si bien compartían las comidas, solo hablaban de cosas banales. Era como si de forma tácita hubieran pactado una tregua en la que no cabían las explicaciones ni los reproches. El único punto de confrontación era la negativa de Ryan a informarla de lo que estaba sucediendo con Luca Maltesse, aunque ella tenía claro que el padre de Scott no dejaría su muerte sin vengar. La única duda era quién moriría primero a consecuencia de esa venganza: ¿Luca o Ryan?

Habían fortificado la casa y cualquiera que quisiera entrar o salir debía pasar por un estricto control de seguridad. Había tratado de razonar con él para que la dejara marchar; de explicarle que en realidad nadie sabía quién era ella; que había sido él mismo el que la había puesto en peligro al llevarla allí. No obstante, al final tuvo que aceptar que tendría que permanecer en la casa hasta que él dispusiera lo contrario.

Minutos antes, Steven había subido a su cuarto para decirle que Ryan quería hablar con ella en el despacho. Pese a que le molestaba que la convocara de esa manera, como si fuera uno de sus empleados, sobre todo porque estaba muy concentrada con su música, decidió no complicar más las cosas y bajar para hablar con él.

—¿Qué quieres? —demandó con aspereza al entrar en el despacho—. Estaba componiendo.

—No has utilizado el piano. ¿No lo necesitas?

—No —mintió ella enfadada. Sentía que si aceptaba usar el piano era como si aceptase la situación y todavía se negaba a ello.

Ryan la miró con seriedad y, sin querer indagar más en la cuestión, sacó su móvil y le puso un archivo de audio.

—¡Hola, Kimberly! —oyó la voz de Mike a través de la grabación—. ¿Dónde te habías metido? ¿Desde dónde me llamas? No reconozco el número.

Le miró indignada. Estaba escuchando la grabación de la conversación que había mantenido esa misma mañana con Mike en ese mismo despacho. El día que la había arrastrado hasta esta casa Ryan le había requisado el teléfono. Aunque le había ofendido que se negara a devolvérselo, tampoco le había dado demasiada importancia puesto que estaba segura de que al día siguiente la dejaría marchar. Además, Mike estaba de viaje y no tenían por costumbre llamarse muy a menudo, así que no se extrañaría de que no le llamase. Sin embargo, al ver que pasaban los días y que Ryan no tenía intención de dejarla abandonar la casa ni de devolverle el móvil, se dio cuenta de que tenía que hablar con Mike, así que esa mañana se había levantado muy temprano y metido en ese despacho para llamar a su representante desde el teléfono fijo.

—¿Me has espiado? —reclamó enojada.

—Es mi teléfono. Grabo todas las conversaciones —repuso él con frialdad—. ¿Cuándo pensabas decirme qué habías hablado con tu amante?

—No es mi amante —replicó ella mientras apretaba la mandíbula con furia y cerraba las manos en un puño para evitar la tentación de atacarle.

Él se limitó a avanzar un poco la grabación para después reproducirla.

—Te echo de menos.

La voz de Mike resonó en la estancia y provocó que ella enrojeciera avergonzada al recordar su respuesta:

—Yo también te echo de menos. ¿Cuándo regresas?

—La semana que viene —respondió el mánager con alegría, ya que por un momento pensó que quizás por fin había alcanzado su corazón—. Te he conseguido un contrato que te va a encantar. Es fuera del país. Podríamos... podríamos hacer como si fuera una luna de miel —comentó él con voz esperanzada.

Ryan detuvo la grabación y la contempló con una mirada helada que hizo que ella enrojeciera. Recordaba a la perfección su respuesta: «No estaría mal», le había dicho.

Ahora, frente a él, se avergonzaba. No había sido justa con Mike. Le había alentado, a sabiendas de que estaba enamorado de ella, solo por el miedo irracional que tenía a sucumbir a los sentimientos que Ryan le provocaba.

—No vas a ir a ningún puto viaje con él —le aseguró con voz helada—. Le vas a llamar de nuevo y le vas a convencer que no quieres verle en una buena temporada.

Sacó el móvil de Katy de un cajón y se lo lanzó, sin darle apenas tiempo a que lo cogiera al vuelo.

—Llámale y más te vale ser convincente. No querrás que lo mate.

—¿Serías capaz de matarle? —murmuró horrorizada.

—Sin dudarlo —afirmó al tiempo que se acercaba a ella y le susurraba en el oído con una sonrisa torcida—. Te dejaré privacidad.

Katy colgó el teléfono con manos temblorosas. Le había costado mucho convencer a Mike que no tenía motivos para preocuparse; que era normal que hubiera decidido tomarse un tiempo sabático y que no podía confesarle su paradero.

—¿Es por lo que te había dicho del viaje? No quería presionarte. Será mejor que lo olvidemos, pero no te alejes de mí —le suplicó él con voz torturada.

Ella negó mientras las lágrimas cubrían su rostro. No quería hacerle daño y, sin embargo, se lo estaba haciendo. Había sido muy egoísta por darle falsas esperanzas; por hacerle creer que en algún momento podría llegar a amarle.

—Lo siento. He sido muy egoísta contigo —confesó con tristeza—. Creo que es mejor que estemos un tiempo separados.

—¿Y el contrato que acabo de negociar?

—Será mejor que lo anules.

No creía que le fuera posible seguir con las actuaciones mientras Luca Maltesse continuara con vida, aunque no podía decirle nada de eso a su representante. Hacerlo implicaría tener que contarle toda la verdad y no quería meterle en una guerra que no le correspondía.

Finalmente, Mike, a regañadientes, aceptó darle tiempo. No quería reconocer la realidad y era que ella jamás le amaría, ya que para que eso ocurriera, primero tendría que ser capaz de olvidar a Ryan. Si en todos estos años no lo había logrado, no creía que jamás pudiera. Tras colgar, dudó durante unos segundos en el despacho, sin saber si salir para informar a Ryan de que había terminado de hablar o no, cuando se abrió la puerta como si él hubiese sabido que había acabado la llamada.

—¿Quedó conforme tu novio? —preguntó con sarcasmo al entrar en el despacho.

—¿Cómo lo supiste? —Decidió no contestarle y hacerle a su vez la pregunta para la que llevaba días sin encontrar la respuesta.

—¿Cómo supe el qué? —quiso saber él con displicencia.

—¿Cómo supiste que yo era Kimberly Swan?

Él se mantuvo en silencio durante unos instantes y cuando ya pensaba que no le iba a contestar, lo hizo sin mirarla a la cara. Se sirvió una copa mientras le hablaba.

—Mi novia Brooke te secuestró hace unas semanas.

—¿Quééé? ¡Eres un hijo de puta! —le espetó al tiempo que se acercó hacia él con el ánimo de golpearlo. Sin embargo, él se lo impidió al girarse y cogerle el brazo con la mano con la que no sostenía el vaso de *whisky*.

—Te advertí que no volvieras a hacerlo —le recordó con voz helada.

Ella tiró de su brazo para liberarse y no solo no lo consiguió, sino que él la acercó aún más. Había sospechado que algo raro había pasado aquel día aunque hasta ese momento no había tenido la confirmación. Recordaba haber salido de casa en la tarde y luego lo siguiente que había sabido era que estaba en el salón y ya era de noche. No había podido quitarse de la cabeza la sensación de que algo extraño había ocurrido.

—Cuando supe que te había secuestrado hice que te liberaran. En aquel momento aún no sabía que Kimberly Swan y Katy eran la misma persona —le explicó él mientras la soltaba con desgana y se bebía la copa de un trago.

Ella se frotó de forma inconsciente el brazo, en el punto exacto en que él la había tocado en un intento de liberarse del calor que le invadió el cuerpo.

—No lo entiendo —gruñó con enfado—. ¿Por qué me secuestró en primer lugar la loca de tu novia? ¿Y por qué no la he visto durante todos estos días? ¿La tienes escondida?

—Porque quería hacerme un regalo de cumpleaños. —Ante la mirada atónita de Katy continuó—. Ya sé que es una idiotez. No busco a las mujeres por su coeficiente intelectual. Y si no la has visto es porque después de aquella noche rompí con ella.

—Esa mujer estaba loca —afirmó mientras le miraba con estupefacción.

—Ella sabía de mi... fascinación por Kimberly Swan —confesó él con reticencia—. La conocí en una gala benéfica en la que sorteaban uno de tus discos dedicados.

—Nunca trataste de conocerme —musitó ella pensativa al recordar lo dicho por Stacy, la doncella, el día que la conoció: que habían apostado cuánto tiempo tardaría en querer conocerla en persona.

—No —espetó él de malas maneras sin querer confesar que escuchar sus canciones le había calmado el dolor tan profundo que sentía en el corazón—. No creas que se me ha olvidado que no has respondido a mi puta pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Quedó conforme tu novio?

—No es mi novio —replicó ella—. Y sí, se creyó lo que le dije, que necesitaba un tiempo.

—No será tu novio, no obstante, está claro que es tu amante —afirmó él, presa de los celos, al tiempo que esperaba que ella lo negara. Sin embargo, el silencio que siguió a sus palabras le confirmó lo que sospechaba.

Katy no lo negó. Habían sido amantes durante mucho tiempo. Al principio, cuando se había dado cuenta de los sentimientos de Mike, le había explicado con toda claridad que no los compartía, si bien a él no le importó; a partir de ahí, le avergonzaba reconocer que le había

utilizado para llenar el enorme vacío que sentía en su cama y en su corazón, a pesar de ser consciente de que jamás podría corresponderle cómo se merecía.

—No creo que sea de tu incumbencia —le espetó con rabia al cabo de unos segundos de silencio.

—Puede ser... —reconoció él de forma despectiva para después interpellarla—. ¿Cuántos amantes has tenido?

—Con toda seguridad, menos que tú —replicó ella a su vez con desprecio.

—*Touché*, aunque no importa, más tarde o más temprano me lo dirás. Por cierto, tengo que salir de viaje.

—¿A dónde?

Ella no pudo evitar dejar escapar un matiz de sorpresa. No se lo esperaba, quizás fuera la oportunidad de irse y alejarse de él aprovechando su ausencia.

—Ni se te ocurra abandonar la casa —la amenazó con voz helada al suponer el curso que habían tomado sus pensamientos. Se acercó hasta ella y se inclinó hasta que notó su aliento en el oído—. Te encontraré y te castigaré si huyes de mí —le susurró como una promesa.

Tragó saliva con dificultad y asintió en silencio. No se creía capaz de decir nada. Estaba segura de que sus palabras no eran amenazas vacías. Sabía muy bien de lo que era capaz.

Horas más tarde, una vez Ryan se fue de viaje, pudo comprobar que su amenaza no había sido en vano. Preparó la maleta con la intención de irse y descendió las escaleras haciendo caso omiso de la prohibición de abandonar la casa. No obstante, pronto el hombre frente a la puerta le demostró lo equivocada que estaba y que obedecía órdenes de no dejarla marchar.

—El señor no quiere que le haga daño. Sin embargo, me ha autorizado a hacer lo que sea necesario para conseguir que no se vaya —la amenazó sin andarse por las ramas.

Ella le miró con frustración. ¿Hasta dónde era capaz de llegar por retenerla? En ese momento no estaba dispuesta a arriesgarse a averiguarlo, así que se vio obligada a subir de nuevo a su cuarto. Cuando llegó, lanzó la maleta encima de la cama con furia, lo que le valió una mirada de asombro de la doncella que en ese momento estaba limpiando el cuarto.

—¿Se iba, señorita Swan? —inquirió esta con sorpresa.

Todos en la casa habían sido testigos de las frecuentes discusiones entre la pareja. Pese a que trataban de hacerlo a puerta cerrada, el tono tenso de las conversaciones no dejaba lugar a dudas. Entre el personal habían establecido una apuesta: una parte del servicio creía que ella estaba molesta porque él tenía una amante y la otra parte del personal creía que era porque aún no le había pedido que se casara con él. Lo que todos tenían claro era que estaban enamorados.

—Solo hay que verlos juntos —le había dicho Stacy a Teresa hacía solo una hora mientras discutían el tema en la cocina—. Es evidente que se quieren, por eso discuten tanto. ¿No has visto cómo se miran cuando creen que el otro no se da cuenta?

—Te he dicho que no me gusta el chismorreo —la había amonestado Mary interrumpiendo la discusión.

Por eso, le sorprendía tanto que la señorita Swan hubiera intentado abandonar la casa.

—Parece ser que no puedo irme. —Katy era incapaz de disimular la rabia que sentía.

Lo que estaba claro era que Ryan seguía siendo tan gilipollas como antes. Seguía creyendo que podía controlar su vida. Como cuando había amedrentado, años atrás, a Marco para que la

dejara. Una vez que la doncella terminó de adecentar el cuarto y salió para dejarla sola, se tumbó en la cama con frustración. Ojalá fuese más fácil. Cuanto más tiempo pasaba en esa casa, más difícil resultaba escapar del pasado. Con resolución, sacó la libreta en la que registraba sus composiciones y trató de aprovechar el tiempo para seguir componiendo. Sin embargo, esta vez la inspiración no la acompañaba; en su lugar, imágenes del pasado acudieron a su cabeza.

Comienzos de 2006.

Desde que Ryan había comenzado sus estudios de Administración de empresas en la Universidad del Sur de California, había convencido a su padre de la necesidad de tener un apartamento cerca del campus y este se lo había permitido.

—Ya eres un hombre —le dijo y, por primera vez, detectó cierto matiz de orgullo en su voz, si bien esto se vio arruinado con sus palabras posteriores—. Espero que te dejes de remilgos y empieces a llevar allí a tus propias putas para follar.

Una ola de asco recorrió su cuerpo ante sus palabras. Cuando su padre le había considerado lo suficiente mayor, había comenzado a ofrecerle un desfile de mujeres con las que primero le obligó a follar, ya que, si se negaba, le esperaba una paliza. No contento con ello, más adelante le había forzado a participar en juegos depravados en los que, para su propio horror, descubrió que ciertas prácticas... le producían placer. Lo peor fue cuando descubrió que las mujeres que su padre traía no participaban en esos juegos de forma voluntaria. No eran prostitutas, sino esclavas sexuales.

Esa fue la primera y única vez que se opuso a su padre de forma tajante y, pese a que le siguieron múltiples palizas ejecutadas con la única finalidad de minar su voluntad, no lograron doblegarle.

—No quiero tus mujeres. Yo mismo buscaré las mías —le había repetido una y otra vez, hasta que su padre había aceptado que en esa ocasión no cedería.

La verdad era que no tenía ningún problema para encontrar chicas de su edad que quisieran acostarse con él. Sabía que la mayoría de ellas lo hacían atraídas por el dinero y la fama de su padre. Al principio había renegado de sus propios deseos, ya que los consideraba depravados, pero finalmente no había podido resistirlo y había sucumbido a los mismos. Sabía que con las chicas de la universidad no podría practicarlos, así que, de vez en cuando, acudía a clubs de sexo donde siempre encontraba mujeres experimentadas dispuestas a participar en ellos.

Mientras esperaba a que Katy saliera de su casa para llevarla en coche hasta el instituto, pensó que si ella algún día descubriera las cosas que le gustaba hacer a las mujeres, con toda seguridad le miraría con repugnancia y no con la confianza y alegría con la que lo hacía en aquel preciso instante.

Desde que ella y su padre se habían ido de la mansión y él había comenzado la universidad, eran escasos los momentos que compartían. Ambos vivían en el mismo barrio, Beverly Hills; mientras él lo hacía en un apartamento de más de 1000 metros cuadrados situado en Santa Mónica Boulevard, Katy lo hacía en un condominio de Charleville Boulevard. Ryan sabía que su padre desaprobaba su amistad, así que la única manera que tenían de verse era cuando la llevaba en coche al instituto, el University High School, el mismo en el que él había cursado sus estudios y al que aún asistía Scott. Pese a que ninguno lo había verbalizado en voz alta, ambos estaban seguros de que si sus progenitores supieran de esos encuentros, los desaprobarían, por eso lo mantenían en secreto. Sin embargo, pronto llegarían a su fin, puesto que era el último año de universidad de Ryan y, si bien había querido estudiar un posgrado, su padre se lo había prohibido ya que consideraba que había llegado el momento de que se incorporara al negocio familiar.

—Me han contado que has roto con Helen —le dijo Katy en cuanto se subió al vehículo.

—No he roto con ella —repuso él con una sonrisa—. ¿Desde cuándo te preocupas por mi vida amorosa?

—Tu vida amorosa no podría importarme menos —mintió ella mientras enrojecía avergonzada.

—No he roto con Helen porque no estábamos saliendo, en primer lugar —le aclaró mientras arrancaba.

—Pero... vosotros...

—Que me la haya follado un par de veces no significa que tengamos una relación.

Katy palideció ante la crudeza de sus palabras. Sabía que se había acostado con esa chica, sin embargo, oírle reconocerlo así...

—¡Qué pasa! —rio al ver cómo ella enmudecía—. ¿He ofendido tus virginales oídos?

—Eres un imbécil —espetó enfadada.

—Sí, y por eso me adoras.

No pudo sino aceptar que eso era cierto. El problema era ese: le adoraba. Estaba enamorada y estaba claro que él no le correspondía. Si bien solo era cuatro años mayor que ella, con sus dieciséis años ya se sentía como una mujer, pero él todavía la veía como a una niña y desde que él se había ido a la universidad era como si esa diferencia de edad se hubiera acrecentado. Ojalá dejara de verla como a una niña y se diera cuenta de que ya era una mujer, con sueños, con deseos... Era cierto que era virgen, pero eso no quería decir que no conociera el deseo. Si él supiera la cantidad de veces que se había provocado orgasmos a sí misma mientras se imaginaba que él la poseía... Si supiera que él era el motivo por el que no había perdido la virginidad, porque soñaba con que fuera el primero.

Rezaba para que no fuera consciente de que su rubor se debía a las sucias imágenes que había conjurado su mente en ese momento. Imágenes de ella atada a un cabecero mientras Ryan tomaba posesión de su cuerpo con violencia. Esos deseos la incomodaban y avergonzaban, puesto que no estaba segura de que fueran normales. Desconocía por qué ese tipo de imágenes eran las que más le excitaban, pese a que siempre había sido así desde que había sido consciente de su sexualidad. Con un suspiro comprendió que era el momento de dejar de soñar con lo que nunca iba a suceder. Si él descubriera lo que pensaba, lo que deseaba, con toda seguridad se horrorizaría.

Cuando la tarde anterior Marco la había invitado a la fiesta en su casa, se había dado cuenta de que si Ryan jamás iba a mirarla como una mujer, quizás otros chicos sí lo hicieran. Era el momento de dejar atrás ese enamoramiento absurdo que no tenía ningún futuro.

—¿Vas a ir a la fiesta de Joseph de esta tarde?

Necesitaba saberlo porque quería estar preparada para la posibilidad de verle allí con alguna chica, porque aunque fuera cierto que ya no estaba con Helen, estaba segura de que candidatas para sustituirla no le faltarían. No solo era guapo y con carisma, sino que el hecho de ser el hijo de uno de los hombres más peligrosos de la ciudad le hacía más atractivo para muchas mujeres. Ella las odiaba a todas. Si supieran lo que implicaba ser el hijo de Stefano Sposito no estarían tan felices. Mirando a Ryan nadie podría adivinar la clase de crueldad que tenía que soportar de su propio padre, ni los métodos que este había usado a lo largo de los años para moldearlo a su imagen y semejanza. El mayor temor de Katy era que alguna vez lo consiguiera.

—Sí, voy a ir a la fiesta —respondió él al tiempo que le lanzaba una mirada curiosa—. ¿Por

qué lo preguntas?

—Marco me ha invitado—. No tenía sentido ocultarlo puesto que acabarían encontrándose—. Creo que... le gusto.

—Te prohíbo que acudas a esa casa —le ordenó él tajante mientras apretaba el volante con furia. Conocía a Marco porque era el hermano pequeño de Joseph, un compañero de universidad, y no le gustaba. Tan solo pensar que albergara cualquier tipo de interés hacia Katy hacía que le dieran ganas de romperle la boca de un puñetazo.

Ella no se molestó en replicar a sus palabras, que solo sirvieron para acrecentar su interés en acudir a la celebración.

Cuando horas más tarde llegó a la fiesta, la mayor parte de los invitados ya estaban en bañador jugando en la piscina. Lo primero que vio fue a Ryan abrazado a una chica y con la lengua introducida en su garganta. El pinchazo que sintió en el corazón y los agudos celos que la invadieron le hicieron darse cuenta de que estaba haciendo lo correcto. Si él nunca iba a considerarla más que como una amiga, era hora de seguir hacia adelante. Además, Marco era un chico muy agradable. Quizás, con el tiempo, lograra sentir por él el mismo deseo que sentía hacia Ryan.

—¡Katy! —la saludó Marco en cuanto la vio—. Me alegra que hayas podido venir. No estaba seguro de que lo hicieras.

—No me lo hubiera perdido por nada.

—¿Has traído bañador?

—Sí. Yo... ¿me desvisto aquí? —preguntó con timidez.

—Donde quieras. Aquí mismo o puedes entrar dentro de la casa. Prometo que no te seguiré.

Katy enrojeció avergonzada al percibir la mirada de deseo con la que Marco recorrió su cuerpo. De pronto, le parecía que hacía mucho calor. Era agradable recibir las atenciones de un chico aunque no fuera el que ella quisiera. Entró en la casa después de que este le indicara donde estaba el cuarto de baño. Subía las escaleras, cuando una mano la sujetó por detrás y le hizo darse la vuelta. No pudo evitar soltar un pequeño grito asustado hasta que vio quién era.

—¡Ryan! ¡Me has asustado! —exclamó aliviada con la mano en el corazón que latía desbocado.

—¡Qué haces aquí! —Parecía visiblemente enfadado—. Te prohibí que vinieras.

Ella le miró asombrada. ¿De verdad se creía que podía darle órdenes y decirle a dónde ir y a dónde no?

—Tú no eres nadie para darme órdenes. ¿Por qué no vuelves para seguir haciéndole el boca a boca a tu chica de turno? —le espetó antes de escapar escaleras arriba sin darle tiempo a reaccionar.

Una vez en el baño trató de tranquilizarse. No entendía por qué Ryan se comportaba como un cavernícola. No era propio de él. Se quitó la ropa, se puso el traje de baño y se examinó en el espejo. Iba bastante conservadora para lo que había visto que llevaban las otras chicas. No se había atrevido a ponerse un bikini porque tenía los pechos y las caderas demasiado grandes como para pensar que le favorecería. No quería destacar demasiado.

Bajó por las escaleras para reunirse con Marco, que la esperaba en la piscina. En cuanto salió al exterior, no se le escapó la mirada reprobatoria de Ryan al otro lado de la piscina, junto a la chica con la que le había visto al llegar. No obstante, decidió ignorarle y disfrutar de las atenciones de Marco.

El resto de la tarde transcurrió entre juegos y risas. Marco se comportó como un caballero,

aunque sin dejar de demostrar en todo momento que le gustaba y que quería algo más que una amistad, lo que para ella era perfecto puesto que era lo que también buscaba. Para cuando llegó la hora de irse a casa, estaba preparada para aceptar si este le pedía una cita. Todo ello a pesar de las continuas interferencias de Ryan que no hacía más que inmiscuirse cada vez que estaba a solas con Marco, como si temiera que este fuera a hacerle algo. La gota que colmó el vaso fue cuando se opuso a que este la acompañara hasta su casa.

—A Katy la llevo yo a casa —anunció después de que Marco se hubiera ofrecido a hacerlo.

—No hace falta —replicó ella ofendida por su actitud.

—No querrás que tu padre se entere que has venido a esta fiesta, ¿verdad? —le advirtió él de una manera que le dio a entender que si no le permitía que la llevara, eso era lo que pasaría.

Marco no sabía qué hacer. Le gustaba Katy, pero le daba la impresión de que eso no agradaba a Ryan y, la verdad, le tenía miedo. Sabía quién era su padre. Todo el mundo lo sabía y, pese a que todos trataban de ganarse su simpatía, hasta cierto punto le temían. Ella, al ver cómo Marco dudaba, ya que era evidente que no quería un enfrentamiento, decidió dar su brazo a torcer.

—Está bien —le dijo a Ryan con una mirada reprobatoria—. Llévame a casa.

Marco pareció hasta cierto punto aliviado y se despidió de ella con la promesa de que la llamaría al día siguiente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le acusó con enfado una vez estuvieron a solas en el coche camino de su casa—. Te has comportado toda la tarde como un idiota.

Él apretó la mandíbula con furia sin contestar. ¿Acaso era tonta? ¿No se daba cuenta de que Marco solo quería follársela? Casi le había dado un infarto cuando la había visto en bañador. Eran amigos desde hace años. ¿En qué momento le habían crecido los... pechos? Solo pensar en eso hizo que se le endureciera. Llevaba excitado toda la puta tarde mientras la veía retozar en el agua, ignorante a todos los que babeaban a su alrededor y no le quitaban la vista de encima. Eran unos cerdos. Ninguno de ellos se la merecía, y menos el imbécil de Marco. Aún recordaba la semana pasada, cuando le había visto alardeando con su hermano Joseph de cómo le había robado la virginidad a una de las animadoras. ¿Y ahora pretendía...? Por encima de su cadáver.

—No quiero que vuelvas a verle —le exigió con furia mal disimulada.

Ella puso los ojos en blanco y decidió que lo mejor era ignorarle durante todo el viaje. No tardaría en darse cuenta de que no podía impedirle hacer lo que quisiera. Él se tranquilizó al ver que no rebatía sus palabras, pero según transcurrían los minutos y persistía su silencio, volvió a enfurecerse al darse cuenta de que en realidad le estaba ignorando.

—No volverás a verle —repitió al tiempo que apartaba de forma breve la vista de la carretera para lanzarle una mirada furibunda. Al comprobar que en vez de parecer contrita sonreía, se metió bruscamente en el arcén, frenó en seco y se giró hacia ella con cara de pocos amigos.

—Te he dicho que no volverás a verle.

—Y yo te estoy ignorando —replicó ella con una gran sonrisa.

—Lo único que quiere es follarte.

—¿Y quién dice que eso sea un problema?

Sabía que estaba jugando con fuego, sin embargo, no le importaba. Estaba harta de que él se pavoneara con una chica diferente cada día y ahora pretendiera ahuyentar al primer chico que se interesaba por ella.

Ryan cerró los ojos e inspiró con profundidad para tranquilizarse. ¿Cómo hacía Katy para

volverle loco con tanta facilidad? Sabía desde hacía tiempo que le gustaba a Marco. Joseph se lo había dicho. No era algo que le había preocupado hasta que ella había manifestado interés hacia él. Toda la tarde había sido una puta pesadilla. Ver a todos sus amigos babeando por ella había sido más de lo que estaba dispuesto a aguantar. Después de lanzarles un par de miradas asesinas, todos, excepto Marco, habían comprendido que Katy estaba fuera de los límites y se habían alejado de ella. Estaba claro que era estúpido, no obstante, se lo explicaría con más claridad para que lo entendiera.

—Si vuelves a verle, le daré una paliza —advirtió con una mirada torva—. Es la última advertencia que te doy.

Ella le miró con el asombro reflejado en la cara. No podía creérselo. Sabía que no era una amenaza vacía; él no hacía esas cosas. Eso era una promesa. Lo que no entendía era el porqué.

—¿Por qué? —No pudo resistir preguntar. Ni siquiera estaba ofendida. Solo sorprendida.

—Es un cerdo.

—Y la mitad de las chicas con las que tú sales, unas guarras —replicó ella mordaz.

—No es lo mismo —repuso él, al tiempo que hacía el amago de arrancar el coche, excepto que no pudo porque Katy se hizo con las llaves al quitarlas del contacto. Se cruzó de brazos y le miró de mala manera mientras esperaba que le diera una explicación ante sus palabras.

—¿Por qué no es lo mismo?

Ryan cerró los ojos arrepentido de haber iniciado aquella conversación. ¿No podía solo hacer lo que le pedía? Se dio cuenta de que si no le daba algún tipo de explicación no iba a dejarle en paz, así que, de forma parca, le expuso parte de sus argumentos. Pese a que ni él mismo podía entender por qué sentía esa furia tan grande en su interior al imaginársela con Marco.

—Tú... te mereces más.

Ella le miró en silencio durante unos segundos y, al ver que eso era lo único que estaba dispuesto a admitir, le entregó las llaves para que pudiera arrancar el coche.

—Encontraré a algún chico que no te tema y saldré con él aunque le pegues una paliza —sentenció cuando la dejó en su casa.

—Estoy deseando conocerlo —replicó él con alegría porque estaba seguro de que Marco no era ese chico.

Katy aporreaba la puerta del apartamento de Ryan con frustración. Estaba muy enfadada con él y no pensaba irse hasta obtener una explicación.

—¡Abre la maldita puerta! —gritó convencida de que se encontraba en el interior y no le quería abrir porque sabía lo que le venía a reclamar.

Esa misma mañana Marco le había dicho que no quería verla nunca más. No hizo falta que se lo confesara para que supiera que eso era obra de Ryan. Le había ignorado cuando le había exigido que no volviera a ver a Marco, así que al ver que ella no le hacía caso estaba segura de que había hablado con él en persona. O mejor sería decir que le había amenazado. Era evidente por la forma en la que le había afirmado que no quería volver a verla. Estaba incluso asustado.

—¡Ryan! —gritó de nuevo con enfado para que le oyera a través de la puerta cerrada.

Con gestos enérgicos rebuscó en el interior de su bolso hasta que encontró la llave del apartamento. Se la había dado cuando se había mudado y le había hecho prometer que, si algún día tenía una emergencia y necesitaba un lugar donde quedarse, acudiera allí. Pues esta, sin duda, era una emergencia. Le dejaría las cosas claras. Tenía que entender que no podía meterse en su vida de esa manera. Ella tenía derecho a salir con quién le diera la gana. Le gustara a él o no.

Abrió la puerta con la llave y entró como una tromba mientras le llamaba a voces. Pasados cinco minutos en los que solo le contestó el silencio, se dio cuenta de que en realidad era cierto que no estaba, así que decidió esperarle. No pensaba irse hasta haberse desahogado y contado lo que opinaba de las injerencias en su vida.

Se sentó en el sofá del salón y recorrió el apartamento con la mirada. Solo había estado en él en un par de ocasiones. Le gustaba mucho, ya que se veía la personalidad de Ryan en cada uno de los ambientes. La decoración de todos los cuartos era elegante, funcional y de colores cálidos. Aunque sabía que había contratado a un decorador, era evidente que este había captado su esencia y la había sabido plasmar.

Llevaba unos minutos sentada cuando sintió unas ganas acuciantes de ir al baño. Subió con rapidez las escaleras que conducían a la planta superior en la que se encontraban las habitaciones y se introdujo en el primer cuarto que había al comienzo del pasillo y que, por lo que recordaba, disponía de un baño en su interior.

Después de hacer sus necesidades, observó su reflejo en el espejo y se dio cuenta de que se le había deshecho el peinado, así que abrió uno de los cajones en busca de un peine para rehacerlo. Sorprendentemente, encontró que en lugar de útiles de aseo, aquello parecía un cajón de fetiches: unas esposas, un pequeño látigo y un par de objetos cilíndricos que al principio le costó identificar. Cogió uno de esos objetos y lo miró con curiosidad hasta que, avergonzada, comprendió que se trataba de un dilatador anal. ¿Era eso lo que le gustaba a Ryan? Oyó un ruido en el piso de abajo y salió presurosa del baño. No quería que él la encontrara y se diera cuenta de que había rebuscado en los cajones.

Descendió las escaleras y cuando le vio no pudo evitar que una ola de vergüenza la atravesara al recordar lo que había encontrado. Imágenes de él usando esos objetos en ella invadieron su cabeza haciendo que enrojeciera y se le acelerara la respiración. Si él conociera sus deseos más profundos... Si supiera que en ese momento tenía las bragas húmedas por las

fantasías que había elaborado su imaginación. ¿Se horrorizaría o las cumpliría?

—¿Katy? —Ryan la miró con sorpresa al verla descender las escaleras, ya que lo último que esperaba era encontrarla en su apartamento—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a preguntarte. ¿Qué demonios le dijiste a Marco para que rompiera conmigo? —Si bien intentó aparentar firmeza, no pudo evitar que sonara un poco temblorosa. Sabía que se veía sonrojada y le avergonzaba que él pudiera darse cuenta del motivo.

—Te dije que era un capullo —replicó él con altanería sin siquiera tratar de fingir que no era cierto de lo que lo acusaba—. Lo único que quiere es follarte.

—¿Quién te dice que no es eso lo que quiero yo también? —afirmó ella con enfado.

—No sabes lo que dices. ¡Eres una cría, joder! —replicó él atónito ante sus palabras.

—No soy ninguna cría. Yo también quiero echar un polvo —replicó ella a su vez avergonzada por los deseos insatisfechos que en ese momento estaba sintiendo y que, por mucho que lo deseara, él no estaría dispuesto a satisfacer.

—No sabes de lo que hablas.

—¡Lo que sí sé es que eres un gilipollas! —gritó antes de abandonar el apartamento hecha una furia. En cuanto cruzó la puerta comenzó a llorar con desesperación.

Ryan, sumido en sus pensamientos más oscuros, miraba por la ventana la llegada del anochecer y oía el golpeteo de la lluvia contra el cristal, cuando le sorprendió el timbre de la puerta. Era muy tarde y no estaba de humor para ver a nadie, así que decidió ignorarlo, aunque ante la insistencia de quien estaba al otro lado decidió abrir.

Se sorprendió al encontrar a Katy frente a su puerta con las mejillas sonrojadas y una sonrisa dubitativa como si no estuviera muy segura de lo que estaba haciendo. Hacía un par de semanas que no la veía. Desde que había acudido hecha una furia a su apartamento. Se había negado a que la volviese a llevar al instituto en coche y, en cierta medida, lo agradecía. Le extrañó encontrarla frente a su puerta, ya que pensaba que aún continuaría molesta con él. No pudo evitar darse cuenta de que se había maquillado, lo que hacía que sus ojos destacasen más que nunca. Tampoco pudo evitar que su mirada se viese atraída por aquellos labios sonrosados que lucían algo temblorosos. Tuvo una erección instantánea y eso hizo que se sintiese incómodo.

Desde el día de la piscina había tenido continuas fantasías con ella que le avergonzaban. Era una niña. No estaba bien ponerse cachondo al verla y, menos aún, imaginarse haciéndole según qué cosas. Estaba seguro de que harían que le mirase horrorizada si las descubriera.

—Hola —saludó ella con la misma mirada dubitativa y cierto temblor en la voz que hizo que se preguntase el motivo de la visita.

Era la última persona a la que hubiera deseado ver. En los últimos tiempos se sentía de un humor extraño. Triste. Anhelante de no sabía qué, y la presencia de ella lo único que hacía era aumentar su zozobra.

Katy miró a Ryan y de nuevo volvió a preguntarse si estaba haciendo lo correcto. Cuando hacía media hora con un grupo de amigas, y después de unos cuantos tragos había pensado que la mejor manera de que él se diese cuenta de que era una mujer y no una niña era mostrándoselo, le había parecido una buena idea. Sin embargo, ahora, frente a él, dudaba. No sabía muy bien qué hacer, ni qué decir. En su imaginación se había visto segura y sofisticada; se había convencido que él caería rendido a sus brazos ante sus insinuaciones. Ahora, en la

realidad, se sentía torpe y desaliñada y tenía la lengua embotada. No tenía ni idea de qué hacer o cómo seducirle.

—¿Estás borracha? —Ryan emitió un gruñido al percatarse de que Katy se tambaleaba y tenía que sujetarse al marco de la puerta para poder permanecer derecha—. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—He venido en taxi. No estoy borracha, solo un poco alegre —musitó ella con voz pastosa—. Yo... ¿me dejas pasar?

Se apartó para que entrara en el apartamento. Una vez en su interior, ella dudó si quitarse o no el abrigo. Cuando se había vestido esa tarde lo había hecho pensando en verse sexi, pero ahora temía resultar ridícula.

—¿Estás borracha? —volvió a preguntar Ryan. Una pregunta retórica, ya que era evidente que lo estaba.

—Solo me he tomado un par de copas —susurró ella, que no pudo evitar tambalearse un poco—. ¿No hace mucho calor aquí?

Se encontraba sofocada y la habitación no paraba de darle vueltas. Se quitó el abrigo porque el calor que sentía era insoportable y con impaciencia lo lanzó al suelo. Se acercó con pasos inseguros hasta uno de los sofás y una vez en él se dejó caer y puso la cabeza entre las manos en un intento de que todo dejase de darle vueltas.

—Voy a hacerte un café para que te despejes —anunció él con la mandíbula apretada. Cuando se había quitado el abrigo había tenido que contener el aliento ante la imagen de su espalda desnuda. ¿Cómo se le ocurría ir así vestida?

—Pareces una furcia —murmuró con enfado en voz lo bastante alta como para que ella lo oyera y le mirase con dolor en los ojos.

En ese mismo momento se sintió culpable ante sus palabras porque lo cierto era que estaba preciosa. El vestido encajaba en su cuerpo como un guante y resaltaba todas sus curvas. Curvas en las que hubiera preferido no fijarse porque le estaban provocando una erección dolorosa. Se fue a la cocina para hacer el café mientras trataba de tranquilizarse. Era necesario que se marchase lo antes posible. Le daría un café para que se le pasase la borrachera y luego la acompañaría hasta su casa.

Cuando al cabo de unos minutos regresó al salón, se encontró con que ella se había quedado dormida en el sofá. Intentó despertarla, pero por más que la llamó y la sacudió no fue capaz de conseguirlo, así que, con frustración, comprendió que tendría que dejarla dormir en su apartamento.

—¡Joder, princesa! Me lo estás poniendo muy difícil —murmuró en el momento que la cogió entre sus brazos para llevarla a uno de los cuartos y tuvo la sensación de que ese era el lugar al que pertenecía. Nunca se había permitido a sí mismo verla como una mujer y desde que lo había hecho, desde que había empezado a tener fantasías con ella, no podía dejar de pensar en cómo se sentiría si la hiciera suya. En el preciso instante en el que ese pensamiento se formó en su mente lo descartó. Ella jamás aceptaría las cosas que a él le gustaban. Era demasiado buena, demasiado pura. Él no se la merecía, si bien el cabrón de Marco tampoco. Él mismo se encargaría de que jamás la tuviera.

Katy se despertó en mitad de la noche y, desorientada, miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? Lo último que recordaba era estar en el apartamento de Ryan y que este le había ofrecido un café. Tenía la cabeza embotada. Cerró los ojos durante un momento tratando de recordar. Los abrió de nuevo y volvió a mirar la habitación. En ese momento la reconoció. Era el cuarto de

invitados del apartamento de Ryan. ¿Qué hacía allí? ¿La había llevado él? Se miró a sí misma y se dio cuenta de que estaba tapada con una manta, la levantó y vio que, salvo por los zapatos, seguía vestida. Salió de la cama descalza y con sigilo se encaminó hacia el dormitorio de Ryan. ¿Qué hora era? El apartamento estaba a oscuras, así que supuso que aún no había amanecido. Agradeció en silencio que su padre estuviera de viaje; de lo contrario, habría tenido que darle una buena explicación.

Al llegar a la puerta de la habitación, que estaba entornada, entró y le vio sentado en la cama, despierto. Sus miradas se encontraron y, por primera vez, leyó en la de él lo que llevaba tanto tiempo ansiando. Deseo. Con manos temblorosas, antes de perder el valor, deslizó el vestido por su cuerpo y se quedó solo con la ropa interior. Ryan emitió un jadeo ahogado, lo que le dio el valor para acercarse.

—Katy —susurró cuando ella llegó a su lado. No había podido dormir pensando en para quién se había puesto ese vestido. Abrió la boca para preguntarle, pero ella se lo impidió al ponerle un dedo sobre los labios para silenciarlo.

Ryan no se atrevió a moverse. Pese a que tenía bastante experiencia sexual, esto le parecía lo más erótico que había vivido en su vida. En el momento en el que Katy iba a apartar el dedo de sus labios, se lo impidió sujetándole la mano e introduciéndoselo en la boca, lo que hizo que ella gimiese con deseo. Ahí ya no pudo resistirlo más. Tiró de ella con brusquedad y con un movimiento rápido la situó de espaldas sobre la cama, se cernió sobre ella y la inmovilizó con su propio cuerpo.

—Estás jugando con fuego —le advirtió con un gruñido antes de besarla.

Su pasión la pilló por sorpresa ya que no se la esperaba. Era la primera vez que la besaban, y aunque se lo había imaginado muchas veces, la realidad superaba sus expectativas.

—Abre la boca —le ordenó al ver que ella permanecía con los labios unidos en una sola línea.

En el momento en el que le obedeció, buscó la lengua de Katy con la suya propia y comenzaron una danza de siglos de antigüedad. Pronto los besos dejaron de ser suficientes y comenzó a recorrer su cuerpo con las manos. Ella temblaba a consecuencia de la excitación. Nunca se había sentido así. El deseo le recorría todo el cuerpo y se sentía enfebrecida. Cuando Ryan le bajó el sujetador para apoderarse de uno de sus pechos, el placer fue tan grande que gimió su nombre.

Él se sentía poseído. Nunca, con ninguna de las mujeres que había estado, había sentido esa pasión, esa necesidad. Quería hacerla suya. Marcarla para siempre. Las dudas le asaltaron durante unos instantes y se apartó para observarla. La boca abierta, la cara enrojecida, los labios llenos y magullados a consecuencia de sus besos y la mirada de deseo. Todo ello lanzó sus escrúpulos al vacío. Tenía que poseerla.

Alargó una mano hacia la mesita de noche y abrió el primer cajón del que extrajo unas cintas de seda. Con cuidado, sin dejar de mirarla a los ojos, ató cada una de sus manos al cabecero. Ella se dejó hacer sin protestar. Solo cuando la tuvo atada se apartó para observarla.

—Ryan —susurró ella al ver que se alejaba.

—¿Esto es lo que querías? ¿Te has follado a Marco? —Quiso saber sin poder evitar que un matiz de celos tiñera su voz, al tiempo que se acercaba a la mesita de la que había sacado las cintas de seda y cogía un pequeño látigo con el que comenzó a acariciar sus piernas, sus pechos, hasta introducir la punta en su vagina—. Estás húmeda —susurró al ver la facilidad con la que se introducía. Ella se dejó hacer y abrió más las piernas para permitirle el acceso.

Sacó el látigo empapado con sus jugos y lo volvió a introducir un poco más para volverlo a sacar. Katy notó como un orgasmo se estaba construyendo en su interior y cuando no pudo más estalló y provocó que las palabras que nunca debió pronunciar salieran de su boca:

—Te amo —gimió en éxtasis.

En el preciso instante en el que esas palabras inundaron la estancia. Ryan introdujo el látigo hasta el fondo, lo que le provocó un dolor atroz al romperse su himen y un grito abandonó su garganta. Esto, unido a sus palabras, hizo que Ryan despertase de la burbuja de pasión en la que estaba sumergido y comprendiese la magnitud de sus actos. Se sintió sucio, indigno de haber recibido el regalo de su amor y su virginidad. Horrorizado, observó el látigo que había introducido en su vagina. ¿Cómo había podido mancillarla de esa manera? Ella que era pura. Limpia. Y la había manchado con sus repugnantes deseos. Disfrutaba sometiendo a las mujeres. Las ataba y en ocasiones, con su consentimiento, las lastimaba. ¿Cómo se le había ocurrido tomarla de esa manera? En ese momento se sintió como un degenerado. La primera vez de Katy debería haber sido de otra manera y con un hombre mejor.

—Suéltame —murmuró ella avergonzada al ver la mirada horrorizada que él le dirigía. Se dio cuenta de que se arrepentía de lo ocurrido y que su declaración de amor le había espantado. Le había dicho que le amaba, le había entregado su virginidad y era evidente que lo que para ella había sido algo trascendental para él solo había sido un momento como cualquier otro; como con cualquier otra de las múltiples mujeres que había tenido. En ese momento comprendió el error tan garrafal que había cometido.

—Lávate y vístete —le ordenó él con frialdad después de soltarla. No sabía cómo comportarse. Era demasiado tarde para una disculpa. Se apartó de ella, recogió su vestido del suelo y se lo lanzó al regazo. Sabía que se estaba portando como un cerdo, si bien no sabía qué más hacer, qué decir. Necesitaba que se alejara, que se fuera—. Te llevaré a tu casa —le dijo sin mirarla a la cara.

Katy se dirigió al baño intentando que no viera las lágrimas que comenzaban a cubrir su rostro. Cerró la puerta y se sentó en la tapa del inodoro al tiempo que cogía una toalla para cubrir sus sollozos. Se sentía devastada. El desprecio con el que había reaccionado ante su declaración de amor había sido humillante. Se sintió sucia por lo que acababa de suceder. Se dio cuenta de que solo había sido una más. Las cintas de seda, el látigo... ¿con cuántas mujeres los había usado antes que con ella? Lo que minutos antes le había parecido excitante, en ese momento le produzco asco. Levantó con rapidez la tapa del váter y vomitó hasta que solo la bilis salió de su interior.

—¿Estás bien? —Oyó que le preguntaba al otro lado.

«¡No! ¡No estoy bien!», hubiera deseado poder gritar. En vez de ello, musitó un «ahora salgo». Se lavó la cara para tratar de ocultar el rastro de las lágrimas, se limpió los restos de sangre y se vistió. Todavía tardó unos instantes en salir en un intento de recuperarse y que no fuera consciente del daño que le había hecho. A fin de cuentas, la culpa era de ella. Él nunca le había prometido nada, así que haciendo de tripas corazón abrió la puerta del baño.

—Voy a buscar mis zapatos al otro cuarto —murmuró sin mirarle a los ojos.

Ryan la vio salir de la habitación y se sintió como un miserable. No era así como había pensado que acabaría la noche, sin embargo, era lo mejor. Ella se merecía algo mejor que él. Un polvo era lo único que podía darle. Después de vestirse, bajó las escaleras para esperarla en el salón. Cuando se reunió con él, le tendió el abrigo y le hizo un gesto para que saliera por la puerta. Descendieron en el ascensor hasta el garaje sin pronunciar una sola palabra. La tensión

en el ambiente podía cortarse con un cuchillo. Una vez en el coche, condujo hasta su casa y ella descendió del vehículo sin mirar hacia atrás.

Esa fue la última vez que la vio.

Hacía ya una semana que Ryan se había ido y Katy no había vuelto a tener noticias suyas. Ni una llamada. Ni un mensaje. Nada. Hasta que una noche se despertó de madrugada asustada por un ruido. Durante unos segundos no fue consciente de dónde estaba, ni por qué. Se incorporó en la cama y vio la silueta de un hombre recortada contra la puerta abierta. No distinguió su rostro, aunque no le hizo falta para saber quién era la persona que la contemplaba en silencio.

—¿Ryan? —murmuró en un hilo de voz que por su ronquera sonó casi como un susurro.

Él no dijo nada. Solo se adentró más en el cuarto y se acercó hasta ella sin pronunciar una palabra. Con manos temblorosas, Katy encendió la luz de la mesita para iluminar sus rasgos. Vio que la miraba de una forma... extraña.

—¿Qué te ocurre? —susurró con el mismo tono con el que se dirigiría a una bestia de la que no estaba segura si la atacaría.

Él extendió una mano y ella se encogió con temor, lo que hizo que la mano quedara inmóvil en el aire durante unos segundos como para darle tiempo a que se preparara para su contacto. Dejó pasar un instante y reanudó su avance; cogió uno de los mechones del cabello de Katy y lo anudó entre sus dedos.

—Tan suave —murmuró casi con veneración— como tú—. En silencio, se apartó y abandonó el cuarto antes de que ella pudiera comprender qué era lo que había pasado.

Tras la visita de Ryan le costó dormir el resto de la noche. Tenía una sensación de irrealidad que le hizo plantearse si todo había sido un sueño. Cuando llegó la mañana y entró en el comedor para desayunar, se lo encontró leyendo el periódico y se dio cuenta de que había sido real, de que por fin había regresado. Él no la saludó ni hizo gesto alguno que diera a entender que sabía que estaba en la habitación, a pesar de que era imposible que no la hubiera oído entrar, así que se sentó azorada sin saber muy bien qué esperar después de la visita que le había hecho durante la noche.

—¿Hasta cuándo piensas retenerme en esta casa? —Decidió preguntar para que por lo menos tuviera que reconocer su presencia. Tardó tanto en contestarle que llegó a pensar que no lo haría. Hasta que le vio cerrar el periódico con un suspiro y mirarla con frialdad.

—Hasta que me apetezca.

—No puedes retenerme para siempre. No te lo permitiré.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó él con una sonrisa maliciosa—. ¿Y cómo pretendes impedírmelo?

No sabía por qué buscaba provocarla. Estaba hastiado de la situación. Había esperado que Luca Maltesse fuera a por él de forma más directa. Que intentara asaltar la mansión o asesinarle, sin embargo, no era eso lo que estaba haciendo. Atacaba sus negocios, a sus chicas. Esa misma semana habían asesinado a dos de sus mejores *strippers*. Habían aparecido con la garganta cortada.

Estaba harto de no poder concentrarse en los problemas que le estaba generando esta guerra por pasarse el día pensando en ella. Cuando se había acercado esa noche y se había apartado asustada, había comprendido que no tenía los mismos sentimientos hacia él que había tenido antaño, si no era imposible que hubiera temido que pudiera hacerle daño. Y ahora, con su exigencia de abandonar la casa y alejarse de él, clavaba más profundo el puñal que tenía

incrustado en el corazón.

—Pienso irme hoy mismo y no podrás impedírmelo —amenazó ella, al tiempo que se levantaba con tal violencia de la silla que esta cayó al suelo con un golpe sordo.

—¡Bien! —exclamó él con una risa despectiva y volvió a abrir el periódico para leerlo como si no creyera en sus amenazas.

Ella se enfureció tanto con su actitud que se levantó y salió del comedor con intención de subir a su habitación, hacer la maleta y abandonar esa casa de una maldita vez. Estaba harta de la situación y no le iba a permitir que siguiera jugando con ella.

Ryan continuó leyendo el diario y no se inmutó ni cuando, minutos después de abandonar el comedor, la oyó bajar las escaleras con la maleta preparada y la firme intención de irse de la casa. Solo cuando oyó sus gritos al ser inmovilizada por Steven, dejó el periódico con un suspiro y salió al *hall*. Su segundo la tenía sujeta con las manos a la espalda mientras ella se retorció y gritaba:

—¡Suéltame, cerdo! ¡Quiero irme de esta casa!

—Llévala a mi cuarto —le ordenó a Steven. Cuando vio que este obedecía sus órdenes y se llevaba a Katy cargada sobre sus hombros, añadió—. Átala a la cama para que no escape.

Ella, al oír sus palabras, comenzó a gritar y a retorcerse con furia en un esfuerzo inútil, ya que el hombre era mucho más fuerte que ella y no le costó nada subirla por las escaleras. Teresa y Mary observaron con asombro toda la escena desde la puerta de la cocina y, pese a que no se atrevieron a intervenir, lanzaron una mirada reprobatoria a Ryan para que supiese que no estaban conformes con su comportamiento.

Al cabo de diez minutos, Steven bajó de nuevo y le hizo un gesto de asentimiento para que supiese que había cumplido sus órdenes. Decidió esperar todavía cinco minutos más antes de subir al cuarto para darle tiempo a tranquilizarse.

Cuando entró en la habitación y comprobó que permanecía atada al cabecero de la cama tuvo una sensación de *déjà vu* que le impactó, aunque en esta ocasión ella no le miraba con deseo, como hacía catorce años, sino casi con odio. En el momento que le vio comenzó a retorcerse y a gritar para que la soltase

—¡Eres un cerdo! No puedes retenerme.

—En realidad... sí puedo —afirmó él al tiempo que se quitaba la chaqueta y la corbata y se desabotonaba los primeros botones de la camisa. Se remangó y se sentó en el sillón que había frente a la cama.

Ella continuó todavía retorciéndose en un intento de liberarse mientras él la observaba en silencio. Al final, desistió por agotamiento.

—¡Suéltame! ¡Esto es absurdo!

—Lo que es absurdo es que pretendas escaparte. Te quedarás en esta casa hasta que yo lo decida. En cuanto a soltarte... ¿Cuántos amantes has tenido?

—No creo que sea de tu incumbencia —replicó ella enfadada y sorprendida por la pregunta—. ¿A qué viene eso?

—¿Cuántos amantes has tenido? —le volvió a preguntar. No sabía por qué motivo necesitaba saberlo.

—Muchos. Cientos, miles... No los he contado a lo largo de estos años —replicó ella con voz ácida—. ¿Para eso me has atado? ¿Para poder follarme? ¿Eso es lo que haces ahora, violar mujeres?

—La última vez que te até... no te quejaste.

—¡Vete a la mierda! —replicó ella con furia—. Solo quiero que me sueltes y no volver a verte nunca más.

Él la miró con tristeza. No podía dejarla marchar. Había sido una imprudencia traerla consigo que ahora no tenía solución.

—Hubo un tiempo en el que te gustó que te atara—. No pudo resistirse a añadir.

Sus palabras hicieron que dejara de retorcerse y le mirara con dolor y vergüenza. Los recuerdos de su humillación volvieron en tropel a su cabeza. Así como de las cosas que él le había hecho.

—Hubo un tiempo en el que pensé que me querías. Me demostraste que me equivocaba —susurró ella con amargura—. ¿Qué quieres de mí en realidad? De lo que una vez tuvimos ya no queda nada.

Ryan no pudo evitar que sus palabras escocieran. Se arrepentía de lo que le había hecho y más ahora que había descubierto que para su padre no había sido suficiente que la alejara de él, que la humillara. Eso no había impedido que quisiera matarla, quizás no de forma directa. No obstante, había buscado quien lo hiciera por él. La miró unos segundos en silencio mientras ella le devolvía miradas de odio y comprendió que tenía que dejarla ir, no podía seguir reteniéndola. Quizás ahora que sabía que no estaba muerta fuera capaz de olvidarla. Se acercó a ella y la liberó ante la mirada sorprendida de Katy, que sintió como si hubiera perdido algo valioso aunque no acertaba a saber el qué.

—No te obligaré a soportar mi presencia. Podrás irte, pero no para regresar a tu vida. Hasta que no esté seguro de que no te buscarán para hacerme daño tendrás que permanecer escondida.

—No entiendo lo que me estás diciendo. ¿Hacerte daño? ¿Cómo podrían?—musitó ella mientras se masajeaba las muñecas doloridas y enrojecidas a consecuencia de los esfuerzos que había hecho por liberarse.

—Te enviaré a otro sitio bajo mi protección —afirmó él sin querer responder a su pregunta.

—¿Cuánto tiempo? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año?

—No lo sé. Si tienes suerte quizás me maten pronto. Si estoy muerto no creo que les importes demasiado y te dejen en paz —replicó él con amargura.

Katy no pudo evitar que sus palabras se clavasen como puñales en su corazón. Solo pensar en que pudiera morir hacía que sintiese un dolor tan grande que durante unos segundos no pudo respirar. Miró a otro lado para ocultar las lágrimas que empañaron sus ojos. Ryan salió del cuarto y llamó a Steven para darle las nuevas órdenes.

—Quiero que la lledes a la casa segura. Avísame cuando hayáis llegado. Estará protegida las veinticuatro horas del día.

—Sin problema —aceptó su lugarteniente, pese a que no pudo evitar mirarle con extrañeza cuando solo unos minutos antes le había ordenado que no le permitiese abandonar la casa. No obstante, obedeció sus órdenes. Le hizo un gesto a Katy para que le siguiera y los tres descendieron las escaleras hacia el *hall*, donde la maleta permanecía abandonada en el lugar donde la había dejado cuando la había arrastrado hasta el cuarto del piso superior.

—¿Va a dejar que se vaya? —quiso saber Teresa, que en ese momento permanecía al pie de las escaleras—¿Podría hablar con usted a solas?

—Sí, Teresa —replicó Ryan con fastidio—. Ella quiere irse. No voy a obligarla a soportar mi presencia. Tendremos que hablar en otro momento.

—Es importante —insistió Teresa—. Es sobre la señorita Swan.

Ryan la miró con curiosidad. Teresa y Mary eran las únicas personas de la casa, además de él

mismo, que sabían quién era Kimberly en realidad. Le hizo un gesto con la cabeza y ambos se dirigieron al despacho. Cerró la puerta y le indicó que se sentara frente a él.

—Yo... Sé que se supone que no debería saberlo... —comenzó la cocinera.

—¿Qué ocurre? Dime —la animó con curiosidad.

La mujer le miraba indecisa. Ryan estaba seguro de que Teresa sabía que el verdadero motivo de la presencia de Katy en la casa estaba relacionado con la muerte de Scott y la guerra declarada contra Luca Maltesse.

—Imagino... supongo... que la llevará a la casa segura.

—Así es, Teresa. —No le extrañaba que la conociera puesto que no era la primera vez que se utilizaba, lo que con toda seguridad desconocía era la ubicación exacta de la misma

—Y supongo que lo que quiere es esconderla de los hombres de Luca Maltesse.

—Así es —admitió, cada vez más curioso sobre el motivo de aquella conversación.

—Perdone que me meta en lo que no me llama, pero creo que, si lo que pretende es proteger a la señorita Swan, lo que debería hacer es demostrar a sus enemigos que ella no significa nada para usted.

—¿Y cómo sugieres qué haga eso?

—Bueno... si ella fingiera ser la amante de otro hombre...

Ryan la miró con extrañeza. No podía creerse lo que estaba oyendo. Teresa, al ver cómo la miraba, se apresuró a añadir:

—Ya sé que me estoy tomando más atribuciones de las que me corresponden. Discúlpeme si he abusado de su confianza.

Sorprendido, tuvo que reconocer que en algo tenía razón: ¿cuánto tiempo iba a obligar a Katy a permanecer escondida? Incluso aunque no descubrieran quién era en realidad, todo el mundo sabía de su fascinación por la cantante. El hecho de tenerla viviendo en su casa no era algo que pudiera mantener en secreto. En realidad, había sido él mismo el que la había situado en el punto de mira. Quizás Teresa tuviera razón. No obstante, incluso en el caso de que ella accediera a semejante pantomima, ¿a qué hombre podría pedirle que colaborara?

—Quizás tengas razón —reconoció al cabo de unos segundos—. El problema, además de conseguir que Katy acepte, sería encontrar un candidato adecuado.

—Mary y yo habíamos pensado...

—¿Mary y tú? —la interrumpió con aspereza—. ¿Habéis estado hablando de eso a mis espaldas?

Teresa le miró avergonzada.

—Ambas les apreciamos mucho, les conocemos desde niños. Habíamos pensado que podría pedírselo al señor Julen.

—¿A ese imbécil? —preguntó Ryan con indignación. Si bien eran socios en muchos negocios, Julen Cabana y él, en realidad, no eran amigos. Entre los Sposito, los Maltesse y los Cabana controlaban todos los negocios ilícitos de la ciudad, y desde hacía un par de años tenían un enemigo común: Lucifer. Ryan era consciente de que necesitaba fortalecer su alianza con Julen y esto sería una buena manera. El problema radicaba en qué le pediría este a cambio.

—Sabe que no puede mantener a la señorita Katy escondida para siempre.

—Vete. Y no le cuentes a nadie lo que hemos hablado —le ordenó Ryan con la decisión tomada.

—¿Ni siquiera a Mary? —musitó azorada—. Me va a preguntar.

—Ni siquiera a ella.

Ya sabía lo que debía hacer, aunque no le gustara.

Una semana después.

Katy contemplaba los jardines de la casa a través de la ventana. Miró alrededor con un suspiro. Estaba en la terraza del salón y a sus pies se extendía la propiedad de Julen. Estaba situada en un alto y permitía admirar un paisaje que quitaba el aliento. Un jardín inmenso en medio de un bosque. A lo largo de esta semana se había sentido como Rapunzel en su prisión esperando que llegara el príncipe a rescatarla. Aun así, no podía quejarse del trato recibido.

Julen se había comportado como un caballero. Siempre atento a todas sus necesidades. Era un gran conversador y una persona muy divertida. Si su corazón no estuviera ya ocupado, estaba segura de que no le habría costado nada enamorarse de él.

No había vuelto a hablar con Ryan desde que este le había propuesto, o más bien ordenado, que se fuera con Julen Cabana. Al principio se había negado en redondo, sin embargo, finalmente, y vistas las opciones, no le había quedado más remedio que aceptar.

—O te vas con Julen o te quedas conmigo —le aseguró Ryan, lo que hizo que se decidiera a seguir este plan descabellado. Simular ser la amante de Julen para que los enemigos de Ryan no pudieran utilizarla como un arma para hacerle daño. Por eso, ahora mismo estaba preparada para ir a una fiesta en la que iba a presentarla como su última amante.

—Estás preciosa. Pareces una diosa griega —oyó la voz de Julen a su espalda.

Se volvió hacia él, que recorrió su figura con una mirada apreciativa. Llevaba un vestido añil que se abrazaba a sus pechos y a su estrecha cintura para caer en una suave cascada acentuando su figura. Un tirante con forma de trenza reposaba en su hombro derecho y descendía por su espalda como una cola hasta rozar su trasero. Llevaba el pelo recogido en un alto moño, adornado con una diadema de diamantes que hacía juego con los pendientes y el pesado collar que ocultaba sus cicatrices y que él le había regalado esa misma mañana.

—Todos se quedarán impactados cuando te vean. No dudarán que eres mi amante —susurró mientras la miraba con admiración.

No pudo evitar enrojecer ante sus palabras. Esta noche se presentaría en público como Kimberly Swan y lo haría del brazo de su amante. Cogió la mano que Julen le ofrecía e inspiró profundamente antes de salir con él del salón. Le confundían sus atenciones. Él insistía en que solo estaba haciendo un favor a Ryan, pero a veces, la forma en la que la miraba era demasiado intensa e incluso apasionada.

Al descender las escaleras uno de los hombres de Julen se acercó para ayudarla a ponerse el abrigo. No lograba acostumbrarse a tanta atención. A pesar de que había crecido con cierta protección en la casa de Stefano Sposito, desde que había fingido su muerte se había acostumbrado a la independencia y le estaba costando volver a aceptar esta vida tan protegida. Aunque la entendía, como la había entendido cuando era niña, ya que vivían en un mundo peligroso con muchos enemigos, y, más aún, desde que Ryan le había declarado la guerra a Luca Maltese.

Subieron a la limusina que les llevaría hasta la fiesta. El coche con el equipo de seguridad los seguía. Julen no dejaba de mirarla, lo que hacía que se sintiera acalorada. No pudo evitar poner una mano en el pesado collar que cubría su cuello y que tapaba sus cicatrices.

—Nadie las verá —le aseguró él poniendo una mano encima de las suyas—. Estás preciosa.

Todos los hombres me van a envidiar y todas las mujeres te van a odiar.

—Yo... —comenzó ella mientras un ligero temblor recorría su cuerpo. Quería decir algo para romper la atmósfera que se había creado, sin embargo, él no se lo permitió. Tiró de su mano para acercarla más a él y sin importarle la presencia del conductor del vehículo y del hombre que le acompañaba en el asiento delantero, cubrió sus labios con los propios.

—No quiero esto... —jadeó ella al tiempo que se apartaba avergonzada porque pese a que podía negárselo a él, no podía negarse a sí misma que el beso no le había desagradado.

Le gustaba Julen, a pesar de que Ryan continuaba clavado en lo más profundo de su corazón. Ya había probado lo de buscar el olvido en otros brazos y sabía que no solo no funcionaba, sino que al acabar le dejaba un vacío aún mayor.

—Ahora no —aseguró él mientras se lamía los labios—. Aunque lo querrás.

De pronto, el coche era como si se hubiese hecho más pequeño. Sintió como si se ahogara. Necesitaba salir de allí. Alejarse de él. En el momento en el que iba a decir algo, lo que fuera, el vehículo se detuvo. El hombre que ocupaba el asiento delantero descendió del mismo y les abrió la puerta. Julen salió primero y se giró para extender su mano y ayudarla.

Durante unos instantes dudó en tomar su mano. No obstante, la mirada dura que Julen le dirigió le hizo darse cuenta de que no tenía otra opción. Este espectáculo era para Luca Maltesse. No estaba invitado a la fiesta, pero estaban seguros de que le llegaría la noticia. La idea era presentarla como la amante de Julen para que la descartaran en su venganza contra Ryan, así que, si quería dejar de ser un objetivo, tenía que hacer lo que habían planeado.

Extendió la mano hacia Julen, que la tomó con una sonrisa apreciativa. Una vez fuera, se dirigieron hacia la entrada de la mansión. No pudo dejar de notar a los hombres armados que custodiaban la entrada. Julen dijo su nombre y el matón de la puerta murmuró algo por el pinganillo que llevaba y les permitió el acceso a la fiesta. El espectáculo debía comenzar.

Al entrar en la casa una doncella se hizo cargo de su abrigo. Katy miró alrededor y se alegró de haberse puesto aquel vestido con el que no desentonaba en elegancia del resto de las invitadas, así como las joyas que le había regalado Julen, ya que sin ellas se hubiera sentido como la pariente pobre. Tal era el lujo que la rodeaba.

—Te dije que iban a envidiarme —susurró él en su oído al ver cómo le observaban muchos de los hombres allí reunidos. La abrazó por la cintura y desplazó la mano por su cuerpo hasta detenerla encima de su trasero.

Katy deseó poder apartarlo de un manotazo, pero sabía que no podía. Si pretendían hacer creer que eran amantes debía aceptar ese contacto pese a que le molestara esa demostración pública de posesividad. Julen la condujo por la fiesta saludando a unos y otros, y presentándola ante todos como su amante. Sentía náuseas ante las miradas lascivas que le dirigían algunos de aquellos hombres. Era evidente que estaba rodeada de hombres ricos que la examinaban como si de un objeto se tratase. Le recordó a las fiestas en casa de Ryan cuando ambos eran niños. Hombres poderosos con mujeres hermosas que paseaban de su brazo como si fueran adornos. Le repugnaba ese ambiente, si bien sabía que esta pantomima era necesaria.

—Así que eres la nueva amante de Julen, Kimberly, ¿verdad? —le espetó cuando la encontró a solas un gordo sudoroso que Julen le había presentado. Ni siquiera recordaba su nombre. Solo sabía que la forma en la que la miraba le repugnaba.

—Cuando se canse de ti, llámame. Me encantará verte arrodillada frente a mí mientras me la chupas —le anunció al tiempo que deslizaba una tarjeta entre sus manos.

El asco recorrió su cuerpo ante sus palabras. Tiró la tarjeta al suelo y se alejó. Era consciente que no podía hacer nada si pretendía que creyeran que eran amantes. Sin embargo, ¿acaso el hecho de ser su amante la convertía en una furcia dispuesta a abrirse de piernas con cualquiera?

Se dirigió de forma ciega hacia las puertas que parecía que conducían a la terraza. Sentía como si se ahogara. Solo cuando pudo sentir la brisa en su rostro se encontró mejor. Más calmada. Apenas llevaba unos minutos a solas cuando notó una presencia a su espalda. Se giró y cuando unos ojos grises la recorrieron de arriba abajo, se quedó inmóvil atrapada por su mirada.

—Ryan... —susurró en un gemido. No esperaba encontrarle allí. Creía que no acudiría.

Él la observó en silencio. Los celos le habían corroído las entrañas al verla entrar de la mano de Julen. Sabía que con toda seguridad era un error haberse presentado en la fiesta, pero no había podido resistir la tentación. Cuando la había visto entrar y había sido testigo de cómo Julen abrazaba su cintura y descendía con su mano hasta detenerse en su trasero sin que ella hiciera nada por detenerlo, había hecho que deseara matarlo. No podía hacerlo y el hijo de puta lo sabía. El muy cabrón le había dirigido una sonrisa tan pronto como se percató de su presencia. Se notaba que disfrutaba con la situación. Lo que no tenía muy claro era qué opinaba Katy al respecto y por eso estaba ahí en ese instante, para averiguarlo.

—¿Te ha follado? —preguntó a bocajarro. En el momento que las palabras salieron de su boca se arrepintió de su rudeza. No obstante, ver cómo ella enrojecía hizo que se preguntara cuál sería su respuesta.

—Eres un gilipollas —siseó ella al tiempo que trataba de rodearlo para salir de la terraza y alejarse de él.

—Te he hecho una pregunta —le advirtió mientras la cogía de la muñeca y la arrastraba contra su pecho. En el instante que la tuvo junto a él se dio cuenta de su error. Ver sus ojos azules enfadados, oler su aroma, ver sus pechos elevarse por su respiración agitada... —Me vuelves loco —murmuró antes de lanzarse sobre ella y capturar sus labios.

Por segunda vez en esa noche un hombre la besaba sin su consentimiento, si bien en esta ocasión las sensaciones fueron diferentes. Sintió una ola de deseo golpear en su centro y no pudo evitar que un gemido ahogado se escapase de su garganta. Durante unos segundos correspondió a su beso hasta que se dio cuenta de la idiotez que estaba cometiendo. No solo porque estaban tirando por tierra lo que pretendían conseguir esa noche, hacer creer que era la amante de Julen, sino porque estaba permitiendo que Ryan la utilizase de nuevo. Se apartó bruscamente y le cruzó la cara de una bofetada. El sonido atravesó la noche y los dejó a ambos inmóviles, mirándose a los ojos y con la respiración acelerada. Él entrecerró los ojos y abrió la boca para decir algo, aunque ella nunca sabría el qué.

—Así que la zorra tampoco quiere nada contigo —oyeron una voz a su espalda que hizo que ambos se girasen. El gordo sudoroso que le había dado su tarjeta para que le llamara les observaba con ojos malvados mientras una fría sonrisa cruzaba su rostro.

—No —afirmó Ryan mientras se frotaba la mejilla que ella le había golpeado—. Cambiaré de opinión cuando Julen se canse de ella.

—Estoy seguro de ello —afirmó el hombre mientras la miraba de forma lasciva.

Katy sintió náuseas pese a que sabía que lo que Ryan había dicho no era más que para mantener el papel. Había sido una locura que la besase. No comprendía por qué lo había hecho, por qué la perseguía. Catorce años atrás se le había ofrecido con todo lo que tenía: su cuerpo, su alma... y la había rechazado de una forma cruel. No entendía qué pretendía ahora. Era demasiado tarde.

Katy salió de la terraza sin mirar atrás, localizó a Julen entre la gente y se acercó hasta él. Cuando estuvo a su lado, rozó su mano. Él la miró primero con sorpresa y luego con una sonrisa engreída. Interrumpió la conversación para enlazar su cintura y besarla. Este gesto de nuevo la pilló por sorpresa, sin embargo, trató de relajarse y aceptarlo. La verdad era que Julen no le desagradaba, al contrario. Era un hombre muy atractivo y estaba segura de que en otras circunstancias se hubiera sentido muy halagada por sus atenciones.

—Vámonos —susurró él en su oído al interrumpir el beso.

Cogió su mano, se despidieron del anfitrión y se dirigieron hacia la puerta. Justo antes de salir notó una abrasadora mirada, giró la cabeza y vio a Ryan, que la miraba con furia, las manos cerradas en un puño. Supo lo que pensaba. Que se iba a acostar con Julen. Que quizás ya lo había hecho. Mejor. Necesitaba que se alejara de ella y si esta era la manera, que así fuera.

Julen no le soltó la mano ni cuando entraron en la limusina aunque se abstuvo de tocarla más allá, supuso que por la presencia del guardaespaldas que les acompañaba. Cuando llegaron a la casa, intentó que soltara su mano, sin embargo, el agarre se intensificó, por lo que se vio obligada a enfrentarle.

—Suéltame. No me voy a acostar contigo.

—¿Por qué, Kimberly? —Fue una pregunta absurda, puesto que él ya sabía por qué se negaba. Aun así, necesitaba saber—. Sé que no te resulto indiferente.

—Así es. No obstante, mi vida ya es bastante complicada. Quiero recuperarla, no enredarla más.

—¿Estás segura? Yo creo que ni tú sabes lo que quieres. ¿Te ha hablado Ryan del Edén?

—¿El Edén? No sé a qué te refieres.

—Es un club al que le gusta ir para, digamos, dar rienda suelta a sus deseos.

Ella enrojeció al hacerse una idea del tipo de club al que se refería.

—Eso no es de mi incumbencia —replicó enfurecida. Se apartó de él y subió a su cuarto. Lo que Julen no sabía era que lo que hubiera podido haber entre ella y Ryan había quedado roto catorce años atrás.

Febrero, 2006.

Ryan se paseaba nervioso por el salón de la casa de su padre. Este le había convocado y eso no era nada bueno. Después de dejar a Katy en su casa de madrugada, no había podido volver a dormir. Se había pasado todo el rato pensando. Se arrepentía de cómo la había tratado y esperaba arreglarlo. Era la persona más importante en su vida. La amaba. Aunque nunca se había permitido verla como una mujer, ahora que lo había hecho no podía dar marcha atrás. Tras hablar con su padre, iría a buscarla y le pediría perdón. Esperaba que no fuera demasiado tarde. Sabía que se había comportado como un cerdo, a pesar de lo cual haría lo que fuera necesario para obtener su perdón.

—¿Qué tal la noche, hijo? —le espetó su padre con frialdad al entrar en el salón—. ¿Te has divertido?

La manera en la que se lo preguntó le produjo escalofríos. Tenía ya veinte años y todavía ejercía un gran poder sobre él. La capacidad de paralizarlo con solo una mirada. Le odiaba y a su vez, de alguna manera retorcida, le quería. Aún tenía frescas las cicatrices que le había ocasionado con el cinturón cuando le había dicho que no quería estudiar la carrera universitaria que le había escogido. Había tenido que pedir ayuda a su segundo al mando para poder dominarlo; ya no se dejaba maltratar con la facilidad de antes, sin embargo, al final había tenido que ceder y hacer lo que su padre le ordenaba. No contestó nada y permaneció en silencio. Le pareció lo más inteligente. Primero debía averiguar el motivo de haberle hecho presentarse frente a él.

—Esta mañana me ha llamado Michael Wilson para contarme que se había pasado toda la noche preocupado porque había regresado del viaje de negocios antes de tiempo y al llegar a la casa se encontró con que su hija no estaba. No le cogía el teléfono móvil —explicó su padre con una fría sonrisa.

—¿Y por qué te llamaba a ti para contarte eso?—preguntó Ryan mientras fingía una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Una ola de temor le recorrió el cuerpo al comprender que Katy era el motivo por el que le había obligado a venir.

—Quería que le diese tu número de teléfono para preguntarte por ella.

—¿Por qué tendría yo que saber de ella? —mintió Ryan mientras el pánico reptaba por su garganta.

—Eso le dije yo a él —continuó su padre con una sonrisa que le produjo escalofríos—. Cuando estaba hablando conmigo apareció ella por la casa y ¿sabes lo que le dijo?

Ryan negó con la cabeza sin pronunciar una palabra. Se temía a dónde le llevaría esta conversación.

—Le dije que había pasado la noche en tu apartamento. ¿Te la has follado?

Él negó de nuevo con un gesto.

—¿Por qué no te la has follado? —le exigió saber su padre.

Ryan no contestó. Sabía que, en realidad, no le importaba la respuesta.

—Te he preguntado que por qué no te la has follado —le exigió de nuevo, al tiempo que hacía un gesto a su segundo al mando que había entrado con él en el salón y permanecía en silencio en un segundo plano.

Ryan no intentó resistirse. Era inútil. Si el segundo no podía con él, más hombres vendrían a ayudarlo y el resultado sería el mismo. Su padre se acercó hasta él y le dio un puñetazo en la mandíbula. Notó el sabor de la sangre en la boca, pero no emitió un quejido. No era nada comparado con lo que le haría si protestaba, así que permaneció en silencio.

—He permitido tu amistad con esa zorra porque su padre es el mejor contable que he tenido nunca; sin embargo, no toleraré que tu relación vaya más allá de follártela como a la puta en la que se convertirá.

Trató de fingir que no le afectaban sus palabras pero no pudo evitar palidecer ante ellas, lo que le dio a su padre la información que necesitaba. Empezó a darle puñetazos en el rostro, el estómago, mientras su segundo le sujetaba para impedir que se derrumbase. Cuando ya no pudo mantenerse en pie y cayó al suelo, su padre continuó dándole patadas. Una vez se hubo cansado, se quitó el cinturón y empezó a darle correazos. Continuó incluso después de que Ryan se desmayara y dejara de sentir los golpes.

Cuando recuperó la consciencia, continuaba tirado en el suelo del salón. Uno de los hombres le observaba y al ver que se despertaba salió para informar de ello. Logró sentarse con gran esfuerzo. Le ardía todo el cuerpo. Estaba seguro de tener rota la mandíbula y unas cuantas costillas, y con toda seguridad, al día siguiente no podría ver a consecuencia de la hinchazón de los ojos.

—Romperás toda relación con esa zorra —le exigió su padre en cuanto entró en el salón.

—¿Y si me niego? —aventuró Ryan en un gemido. Quería saber hasta dónde estaba dispuesto su padre a llegar para alejarle de Katy.

—Espero que lo hagas —afirmó este con una fría sonrisa al tiempo que se acercaba y se agachaba frente a él—. Ya no es una niña, ¿verdad? Es como un melocotón maduro. Es un poco joven para mí, no obstante, en honor a ti, me sacrificaría para desvirgarla y después mandarla a uno de nuestros burdeles donde follará con más de cien hombres diarios. ¿Eso es lo que quieres para ella?

Sintió un dolor agudo en el pecho ante las imágenes que habían conjurado las palabras de su padre. Lo peor de todo era que estaba seguro de que no eran ninguna amenaza. Le estaba contando lo que pasaría si continuaba con ella.

—No volveré a verla —aceptó con derrota.

—Eso no me basta. Quiero que ella tampoco quiera verte. Quiero que la humilles de tal forma que jamás se le ocurra dirigirte la palabra —le exigió con frialdad—. ¿Serás capaz de hacerlo, hijo mío?

—Sí... padre —escupió con amargura. En ese momento, el poco amor que aún albergaba en su corazón por el hombre que le había dado la vida, se extinguió.

—Bien. Te llevarán a tu apartamento y espero que no tengamos que tener esta charla nunca más.

Ryan sostuvo por el cuello al hombre sin dejar de darle puñetazos. Los recuerdos invadían su

mente y ya no era al hombre de Luca al que golpeaba, sino a su propio padre. Le dio un último puñetazo que hizo que cayera al suelo desmayado. Solo en ese momento volvió a la realidad. Su padre ya estaba muerto y por mucho que lo deseara no podía volver a matarlo. Miró sus nudillos despellejados y sangrantes y, aun así, la rabia que sentía en su interior no se había atenuado.

Hizo un gesto para que se llevaran al despojo humano en el que había convertido el hombre de Luca. Sin embargo, de nada había servido. Seguía sin saber si su enemigo se había creído que Katy y Julen eran amantes o si pretendía hacer algo contra ella. Era lo único que le importaba. Lo que no comprendía era por qué no le atacaba de forma directa de una vez por todas. Estaba jugando con él como un gato con un ratón y estaba consiguiendo que se desesperara. No se perdonaría que por su culpa le pasara algo a Katy.

No había vuelto a saber de ella desde la fiesta. Se había negado a llamar Julen para preguntarle. Temía lo que este le dijese; que le confirmase que se acostaba con ella; y temía también su propia reacción si sus temores se hacían realidad. Una cosa era suponer que follaban y otra cosa saberlo seguro.

Quizás era el momento de volver al Edén. Necesitaba desahogarse. No se había vuelto a acostar con una mujer desde que había descubierto que Katy estaba viva. Sabía que eso no haría que la sacase de su sistema, como no lo había logrado en todos estos años, pero por lo menos no se sentiría como una olla a presión a punto de estallar. Eso era lo que necesitaba. Follar hasta que la olvidara. Hizo una llamada telefónica. Le gustaba que en El Edén supiesen con antelación que iba a ir y le preparasen algo especial.

Katy abrió los ojos desorientada. ¿Dónde estaba? El último recuerdo que tenía era de haberse sentado a leer un libro en la biblioteca y después... nada.

Desde el día de la fiesta Julen la trataba con mucha frialdad. Sabía que estaba molesto por no haberse acostado con él, sin embargo, no podía. Sería un error garrafal enredarse con un hombre como él.

Sacudió la cabeza para despejarse, ya que la notaba embotada. Estaba de pie. Tenía algo en el rostro que dificultaba su visión. No sabía lo que era, parecía... ¿un antifaz? trató de mover los brazos para quitarse lo que le cubría la cara pese a que por más que lo intentó no pudo moverlos. Comprendió que los tenía sujetos por encima de la cabeza y ahí empezó a asustarse. trató de mover los pies y comprobó que también los tenía sujetos. Miró alrededor y lo único que pudo ver era que estaba en un cuarto desconocido. Junto a ella una cama, un tocador y enfrente un sofá. En un lateral distinguió una mesa con una especie de argolla en uno de los extremos. El miedo le recorrió el cuerpo con un escalofrío y comenzó a respirar de forma desacompasada. Se abrió la puerta y se incrementó la sensación de angustia cuando vio a un hombre desconocido entrar en el cuarto.

—Veo que estás despierta —susurró el desconocido mientras la miraba de forma lasciva.

—¿Qué... qué pasa aquí? —tartamudeó asustada. No entendía nada. Recordó que se había tomado un café en la biblioteca. Y después, nada más.

—Hoy te voy a mostrar quién es Ryan de verdad —afirmó el hombre con una fría sonrisa.

—¿Qué dices? ¿Quién eres? —gimió con desesperación mientras intentaba en vano librarse de sus ataduras.

El hombre se acercó a ella sin contestar a ninguna de sus preguntas. Sacó un cuchillo y rasgó su ropa mientras ella gritaba asustada.

—Mucho mejor —afirmó mientras se apartaba un poco para observarla. Estaba atada a una cruz de San Andrés. La ropa en jirones colgaba a los lados permitiendo ver el encaje negro del sujetador y las braguitas. El hombre le había puesto un antifaz y había calzado sus pies con unos zapatos de tacón de aguja componiendo una imagen de gran erotismo—. Pareces la puta perfecta —murmuró con satisfacción—. Solo faltan dos detalles.

Fue en ese momento cuando vio la bolsa que portaba con él y en la que no se había fijado al verle entrar en el cuarto. Sacó lo que parecía una especie de collar que puso alrededor de su cuello. Tapaba las cicatrices de su cuello y de uno de los laterales salía una anilla en la que enganchó una correa que dejó colgando a su lado. A continuación, sacó una especie de bola y se la enseñó.

—Abre la boca —le ordenó.

Ella negó con vehemencia mientras lágrimas de angustia caían por su rostro. No entendía lo que pasaba y estaba aterrorizada.

—Abre la boca —le ordenó de nuevo con frialdad—. O te obligaré a hacerlo y no te va a gustar.

Con labios temblorosos le obedeció y él le introdujo la bola en la boca y se la sujetó por detrás de la cabeza. A continuación, cogió lo que parecía una pequeña campanilla y se la puso con una especie de anilla en el dedo.

—No la sueltes pase lo que pase o te arrepentirás —le advirtió señalando la campanilla. Se apartó y la contempló durante unos segundos. Se acercó de nuevo a ella y puso una de sus manos en sus pechos y fue descendiendo poco a poco en una caricia. Ella temblaba de miedo. En el momento en el que su mano se introducía entre sus muslos, la puerta del cuarto se abrió interrumpiéndoles.

—Me han dicho que tienes algo para mí —oyó la voz de Ryan, lo que hizo que comenzara a gemir de alivio al verle. Él la salvaría de este loco.

—Sí—anunció el hombre, al que era evidente que conocía, sin apartar su mirada de la de Katy—. Te he traído un regalo. Un juguete para que disfrutes con él. No te quejarás. Se parece a Kimberly Swan. Una vez me comentaste que te gustaba. Cuando vi su foto en la fiesta a la que acudí con Julen me sorprendió el parecido con mi sumisa, así que pensé en hacerte un regalo. Le gusta interpretar un rol. Fingir que la violan. —A continuación, se apartó para que Ryan la viera.

Ella trató de gritar. Pedirle que la ayudara, aunque la bola se lo impidió; solo le permitía gemir con angustia. Con horror, comprobó que Ryan sonreía y le recorría el cuerpo con una mirada lasciva sin hacer el más mínimo intento de liberarla a pesar de sus gemidos.

—Sí —susurró Ryan. Era cierto que la sumisa se parecía mucho a Katy—. Te agradezco el regalo, Esteban. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Quiere probar sus límites, así que pensé en ti para que la ayudes. Supuse que te complacería.

Ryan observó a la sumisa de arriba para abajo y se excitó al ver su cuerpo. Parecía una ofrenda. El antifaz y la bola le impedían apreciar su rostro con total claridad, lo cual hacía que en su imaginación fuera exacta a Katy. Podría hacerle todas las cosas que deseaba hacerle a ella y que sabía que jamás podría llevar a cabo puesto que ella jamás las aceptaría. Vio con aprobación que sostenía en una de sus manos la campanilla que dejaría caer en caso de que quisiera que se detuviera, puesto que la bola en la boca le impedía pronunciar la palabra de seguridad.

—Muy bien —aceptó con satisfacción—. Ya está metida en su papel —comentó al ver que ella hacía gestos de negación como si no deseara lo que estaba pasando.

—La tengo bien entrenada —afirmó Esteban con una sonrisa que horrorizó a Katy por la crueldad que manifestaba—. Le gusta que la traten con dureza, así que, con toda seguridad, te lo va a poner difícil.

No se podía creer que estuvieran hablando de ella como si no estuviera en el cuarto. Como si se tratara de un objeto. Empezó a gemir y a revolverse para que Ryan comprendiera que esto no era consensuado, para que se diera cuenta de quién era ella en realidad.

—Ya ves —advirtió el otro hombre con una sonrisa al ver cómo se retorecía—. Empieza el espectáculo. Es cuando más disfruta.

—¡Shhh! —susurró Ryan acercándose a ella al tiempo que acariciaba su rostro—. No pasa nada. Sé que estás asustada, pero no tienes nada que temer. Ya sabes lo que tienes que hacer si quieres que me detenga.

Lamió su cuello y acercó su cuerpo al de ella. Se posicionó entre sus piernas separadas y acarició sus muslos para poco a poco introducir un dedo en su vagina lo que provocó que ella se humedeciera incluso a pesar de la presencia del desconocido que lo observaba todo con una sonrisa torcida. ¿Qué estaba mal en ella para que en un momento así estuviera excitada? Hacía solo unos segundos había estado aterrorizada y ahora...

Desde que tenía conciencia de su sexualidad había fantaseado con que la ataban, con que la

dominaban. Nunca se había atrevido a confesar sus sueños a nadie. Había mantenido relaciones sexuales con otros hombres a lo largo de estos años, sin embargo, a ninguno se había atrevido a confesarle sus más íntimos deseos. El rechazo de Ryan tras su primera experiencia sexual le había afectado de tal forma que había impedido que pudiera ser sincera en sus siguientes relaciones por temor a que la consideraran una degenerada... aun así estaba asustada. No quería que le hiciera daño y no entendía a qué se refería él cuando le decía que ya sabía lo que tenía que hacer para que se detuviera. No tenía ni idea. Esto no se parecía a sus fantasías. Esto daba miedo de verdad.

Ryan, ajeno a todo, continuaba el recorrido por el cuerpo de la mujer. No era la primera vez que se follaba a la sumisa de otro hombre ni sería la última, aunque quizás debido al intenso parecido con Katy, sintió celos al pensar que otro hombre viera su cuerpo y, pese a que sabía que era absurdo puesto que esa mujer ni siquiera era suya, le pidió a su dueño:

—Sé que te gusta mirar, pero prefiero que me dejes a solas con ella.

El hombre al principio le miró fijamente, y cuando Ryan estaba seguro de que iba a negarse, tras unos segundos de indecisión, aceptó con un gesto afirmativo y se fue en silencio. La boca de Ryan descendió por el cuerpo de la mujer con caricias desde el cuello hasta que llegó a la unión de sus muslos y ahí olió su excitación. Le apartó la ropa interior y con una sonrisa comenzó a lamerla y beber sus jugos. La mujer ya no se resistía, ni lloraba, sino que jadeaba hasta que al cabo de unos minutos se corrió con un grito que ni la bola que cubría su boca pudo acallar.

Se apartó para coger un condón. Le desató las piernas, se las cogió para abrirla, se sacó la polla de los pantalones, se puso el preservativo, y se deslizó en su interior. Se introdujo de una sola estocada y ella gritó de dolor a pesar de estar lubricada. Ryan sabía que le iba a doler debido al grosor de su miembro, no obstante, esto duró solo unos segundos. Pronto la tuvo jadeando y gimiendo. Notó como sus músculos interiores ordeñaban su polla hasta que no pudo aguantar más y se corrió en su interior.

Hacía mucho tiempo que no tenía un orgasmo tan rápido con una mujer, quizás era su parecido con Katy lo que le había proporcionado ese extra de placer. Salió de ella y se deshizo del condón en una papelera dispuesta para ello. Antes de acercarse de nuevo a la sumisa, se quitó los pantalones, la camisa y le desató los brazos. En el momento en el que estuvo libre de las ataduras, Katy se derrumbó sin fuerzas contra el pecho de Ryan. Antes de que pudiera recuperarse, él la cogió en brazos y la condujo hasta la mesa que había visto al principio. Le dio la vuelta y la extendió sobre la mesa de espaldas a él. Ella no tenía fuerzas para oponerse, solo notó que cogía sus brazos de cuyo extremo aún colgaba la cuerda con la que habían estado amarrados a la cruz, los juntaba y utilizaba esa misma cuerda para atarlos unidos a la argolla que se erigía al final de la mesa. Trató de resistirse, pero él la aplastó con su cuerpo y le murmuró al oído:

—Aún no hemos acabado. Te voy a follar por detrás.

Se asustó ante sus palabras. Pese a que antes había disfrutado, había sido dolorosa la penetración. Nunca se hubiera imaginado el volumen de su polla. Así que empezó a retorcerse y a negar mientras gemía.

—Estás siendo una chica muy mala. Creo que te gusta que te castiguen—le anunció con dureza. Y comenzó a golpearla en el trasero con la palma de la mano.

Un grito escapó de la garganta de Katy cuando la azotó. Se retorció aún con más fuerza, lo que hizo que él incrementara la fuerza del impacto y la frecuencia de los golpes. Estuvo golpeándola de forma rítmica hasta que ella dejó de resistirse. Solo entonces se puso un nuevo

condón, separó sus nalgas para introducir algún tipo de lubricante en ella y penetrarla. En esta ocasión lo hizo despacio. Sabía que era muy doloroso y no quería hacerle más daño de lo necesario. La chica no dejaba de gritar, si bien la bola en la boca amortiguaba sus gritos. Seguía sosteniendo la campanilla entre sus manos sin soltarla, por lo que supo que a pesar de sus protestas era lo que deseaba.

El dolor que ella sentía era indescriptible. Rogaba en silencio para que se corriera con rapidez y saliera de su interior. Cada vez que empujaba era como si sintiera un clavo ardiendo en su interior y al golpear en su trasero enrojecido por los golpes, el dolor se incrementaba. ¿Cómo alguna vez podía haber pensado que eso era lo que deseaba? Lloró de alivio cuando al cabo de unos cuantos minutos notó cómo se corría y salía de su interior.

Ryan miró a la sumisa con satisfacción. No creía haber sido demasiado duro. Aunque tenía el trasero enrojecido no le quedaría ninguna marca. No le gustaba dejarles cicatrices. Desató los brazos de la sumisa para llevarla a la cama.

—Voy a buscar a Esteban. Quizás quiera que alguien más te folle.

Ella le miró aterrorizada ante la implicación derivada de sus palabras. Trató de levantarse y empezó a luchar contra él. Ryan la sujetó con firmeza sorprendido por lo sumergida que estaba en su papel, ya que, pese a la vehemencia de sus protestas, no soltaba la campanilla, que era la señal para que supiese que había sobrepasado sus límites. Al cabo de unos minutos más de lucha, la mujer se quedó sin fuerza y cayó derrumbada en la cama. En esta ocasión vio que había perdido el conocimiento. Preocupado por la posibilidad de que se ahogara con la bola que tapaba su boca, se la sacó con cuidado y le quitó el antifaz que cubría su cara. Quería ver cómo era en realidad.

En el momento que miró su rostro descubierto un frío se instaló en su corazón al descubrir horrorizado que no es que se pareciera a Katy, sino que era la propia Katy a la que tenía en esa cama. Cogió la mano que sostenía la campanilla y palideció al ver que en realidad no la sujetaba, sino que estaba enganchada en uno de sus dedos, de tal forma que aunque hubiera querido, no habría podido soltarla. De pronto, aquellas acciones que hacía un momento había achacado a algún tipo de juego de rol, comprendió que habían sido los intentos desesperados para que la soltara. Sus gritos. Todo ello cobró otro sentido frente a sus ojos. Los cerró con horror al recordar cómo la había forzado. Con furia, la envolvió con la sábana que cubría la cama y se vistió de forma apresurada.

Tenía que sacarla de allí. Eso era lo primero. Después descubriría qué era lo que Esteban había pretendido, aparte del hecho de que vejara a la mujer que amaba. La envolvió lo mejor que pudo para que nadie viera ni un trozo de su desnudez y llamó a Steven para que trajera el coche a la puerta del club. Esperó unos minutos y salió del cuarto con ella en brazos.

Cruzó el pasillo de las habitaciones. Gritos y gemidos resonaban en su interior, anunciando lo que estaba ocurriendo en cada uno de ellos. Por primera vez desde que se había sumergido en aquel mundo, Ryan sintió asco. Asco de sí mismo y de lo que allí ocurría. Cuando llegó al salón se encontró con Esteban, que le dedicó una sonrisa al ver la preciada carga que portaba.

—Eres un cabrón —siseó con furia al llegar a su lado.

—¿Por qué? —replicó el hombre sin abandonar la sonrisa—. ¿No te has divertido con ella?

Le hubiera matado allí mismo, sin embargo, tendría que esperar. Ahora lo más importante era sacarla de allí.

—Es un regalo de Lucifer —le anunció Esteban cuando se alejaba lo que hizo que se detuviera en seco para mirarle con sorpresa. ¿Lucifer? ¿Por qué? ¿Qué pretendía? ¿Era algún tipo

de juego enfermizo?

—¿A dónde vas? —interrogó otro de los socios del club al verle parado con una mujer en brazos.

Ignorándole, se puso de nuevo en marcha y se dirigió a la salida. Más tarde se ocuparía de Esteban, pero en ese momento su prioridad era sacar a Katy de allí.

—¿No vas a compartirla? —quiso saber el otro socio mientras oteaba para tratar de descubrir el cuerpo de la mujer entre las sábanas.

—Esta es mía —advirtió con rudeza, lo que hizo que el otro hombre se alejara y levantara las manos en señal de rendición para después alejarse para buscar a alguna de las muchas mujeres que allí había.

Muchas venían acompañadas, pero otras estaban solas. Lo que era una norma en El Edén era que ninguna mujer podía estar allí en contra de su voluntad. Ryan era el dueño del club y siempre se había asegurado de ello. Por eso le parecía más deleznable lo que había ocurrido. Mataría a Esteban y descubriría cómo era posible que hubieran introducido en el club a una mujer en contra de su voluntad y nadie se hubiera dado cuenta. ¿Sería la primera vez o ya habría sucedido con anterioridad? Lo averiguaría.

Cuando salió al exterior, Steven ya le esperaba. Abrió la boca sorprendido al verle con una mujer en brazos y, al descubrir quién era ella, demudó el rostro, si bien se abstuvo de hacer ningún comentario.

—A casa —murmuró Ryan con cansancio. Rezó para que no despertara hasta que llegaran a su destino. No sabía cómo iba a salir de este lío. Si aún no le había perdonado lo que había hecho en el pasado, ¿cómo iba a perdonarle lo que acababa de suceder?

Abril, 2006.

—*Me han contado lo bien que follas. Me gustaría comprobarlo* —oyó Katy en su oído. *Se giró para comprobar que quien se le había acercado era un chico del instituto al que apenas conocía. Sabía que iba a un curso inferior, pero jamás había hablado con él. Ni siquiera sabía su nombre.*

—*¿Qué has dicho?* —gimió ella asqueada y segura que no podía haber oído bien.

—*He dicho que Ryan me ha contado que eres un buen polvo y que te gusta... que te aten* —terminó al tiempo que se acercó tanto a ella que pudo comprobar que estaba excitado.

Palideció ante sus palabras. No podía ser posible. Él no podía haber dicho eso de ella.

—*¡Eres un cerdo!* —replicó ella avergonzada y se alejó de él mientras el sonido de su risa le perseguía por los pasillos.

Lo que no se podía imaginar era que ese solo había sido el comienzo de su pesadilla. No solo fueron los comentarios, soeces en su mayoría, sino que alguno de los chicos incluso fue más allá. La rozaban al pasar a su lado tocándola por todas partes, los pechos, el trasero. Roces casuales y tan breves que cuando iba a protestar se habían acabado, y las risas... las miradas lascivas. Su vida se convirtió en un infierno. Lo peor fue cuando intentó contactar con Ryan para preguntarle, para pedirle que le diera una explicación, aunque en realidad lo que de verdad quería era que lo negara; que le jurara que él no había sido capaz de decir semejantes cosas de ella. En ese momento fue cuando comprobó que no contestaba a sus llamadas ni a sus mensajes. Con desesperación acabó presentándose en su apartamento y, harta de que no le

respondiera al timbre, intentó entrar usando la llave, si bien no pudo, ya que había cambiado la cerradura. No lograba comprender por qué hacía eso. Desde que se había entregado a él en su apartamento no había vuelto a verle, ni a hablar con él, y ahora esto... Era como si la estuviera expulsando de su vida. Ahí mismo, a la puerta de su apartamento, se derrumbó de rodillas y comenzó a llorar con el corazón roto.

Katy abrió los ojos y los recuerdos de lo ocurrido en el club acudieron a ella en cascada. Las lágrimas abandonaron sus mejillas y comenzó a sollozar. No habían pasado ni unos segundos cuando notó unas manos que tocaban su cuerpo. Reaccionó con un grito y un salto para apartarse del toque indeseado.

—Cálmate, por favor —le pidió Ryan mientras trataba de acercarse de nuevo a ella.

Al oír su voz el temor a que le hiciera daño de nuevo hizo que se revolviere con más fuerza e intentara apartarse de él a como diera lugar. Sin embargo, él no se lo permitió, la abrazó con fuerza mientras ella se retorció y gritaba para apartarlo hasta que le pudo el agotamiento y se derrumbó en sus brazos entre sollozos. Ryan sentía como si le estuvieran partiendo en dos. Sabía que era el culpable de su sufrimiento y no sabía qué hacer para repararlo. Lo único que tenía claro era que jamás volvería a apartarla de su lado. Ya había cometido ese error con anterioridad y, aunque estaba seguro de que le costaría mucho que le perdonara por lo que le había hecho, no cejaría en su empeño hasta conseguirlo.

Ella temblaba sin control. Aún no comprendía lo que había pasado. ¿Por qué? ¿Con qué finalidad? Sabía que él había sido engañado; que había pensado que todo aquello había sido consensuado; que ni siquiera sabía quién era ella en realidad. No obstante, eso no impedía que estuviese atemorizada por lo que había pasado. Cuando fantaseaba con que la ataran y la dominaran nunca había sido así como lo había imaginado. No encontraba placer en el dolor.

Se apartó de nuevo de él, que en esta ocasión no se lo impidió. Trató de levantarse de la cama en la que estaba tumbada y fue cuando se dio cuenta de que estaba desnuda bajo las sábanas.

—Quiero vestirme —murmuró con voz ronca tras mirar alrededor y no ver ninguna prenda de ropa. Subió las sábanas para taparse mejor y no se atrevió a mirarle a la cara.

—Perdóname. —Ryan parecía realmente apenado—. Créeme cuando te digo que jamás lo hubiera hecho si hubiera pensado que no era lo que querías.

—Lo sé —murmuró ella con lágrimas en los ojos, sin embargo, eso no quitaba el daño que le había infligido.

—Toma. —Ryan le tendió lo que parecía algún tipo de crema—. Te aliviará el escozor. Te traeré algo de ropa.

Cogió avergonzada y con manos temblorosas el tubo que le daba. Él se ausentó unos minutos del cuarto y regresó con varias prendas.

—Te dejaré sola para que te vistas —le dijo tras depositar unos pantalones y una camisa, junto a un conjunto de lencería encima de la cama—. He pedido que lo trajeran de una tienda mientras dormías—aclaró al ver cómo había mirado lo que había traído. No quería que pensara que era la ropa de ninguna amante. Abandonó el cuarto y la dejó de nuevo a solas.

Una vez se hubo ido, Katy se levantó con gran esfuerzo y se dirigió al cuarto de baño. Miró su reflejo en el espejo y la visión de su trasero enrojecido hizo que se avergonzara. Se extendió la crema y la sensación de frío le proporcionó cierto alivio. Apenas había terminado de vestirse cuando oyó cómo él la llamaba al otro lado de la puerta:

—Cuando te hayas vestido, reúnete conmigo en el despacho. Tenemos que hablar.

Ante sus palabras apoyó la frente en la puerta del baño, cerró los ojos mientras más lágrimas se derramaban por sus mejillas. Sentía un dolor sordo en el pecho. Mayor que el que había

sentido hace tantos años cuando la había humillado. Esto era aún peor.

Una semana después de que hubiera comprendido que, por algún motivo que desconocía, Ryan la había expulsado de su vida, salía del instituto cuando alguien la cogió por detrás, la empujó contra la pared y comenzó a desgarrarle la ropa mientras murmuraba:

—Voy a darte lo que llevas días buscando.

Comenzó a pelear de forma ciega contra él, si bien era más fuerte que ella. Forcejearon mientras la tenía inmovilizada y él se desabrochó el pantalón, le levantó la falda y le apartó las bragas para violentarla por detrás. En el preciso instante en el que se preparaba para penetrarla, alguien le apartó con brusquedad de su lado, lo que hizo que ella se derrumbara en el suelo, ya que sus piernas temblorosas no aguantaron. Oyó el sonido de una pelea y luego cómo alguien la tocaba. Con un grito, se apartó de su lado.

—Katy, tranquila. Soy yo.

Levantó la vista y con lágrimas en los ojos vio a Marco que la miraba con compasión. No había vuelto a hablar con él desde que este le había dicho que era mejor que no se vieran más.

—Ven. Te llevaré a casa —le ofreció mirándola con ternura.

Ella observó su mano tendida y con un suspiro tembloroso se la cogió. Él la llevó hasta su coche. La ayudó a subirse, ya que apenas tenía fuerzas, y la condujo hasta su casa. Cuando llegó a la calle, detuvo el coche y esperó para que ella se tranquilizara.

—Esto es culpa de Ryan —le confirmó él con los dientes apretados, lo que hizo que un suspiro tembloroso saliera de los labios de Katy.

—¿Por qué? —musitó con dolor más para sí misma que para él.

No lo comprendía. No comprendía por qué la había apartado de su vida, por qué había contado esas cosas de ella. Aunque siempre había sabido que no la amaba, sí había pensado que la quería como a una amiga.

—Me dijo que habíais follado —le confesó Marco avergonzado—. Que te gustaba que te ataran. Yo pensé que erais amigos. No sé por qué va contando esas mentiras sobre ti.

Ella, avergonzada, no se atrevía a mirarle a la cara. Era doloroso que Ryan contase eso de ella, pero lo más doloroso de todo era que fuera cierto. No lo de follar, ya que en realidad eso no era con exactitud lo que había ocurrido. No obstante, lo de que le había gustado que la atase era verdad. Sin poder aguantarlo más, rompió a llorar. Marco la abrazó con ternura y eso fue peor todavía, ya que la hizo sentirse sucia, indigna, porque a pesar de todo no podía arrancarse el amor que sentía por Ryan desde lo más profundo de su corazón.

—Pensé que erais amigos —repitió Marco mientras le acariciaba el cabello y esperaba a que se desahogara.

«Y yo, que me quería» pensó ella con dolor.

Ryan se sirvió un trago de *whisky* en su despacho mientras esperaba a Katy. Se sentía como un miserable. No solo por lo que le había hecho unas horas antes, sino por lo que le iba a hacer ahora, porque lo único que tenía claro en ese mismo instante era que no iba a dejarla marchar de nuevo. Haría lo que fuera necesario, pero la retendría a su lado.

Diez minutos después, ella entró por la puerta. Él estaba junto a la ventana, se giró hacia ella y

se abstuvo de sugerirle que se sentara. Sabía que debía estar muy dolorida.

—Yo... —No sabía muy bien cómo comenzar lo que quería decir. Solo quería que entendiera —. No te imaginas lo que lamento lo que ha pasado. Nunca quise... que conocieras esa faceta de mí —reconoció con un suspiro—. Fue la razón por la que me aparté de ti aquella noche hace ya tantos años. Me sentí indigno de ti. Mis deseos... estaba seguro de que nunca los hubieras aceptado. En cuanto te dejé en tu casa y pude pensar con claridad me arrepentí de haberte apartado. Sé que aquella noche me comporté como un miserable, no obstante, en cuanto llegó la mañana me di cuenta de que te amaba y decidí sincerarme contigo, contarte mis fantasías, mis deseos y explicarte que tú formabas parte de ellos. Sin embargo, no pude hablar contigo porque mi padre me mandó llamar. Se había enterado que habíamos pasado la noche juntos y me ordenó que te dejara de tal forma que jamás volvieras a buscarme. Amenazó con enviarte a un prostíbulo si no me alejaba de ti. Sé que lo que hice fue reprobable a pesar de que fue la única forma que se me ocurrió para que jamás volvieras a acercarte a mí.

Tras escuchar su confesión, Katy cerró los ojos y dejó escapar un suspiro que denotaba el cansancio acumulado durante tantos años. Ahora ya no tenían sentido sus palabras. Era demasiado tarde. Demasiado tarde para su amor. Había recibido una dosis de realidad sobre lo diferente que eran los sueños, los deseos y lo que ocurría cuando estos se llevaban a cabo. Cuando se había excitado con pensamientos de ser dominada por él, nunca había imaginado el dolor físico que conllevaría. No era eso lo que deseaba.

—Yo... —Tuvo que interrumpirse para tragar saliva porque el nudo que tenía en la garganta le impedía hablar. Cerró los ojos con fuerza y cruzó los brazos para darse valor y poder desnudar su alma frente a él como no lo había hecho jamás frente a persona alguna.

—Yo... —volvió a empezar—. Desde niña he tenido sueños, deseos... —Se giró para no verle la cara y no perder el valor—. Deseaba...

—No entiendo... —la interrumpió Ryan.

—No me interrumpas —gimió ella con voz ronca—. Si no, no tendré valor.

Al ver que permanecía en silencio se permitió continuar:

—No sé a qué edad empezó. Solo estoy segura de que fue incluso antes de tener la menstruación. Ya sentía deseos... deseos sexuales. Me masturbaba incluso antes de saber qué era lo que hacía. Solo sabía que me daba placer. Con el tiempo, comprendí que determinadas imágenes, objetos... hacían que me excitara.

—¿Imágenes? ¿Objetos? —murmuró él con voz ronca.

—Escenas... —se interrumpió para tragar saliva porque la garganta se le quedó seca de forma repentina.

—¿Qué imágenes? —la exhortó impaciente por sus dudas, lo que hizo que ella se excitara ante la dureza de su tono. Cerró los ojos con fuerza y las lágrimas empañaron sus ojos. ¿Qué estaba mal en ella para que a pesar de todo sintiera ese deseo?

—Me gusta... Yo... en el club...

—No digas nada. No sabes cuánto me arrepiento de lo que pasó allí —le confesó él con voz torturada. Se acercó para tocarla, pero ella se apartó de él asustada.

—Creí que era lo que quería —susurró mortificada—, pero me equivocaba.

—¿Lo qué querías? —Ryan se sentía confuso. Ahora sí que no entendía nada.

Ella cerró los ojos con vergüenza y le dio la espalda. Si le miraba a los ojos jamás tendría el valor para confesar lo que no se había atrevido a contar a nadie jamás:

—Me excita ver cómo atan a una mujer y el sexo violento —reconoció en un susurro—. Sin

embargo... después de lo que pasó contigo en mi primera vez, nunca había vuelto a hacer nada de eso. Eran fantasías que nunca llevé a la práctica. Me avergonzaba mis propios deseos y, después de lo ocurrido, he descubierto que en realidad... no me gusta —sentenció sin poder evitar que se le quebrara la voz.

Él la contemplaba atónito. Jamás hubiera imaginado que su dulce Katy compartiera los mismos deseos que él. Cuántas noches desde que se había apartado de ella se había masturbado con el recuerdo de cómo la había atado a su cama y fantaseado con todas las cosas que hubiera deseado hacerle una y mil veces en todas y cada una de las mujeres que había sometido hasta ese mismo día. No sabía qué decirle.

Katy parecía no esperar nada, así que continuó con su relato:

—Una tarde fui a tu apartamento... —En ese punto se atrevió a mirarle y la abrasadora forma en la que la contemplaba hizo que un rayo de placer atravesara la unión de sus muslos. Juntó las piernas como si así pudiera detenerlo y se dio la vuelta de nuevo para seguir desnudando su ser —.Entré en el baño y, mientras buscaba un peine, vi las cosas que allí guardabas.

Él asintió en silencio. Sabía lo que había encontrado. En aquella época aún era un joven con las hormonas alborotadas y un total desconocimiento del mundo en el que con posterioridad se sumergiría. Había intentado probar algunas cosas con chicas de su edad, si bien todas habían quedado horrorizadas ante sus pedidos, así que al final había recurrido a las prostitutas. Lo que jamás hubiera imaginado era que ella compartía su misma parafilia.

La tentación de tocarla fue más fuerte que él, así que se acercó despacio y trató de rodearla con sus brazos. Sin embargo, fue imposible, ya que al percibir su cercanía se apartó de él con violencia, se giró para mirarle a la cara y le detuvo con un gesto de negación.

—¡No me toques! —le exigió con vehemencia—. No he acabado. Con todo esto quería que comprendieras que había fantaseado con la idea de la dominación aunque jamás me atreví a llevarlo a la práctica. Eres el primer hombre al que se lo confieso.

Pensar en otros hombres tocando su cuerpo hizo que Ryan se sintiera consumido por los celos. Sabía que era irracional; que habían pasado muchos años y no podía pretender que hubiera permanecido inmaculada para él, a pesar de lo cual no pudo evitar desearlo. Haber sabido en aquel entonces de sus deseos secretos y haberlos llevado a cabo juntos.

—Hoy me has demostrado que eso no es lo que quiero en realidad —sentenció ella con firmeza.

Él aceptó sus palabras porque sabía que tenía razón. Lo que había ocurrido no había sido algo consensuado. Había sido una violación. Sin pretenderlo, pero violación al fin y al cabo.

—Necesito que me escuches —le pidió al tiempo que se alejaba de ella para que no se sintiera amenazada por su presencia—. Lo que ocurrió antes fue una violación —reconoció con vergüenza—. La dominación no tiene por qué ser así.

Ella enrojeció y no pudo evitar que sus ojos se empañaran con lágrimas.

—Fuimos víctimas del juego de un enfermo. No sé cuáles eran las intenciones de Esteban, ni lo que pretendía. Lo averiguaré y pagaré por ello. Tienes que comprender la naturaleza de la relación entre un dominante y su sumisa.

—No quiero ser tu sumisa —susurró ella mientras tragaba saliva. Tenía la boca seca. Hubiera deseado no tener esta conversación jamás.

—Esos deseos que siempre has tenido... puedo complacerlos.

—Ya me hago una idea de cómo me complacerías —espetó ella con amargura.

—No —negó él, al tiempo que se acercaba a ella despacio para no asustarla. Katy le miró con

temor. Supo que necesitaba ganarse su confianza de nuevo. No iba a resultar fácil, si bien por ella merecía la pena.

—Lo que pasó ayer no era sobre tú y yo, sino sobre Esteban y su sumisa. ¿La campanilla que te sujetó en el dedo? Ese era tu gesto de seguridad. En el momento en el que hiciera algo que no desearas debías soltarla para que yo supiese que tenía que parar. El hecho de que no lo hicieras fue lo que me llevó a pensar que, incluso con tus negativas, lo deseabas.

—¿Cómo puede alguien desear que le inflijan daño? ¿O permitir que la cedan a otro como si fuera un objeto? —preguntó consternada ante algo que no comprendía.

—Yo no entro en los deseos de otros. Solo sé de los míos. Jamás permitiría que otro hombre te tocara y jamás hubiera hecho lo que hice si hubiera sospechado que no estabas de acuerdo.

—Me hiciste daño —susurró ella con voz queda.

—Lo sé. No fue mi intención. Perdóname y déjame que te muestre lo que podría ser. Te satisfaré como ningún otro hombre lo ha hecho jamás.

Esa promesa hizo que se excitara contra su voluntad. Había sentido colmados sus deseos por primera vez hasta el mismo instante en que comenzó a maltratarla, cuando aquellos mismos deseos se transformaron en una pesadilla.

—Tú obtuviste placer mientras me golpeabas —le acusó dolida.

—Eso no es exacto. Es cierto que me gustó dominarte, pero también porque pensé que eso era lo que deseabas. No disfruto infligiendo dolor. Esteban me pidió que explorara tus límites, por eso fui más allá de lo que voy de forma habitual, y el hecho de que no me detuvieras hizo que fuera más duro de lo normal. Las relaciones entre un dominante y su sumisa no siempre han de estar teñidas de dolor. No puedes volver con Julen —añadió con dureza—. El hecho de que te secuestraran estando en su casa demuestra que allí no estás segura.

—Tampoco quiero estar contigo —susurró ella dolida.

—Lo sé, sin embargo, ahora mismo no hay otra solución. No permitiré que nadie te haga daño y te juro que yo no volveré a hacértelo.

—¿Seré una prisionera de nuevo?

—No eres ninguna prisionera.

—No se me permite salir. ¿Cómo llamas a eso?

—Puedes salir, si bien siempre ha de ser acompañada por mí. No confío en nadie más. No voy a arriesgarme a que vuelvan a llevarte. Pensaba que estabas a salvo con Julen, pero los hechos me han demostrado lo contrario.

—¿Puedes explicarme cómo cojones se han llevado a Kimberly de tu casa sin que te enteraras? —le gritó a Julen en cuanto este descolgó el teléfono. Antes de llamarle había querido tranquilizarse un poco y aclarar las cosas con ella porque no quería decirle a Julen algo de lo que luego se arrepintiera. Dejarse llevar por su furia había sido lo que le había metido en problemas, en primer lugar, al eliminar a Scott sin pensar en las consecuencias de sus actos. No quería volver a cometer el mismo error.

—¿Quién te lo ha contado? —replicó Julen a su vez sin contestar a su pregunta.

—No me lo ha contado nadie. Yo mismo me la he encontrado en El Edén.

—¿En El Edén? ¿Está bien? ¿Alguien le ha hecho daño?

Julen conocía el local a la perfección. A fin de cuentas era socio del mismo y acudía allí con

regularidad, así que era muy consciente de las posibles implicaciones de la presencia de Kimberly en el mismo.

—No —mintió Ryan avergonzado. No podía reconocer que el único que le había hecho daño había sido él mismo.

—Descubriré quién es el traidor y me encargaré de hacérselo pagar —le prometió Julen con furia.

—Sea quien sea, trabaja para Lucifer.

—¿Por qué lo dices? Es cierto que lleva mucho tiempo detrás de nuestros negocios, pero de ahí a implicarla en ello... ¿Qué sentido tendría? ¿Por qué?

—No lo sé, aunque lo averiguaré. Ahora mismo lo único que debes saber es que ya no volverá a tu casa. Está claro que no está a salvo. Fue un error alejarla de mí.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Voy a acabar con esto de una vez. Si Luca Maltesse no viene a buscarme, iré yo a por él. Y Julen, que sea la última vez que me ocultas algo así.

—Lo siento. Yo... esperaba encontrarla antes de que te enteraras.

Ryan estaba furioso con él, sin embargo, tuvo que aceptar sus palabras.

—Sea como sea, esto se va a acabar. Voy a matar a Luca Maltesse y luego descubriré quién cojones se esconde detrás de Lucifer.

—No hemos podido averiguarlo en todo este tiempo, ¿qué te hace pensar que ahora lo descubrirás?

—Lo sucedido con Kimberly me hace pensar que en realidad Lucifer está deseando que sepa quién es. Esto ha sido un ataque personal. Aquí hay algo más que una rivalidad comercial y voy a descubrir qué es.

—Te ayudaré a averiguarlo. Es lo mínimo que puedo hacer después de lo que ha pasado. Además, si algo te llegara a pasar, yo sería el siguiente en su punto de mira. Sería su único rival.

Esa misma noche, una sombra se deslizó a través del jardín de la mansión para encontrarse con su socio.

—Todavía no comprendo por qué querías que la chica volviera con Ryan.

—Necesitamos que esté distraído. No nos interesa que descubra nuestro juego —rio Lucifer—. Luca cree que quien ataca sus negocios es Ryan y este piensa, a su vez, que es Luca quien lo hace.

—Cuando en realidad son tus hombres los que atacan a los dos.

—Al final se eliminarán el uno a otro y tan solo quedará Julen sobre el tablero. Llegados a ese punto, él también tendrá que desaparecer.

—Lo sé. Estoy deseándolo.

Por un lado, Katy estaba contenta de regresar a la mansión, ya que se había sentido muy sola con Julen. Por otro lado, no encontraba las fuerzas para perdonar a Ryan. Creía que su relación no tenía ningún futuro, así que los siguientes días solo se vieron en las comidas. Él quería darle tiempo para que le perdonara. Rezaba para que no tardase mucho porque verla todos los días y no poder tocarla era más de lo que podía resistir. Después de tomar la decisión de no dejarla ir, solo le restaba esperar a que ella aceptara la situación.

Ryan llamó a su primo al móvil para ponerle al tanto de las últimas novedades:

—No debiste matar a Scott —se lamentó Sebastián.

—Lucifer está de alguna manera implicado en lo que sucedió con Katy—. Lo que todavía no entiendo es el cómo ni el porqué. Esteban me dijo que ella era un regalo de Lucifer. Si no hubiera sido porque necesitaba sacarla de allí, le hubiera sacado la verdad a puñetazos.

—Deduzco que aún no has localizado a Esteban.

—En realidad, sí.

—¿Dónde está? Quizás sepa quién es Lucifer en realidad.

—Está muerto. Envié a Steven a su casa y le encontró degollado en el sofá.

—Lucifer no quiere dejar ningún cabo suelto.

—No. Lo que no entiendo es por qué implicó a Katy en lo que sea que esté planeando. Sé que quiere apoderarse de todos nuestros negocios. Lleva años atacando desde la sombra, pero nunca había sido algo personal, sin embargo, esto... lo que hizo, ¿qué pretendía?, ¿cómo supo que podía hacerme daño a través de ella?

Finalmente, no le había quedado más remedio que contarle a su primo quién era Kimberly en realidad y lo que representaba para él, e incluso le había pedido que si algo llegaba a pasarle la protegiera. Había hecho una videollamada en la que les había presentado; a fin de cuentas, eran las personas a las que más quería en esta vida.

—No sé por qué Lucifer quiere hacerme daño de esa forma. Lo único que tengo claro es que sabía que lo de Julen y ella era una pantomima. Cuando le encuentre, tendré que preguntárselo.

Katy se miraba con tristeza en el espejo. Se sentía muy sola. Habían pasado ya varios días desde que Ryan la había llevado a su casa desde el club. Vivía con él, le veía a diario y era como si habitasen planetas diferentes. No era que solo se vieran en las comidas; era que incluso en esos breves momentos apenas le hablaba o la miraba. Era como si no soportase su presencia.

Al principio, tras lo sucedido, lo había agradecido, si bien según pasaban los días su frialdad había minado su corazón. No podía seguir así. Se acostó en la cama y trató de no llorar a pesar del dolor que sentía en el pecho. Ya ni siquiera tenía ánimos para componer. Tenía el móvil lleno de mensajes de Mike a los que no se había atrevido a responder. Ryan le había hablado de Lucifer; lo que aún no comprendía era por qué este la había utilizado para hacerle daño. En ese momento comprendió que, le gustara o no, estaba implicada en una guerra de la que quizás ninguno saliera con vida. Releyó los mensajes de Mike y se lamentó una vez más de haberle utilizado durante todos estos años para no sentirse tan sola. En ese momento se dio cuenta de lo único que podía hacer para resarcirle en caso de que algo le llegara a pasar. Cogió el móvil y marcó el número de la única persona que le podía ayudar a llevar a cabo sus planes.

—¿Sebastián? Necesito que me ayudes a hacer algo sin que tu primo lo sepa.

Al otro lado de la casa, Ryan era incapaz de dormir. Bebía en su despacho mientras trataba de descubrir qué hacer con Katy, cuando su teléfono comenzó a sonar. Era Julen. No había vuelto a hablar con él desde que le había llamado para reclamarle por el secuestro de Katy.

—Qué ocurre, Julen, ¿por qué me llamas a estas horas?

—He descubierto quién es Lucifer.

Enero, 2018.

Ryan aguardaba en el exterior de la habitación del club a que su padre acabase. Hacía muchos años que el poco respeto que alguna vez le había tenido había desaparecido. Lo cierto era que le odiaba.

La puerta del cuarto se abrió y su padre salió abrochándose los pantalones. Un breve vistazo al interior del mismo le permitió ver la cama y a la chica que permanecía tumbada en ella. Distinguió la sangre que cubría sus muslos, así como su cara desfigurada a consecuencia de los golpes. Sintió cómo se le revolvía el estómago y no pudo evitar que su malestar se trasluciera en un gesto asqueado.

—Preocúpate menos por la puta y más por lo que tengo que decirte —le espetó su padre mientras se metía la camisa por los pantalones y se abrochaba la cremallera—. El puto Lucifer nos ha quitado otro negocio. Te encargué que descubrieras quién cojones era y acabaras con él.

—Lo sé... —se interrumpió al ver cómo su padre elevaba el brazo para cruzarle la cara. Le inmovilizó el brazo con su mano. Durante unos segundos mantuvieron una lucha: la de su padre, para que le soltara, y la de él, para impedirselo. Hasta que al final, cedió y le soltó el brazo con gesto desdeñoso.

—No soy un niño. Si quieres golpearme, vas a tener que buscar a alguno de tus perros para que me aten.

Su padre le miró lleno de ira durante unos instantes y luego prorrumpió en carcajadas.

—¡Qué cojones, hijo! Así me gusta. Estaba un poco preocupado por ti. Has rechazado todas las putas que te he ofrecido para que te las follaras. Ya estaba pensando si te habías vuelto maricón.

—Esas no eran putas. Eran esclavas. Yo no me follo a mujeres que no lo desean.

—Todas las mujeres son unas putas. A estas no tienes ni que pagarles y puedes hacerles cualquier cosa que desees.

—Prefiero que disfruten mientras lo hago.

—Tienes mucho que aprender, hijo. Al final, ellas también disfrutaban —afirmó de forma jocosa.

—O fingen hacerlo —puntualizó él con desagrado. Pese a que le gustaba el sexo duro y someter y atar a sus amantes, a diferencia de su progenitor, no disfrutaba con la violación.

—Quiero que encuentres al puto Lucifer y, cuando lo hagas, me avises porque voy a matarlo en persona. Voy a arrancarle los huevos y dárselos para comer, ¿está claro?

—Sí.

—Bien, pues lárgate y localízalo de una puta vez.

En aquel momento fue cuando Ryan comprendió que esta era su oportunidad de acabar con todo. La noche anterior, en la discoteca, cuando había oído por primera vez la voz de Kimberly Swan, todo el dolor, la ira, los remordimientos que permanecían encerrados en su interior, habían salido disparados como el corcho de una botella y ahora no sabía cómo hacer para volver a encerrarlos. Solo sabía que no podía continuar así, con esta vida de mierda en la que solo era el perro faldero de su padre. Ese mismo día comenzó a elaborar su plan. Mataría a su padre y le echaría la culpa a Lucifer. Nadie se sorprendería.

Una semana tardó en armar el plan. Convenció a su padre de que había capturado a Lucifer y le instó a reunirse con él para eliminarlo. Sabía que su padre no lo comentaría con nadie y que solo acudiría con su hombre de confianza. Le conocía a la perfección.

Le citó en un almacén abandonado y, tal y como preveía, acudió solo acompañado por su lugarteniente. En cuanto ambos cruzaron la puerta les voló la cabeza. Con rapidez. Sin darles tiempo a reaccionar. Primero eliminó al segundo al mando y luego, ante la mirada sorprendida de su padre, le apuntó y le disparó. Un tiro en la sien y cayó fulminado. Pasó unos minutos con el arma levantada, observando el cadáver de Stefano Sposito como si fuera el cuerpo de un desconocido.

Era como si lo ocurrido no fuera real. No sintió nada. Ni tranquilidad. Ni euforia. Nada. Había fantaseado tantas veces con la muerte de su padre que le sorprendió comprender que estaba como entumecido. ¿Lo había hecho realmente? ¿De verdad se había librado del cabrón que le había jodido la vida? Bajó poco a poco el arma y se acuclilló en el suelo. Estaba hecho.

Cuando salió del sopor en el que se hallaba sumido, se levantó y llevó a cabo la segunda parte de su plan. Estaba arriesgando demasiado, si bien la recompensa merecía la pena. Sabía que incluso tras la muerte de su progenitor, jamás se le permitiría abandonar esa vida. Luca Maltesse y Giorgio Cabana, los socios de su padre, le matarían antes de permitirlo. O se ponía al mando de los negocios o le eliminarían, así que lo primero que debía hacer era asegurarse de que culparan a Lucifer de la muerte de su padre. Más tarde se encargaría de ellos.

Al final resultó más fácil de lo que había pensado. Nadie dudó de su palabra. Contó que su padre había recibido un chivatazo; que había insistido en ir solo con su lugarteniente a buscar a Lucifer y este los había asesinado a ambos, y que cuando había llegado al almacén se había encontrado los cadáveres. Nadie le negó su derecho a ocupar el lugar de Stefano Sposito en los negocios y aquellos pocos que dudaron fueron eliminados con rapidez.

Ryan entró en el cuarto de Katy y contempló cómo dormía. En ese momento sintió como un gran peso abandonaba su corazón. Por primera vez se alegró de las acciones de hacía dos años y que habían desembocado en los hechos actuales, los que le habían permitido encontrarla y, si todo salía como tenía pensado, podría abandonar esta vida y comenzar una nueva junto a ella.

Katy abrió los ojos al notar una presencia en el cuarto. Se incorporó asustada y vio a Ryan, sentado en el sofá frente a ella, que la observaba en silencio.

—Perdóname —susurró él con ternura—. Te juro que nunca quise hacerte daño. Yo...

—Ya te he perdonado —respondió ella interrumpiéndole—. Sé que todo fue un engaño retorcido. Sin embargo, lo que pasó me ha hecho comprender que eso no es lo que deseo. No encuentro placer en el dolor y tú es evidente que sí.

—¡No! —exclamó él. Ya había intentado explicárselo cuando había sucedido, pero estaba claro que no lo había comprendido—. Escúchame, por favor —le pidió con algo parecido a la desesperación.

Se acercó a ella y cogió una de sus manos entre las propias y se acarició la mejilla con una de ellas mientras cerraba los ojos. Ella comenzó a temblar y los ojos se le empañaron con las lágrimas no derramadas.

—Te amo —confesó Ryan abriendo los ojos y clavándolos en el rostro de ella—. Te he amado desde que éramos unos niños y jugábamos en esta misma casa. Durante años me engañé a mí mismo con que te quería como a una amiga. Cuando comencé a verte como una mujer pensé que no te merecía, así que, cuando te entregaste a mí, me sentí indigno; por eso aquella noche tuve que huir de tu lado, al día siguiente quería hablar contigo para pedirte perdón y suplicarte que me dieras una oportunidad; que aunque sabía que no te merecía, te necesitaba. No lo hice por la amenaza de mi padre de hacerte daño si no te apartaba de mi lado y, pese a que me destrozó el alma, hice lo necesario para protegerte de él. Desde entonces, llevo trece años con remordimientos, arrepentido de mis acciones.

—Yo... no comprendía lo que había pasado. Te amaba y me destrozaste el corazón.

—Lo sé —susurró él, al tiempo que la acercaba a su pecho y la abrazaba—. Necesito que me des una oportunidad —le suplicó con ternura—. No te imaginas el tormento que han supuesto todos los años en los que no has estado a mi lado. No podría volver a vivir sin ti. Me niego —aseguró con determinación. La apartó lo justo para alcanzar su boca y robarle un beso, que pronto no fue robado, sino entregado junto con su corazón.

Katy no pudo evitar dejarse arrastrar por el amor que la esclavizaba, aunque pronto recordó sus temores y se apartó de él para poder pensar con claridad.

—Esto nuestro no puede ser.

—Por favor, te lo suplico. Dame una oportunidad.

—No se trata de que te de oportunidades; se trata de que no deseamos lo mismo. Yo nunca...Las cosas que a ti te gustan... no es eso lo que quiero. Pensé que sí, pero me he dado cuenta de que no.

—Yo tampoco es eso lo que deseo. Por favor, deja que te lo explique.

—Ya me lo explicaste el otro día —adujo ella mientras se levantaba de la cama y se apartaba aún más de su lado. Necesitaba distancia porque cuando la tocaba hacía que se le olvidase todo. Necesitaba serenidad para hacerle entender que aquello no tenía ningún futuro.

—Me gusta dominar a las mujeres en la cama—reconoció él con frustración—. No puedo negártelo, pese a que no disfruto con su dolor. Disfruto con su placer —hizo un gesto para que se callara al ver que quería interrumpirle—. Hay mujeres a las que les gusta que las fuercen más

allá de sus límites. Encuentran placer en ello. Esteban me hizo creer que tú eras una de ellas. No es que yo disfrutara con tu dolor. Es que pensé que ese dolor era lo que te daba placer.

—¿Cómo pueden disfrutar con que se les haga daño?

—Ya te dije que no entro en los placeres de cada uno. Lo que quiero que entiendas es que no disfruto haciendo daño. Lo que a mí me gusta es someter la voluntad de la mujer a la que poseo; que ella también lo desee. ¿Nunca te ha pasado que desearas algo muy fuerte y que tuvieras miedo de hacerlo? Es como la persona que quiere hacer *puenting*, está en lo alto del puente y le falta el valor para lanzarse. Yo soy la persona que le da el empujón, porque para eso está en ese puente, para saltar. Algunas mujeres disfrutaban con que las ataran, otras con que las fustiguen o con que las observen mientras son poseídas incluso por varios hombres... En todos los casos siempre hay una palabra de seguridad. Si lo que estoy haciendo excede los límites de lo que la mujer puede soportar, dirá la palabra, y si no puede hablar, como en tu caso, para eso es la campanilla. Si no puede más la hará sonar. El hecho de que tú no la utilizaras y la aferraras con fuerza fue lo que me hizo pensar que deseabas lo que estaba sucediendo a pesar de tu supuesta negativa.

Katy pensó en sus palabras. Ella tampoco comprendía el origen de su placer. Solo sabía que le gustaba que la dominaran en el sexo. Fantaseaba con sentirse sometida e incluso, tal y como él afirmaba, con que la llevaran más allá de sus límites. Quizás ese era el motivo por el que todas sus relaciones sexuales habían sido poco placenteras. En muchas ocasiones ni siquiera había llegado al orgasmo, y ahora él, con unas simples palabras, había conseguido que tuviera los pechos hinchados y la humedad mojara su ropa interior. Deseaba que la tomara allí mismo; que le desgarrara la ropa, la sometiera y desoyera sus protestas. Algo estaba mal en ella.

—Me dijiste que te excitaba el sexo violento; ver cómo atan y someten a una mujer —le recordó él—. ¿Es eso cierto?

Ella afirmó avergonzada. Tenía las mejillas enrojecidas. Nunca se había atrevido a confesar sus secretos porque le parecían algo sucio y ahora se arrepentía de haberlo hecho con él.

—No te avergüences —susurró al tiempo que se acercó hasta ella. Cogió su barbilla e hizo que elevara la mirada—. No hay nada malo en ello. No hay nada que no se pueda hacer en el sexo siempre y cuando sea consensuado. Conmigo nada resultará inapropiado. Quiero cumplir tus fantasías. En eso encuentro mi placer.

—No quiero el dolor —gimió ella aún asustada.

—Al principio, cuando estabas atada, tuviste un orgasmo. ¿Lo fingiste? —Necesitaba saber si algo de lo que le había hecho le había proporcionado placer.

—No —confesó ella mortificada—. Lo del principio... me gustó. Fue... lo otro.

—¡Shhh! —La tranquilizó él con dulzura—. Fui bastante brutal porque Esteban me hizo creer que era lo que querías y el hecho de que no emplearas la campanilla me hizo también pensar que no había sobrepasado tus límites. No volverá a pasar. Eres lo más importante en mi vida. Cuando acabe contigo... me suplicarás —le prometió al tiempo que se apoderaba de su boca y procedía a demostrárselo.

Era pasada la medianoche cuando Ryan y sus hombres abandonaron la casa en dirección a la villa mediterránea en la que vivía Luca Maltesse. Julen, por fin, había descubierto la verdadera identidad de Lucifer. Era Mark, el segundo al mando de Luca, así que asaltarían la casa y matarían dos pájaros de un tiro. Se desharían de Luca y de Lucifer de una maldita vez. Y, una vez logrado, abandonaría esta maldita vida que detestaba.

En connivencia con su primo Sebastián y con la ayuda de gente como el senador Harris, que había conseguido que se aprobasen determinadas leyes que iban a facilitar que muchos de sus negocios se volvieran lícitos, solo quedaría Julen para oponerse a sus planes de abandonar esta vida que detestaba. Sin embargo, estaba seguro de que no le importaría. A fin de cuentas, quedaría como el amo y señor de la ciudad. Él, por su parte, se iría con Katy y empezarían una nueva vida. Lo había hablado con ella esa noche y había estado de acuerdo.

La casa de Luca Maltesse estaba ubicada en la cima de Westridge. Su difícil acceso le hacía creer que se encontraba a salvo de sus enemigos. La parte trasera de la casa mostraba a una terraza que se cernía sobre un cañón frente a las montañas. La parte delantera estaba protegida por una fachada amurallada. Era un iluso, cualquiera desde un helicóptero podría volarle la cabeza en el momento que se asomara al jardín, aunque no era eso lo que entraba en sus planes. No quería atraer la atención de las autoridades. Lo que él planeaba era algo mucho más sutil.

Llegaron en tres coches y descendieron en silencio frente a la mansión. Iban vestidos de negro y con armas silenciadas. Una vez desactivadas las cámaras del exterior, de lo que se encargó su experto en informática, tres de sus hombres escalaron por el muro y, en completo silencio, eliminaron a los guardias del jardín.

—Despejado —escuchó Ryan por el auricular justo antes de que se abriera la verja para que pasara junto al resto de los hombres. Había llevado un pequeño pero silencioso ejército.

Unas horas antes, un dron había sobrevolado la propiedad y había detectado doce marcas de calor. Descontando a Luca y a su amante, eso dejaba unos diez hombres. Cuatro custodiando el jardín y seis dentro de la casa. Era preciso actuar con rapidez si no querían acabar en un baño de sangre.

Dio indicaciones a sus hombres y estos se desplegaron por el jardín para cubrir las dos entradas de la casa. Sabía que por lo menos había un par de hombres en cada una de ellas; una vez eliminados solo quedarían cuatro más. A una señal de Ryan, entraron a un mismo tiempo. Apenas se oyeron los disparos. Sin embargo, el sonido de las puertas reverberó por toda la vivienda, lo que sin duda alertó a los cuatro hombres que aún quedaban. Subió las escaleras a toda velocidad, aunque no con la suficiente rapidez, por lo que tuvo que refugiarse en el momento que una lluvia de balas cayó sobre ellos. Se intercambiaron disparos durante unos minutos, hasta que por el ruido en el piso superior, se dio cuenta de que su plan de enviar a Steven para que escalase la terraza había funcionado. Mientras ellos les distraían, su segundo al mando había entrado por una ventana del piso superior y había disparado por detrás a los hombres de Luca.

—Puede subir, jefe —oyó como le informaba.

Abandonó el punto de la escalera donde se había refugiado e hizo un gesto a los hombres que permanecían junto a él para que avanzaran.

—¿Y Luca y Mark? ¿Dónde están? —preguntó al llegar junto a Steven.

—Se han refugiado en el cuarto con la chica.

—Perfecto. Esto se acaba aquí y ahora.

Se dirigieron a la habitación. Dos hombres abrieron la puerta de una patada y se adentraron mientras rodaban para esquivar las balas. Les siguieron Ryan y sus hombres, y se produjo un intercambio de disparos que terminó con Luca y Mark en el suelo y la mujer chillando aterrorizada, hecha un ovillo debajo de la cama.

—Eres un cabrón —susurró Luca entre estertores de sangre, al tiempo que se tocaba el vientre en un intento de detener la herida.

Ryan se agachó a su lado y le miró con frialdad. Le odiaba, igual que había odiado a su propio padre. Despreciaba a esos hombres. Le repugnaba haberse convertido en uno de ellos porque al final lo habían conseguido. Era igual. Por ello, en ese momento, no sentía ningún remordimiento ni malestar por todas las vidas que acababa de segar. Si fuera otro hombre quizás se avergonzara de lo que acababa de hacer, sin embargo, no podía; al contrario, sabía que era su única opción. Eran ellos o él.

Miró el cadáver de Mark, quien ahora sabía que era Lucifer. Lamentaba que hubiera muerto tan rápido y dejara tantas incógnitas.

—Aquí tienes a Lucifer, ¿lo sabías? —le preguntó a Luca al tiempo que señalaba el cadáver de su segundo.

Luca abrió los ojos de forma desmesurada, boqueó en busca de aire y murió, dejándole con la incógnita de si su expresión de sorpresa había sido por descubrir quién era Lucifer o porque él lo supiera.

Apenas amanecía cuando Ryan abrió la puerta del despacho. Estaba cansado, llevaba toda la noche en vela. Tras lo sucedido en la mansión de Luca había llamado al equipo de limpieza para que hiciera desaparecer los cadáveres. No podía permitirse que la policía descubriera lo que había pasado.

No había matado a la amante de Luca. No había hecho falta, la mujer sabía lo que le convenía. Un cheque con una cantidad importante y le había faltado tiempo para hacer las maletas a toda velocidad. En caso de que alguien se atreviera a denunciar la desaparición de Luca o de alguno de sus hombres, cosa que dudaba, no encontrarían en la casa ninguna prueba del crimen. Ni cadáveres, ni balas... nada.

De repente, se sorprendió al encontrar a Julen sentado en su propia silla al otro lado del escritorio. Hizo un gesto para coger el arma que portaba pero se detuvo al ver que Julen elevaba la suya y le apuntaba al pecho.

—Pasa y siéntate —le ordenó mientras le hacía un gesto con la pistola para que se sentase frente a él.

—¿Cómo has entrado? He doblado la seguridad ¿cómo has podido entrar sin que te vean? —Ryan sentía una mezcla de sorpresa, rabia y decepción, tal vez consigo mismo, por no haber previsto algo así.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Julen rio, detuvo su risa con la misma brusquedad con la que la había iniciado y su cara se convirtió en una mueca irónica—. Entro y salgo de esta casa cuando quiero. No tienes ni puta idea. Vengo a buscar lo que es mío.

—¿De qué coño me hablas? ¿De Kimberly? Nunca ha sido tuya.

—Ahí es donde te equivocas. Es más mía que tuya. Sin mí no estaría con vida.

—¿De qué coño hablas?

—No te enteras de nada —replicó Julen con frialdad sin dejar de apuntarle con el arma—. Fui yo el que salvó a Katy cuando Scott intentó matarla.

Ryan enmudeció ante sus palabras. ¿Cómo era posible lo que Julen afirmaba? ¿No había sido Mark, el lugarteniente de Scott, el que se hacía pasar por Lucifer, el que había salvado a Katy aquella noche?

—No sé a qué demonios estás jugando. Estoy seguro de que Katy se hubiera dado cuenta si la persona que le salvó la vida aquella noche hubieras sido tú —afirmó sin tratar de rebatir la identidad de Kimberly. No tenía sentido negarlo cuando estaba claro que él sabía quién era ella.

—Pobre Katy. No me reconoció —afirmó Julen con sorna—. Está claro que el dinero que invertí en la cirugía estética mereció la pena.

—¿Cirugía estética? ¿De qué hablas?

Hasta ese momento siempre le había parecido que Julen era una persona cuerda, si bien en ese momento empezó a plantearse si estaría equivocado.

—¡Ahhh! Claro. No me daba cuenta, perdona. —Su voz sonaba compungida—. Se me había olvidado explicarte. No soy Julen Cabana.

—¿Qué te has tomado? —Ryan había perdido por completo la paciencia—. Cuando acabes con tus fantasías podrías explicarme de una puta vez de qué va todo esto.

—Ryan, Ryan —le reprendió como si hablara con un niño—. Te lo estoy explicando y no me escuchas. A Julen le pasó lo mismo, el pobre tardó en comprender.

—Si no eres Julen, ¿quién cojones eres y dónde está el verdadero Julen? —demandó furioso.

Empezó a pensar en lo que sabía sobre Julen Cabana. En realidad, hasta hacía unos cinco años ni siquiera lo conocía. Había oído hablar de él. Todo el mundo conocía la historia. El hijo homosexual de Giorgio Cabana. Su padre se avergonzaba de él, pero no quería verlo muerto, así que lo había desterrado a otro país. Recordó que años antes de que el propio Giorgio muriese, Julen regresó como el hijo pródigo. Renegó de su homosexualidad y comenzó a ayudar a su padre en los negocios con tanto éxito que este pronto le puso al frente. A Ryan siempre le había parecido que más que homosexual era bisexual. Visitaba a menudo El Edén. Si este no era Julen, ¿Dónde estaba el verdadero y quién coño era aquel que tenía enfrente?

—¡Por fin una pregunta inteligente! —exclamó Julen con alborozo—. Mi nombre es Mark Price. Después de lo que hice por Katy, mi amistad con Scott se fue al traste. Nunca terminó de creer que Erick había intentado matarlo, que le había eliminado para ayudarle y que me había cargado yo solo a Katy. No obstante, el hecho de que apareciera un cadáver le impidió afirmar con seguridad que le había traicionado. Sin embargo, eso jodió mis planes, me apartó de su lado y tuve que recurrir a Julen para acercarme a ti.

—¿De dónde sacaste un cadáver de mujer para hacerlo pasar por Katy? —Era algo que nunca había comprendido.

—Fue fácil. Era la dueña de la casa en la que me alojaba. Me vino bien deshacerme del cadáver. Llevaba unos días muerta y ya olía. La metí en el coche, le prendí fuego y la tiré por el barranco.

—¿No analizaron el ADN o comprobaron la dentadura para identificarla?

—La verdad es que no se molestaron. Era el coche de Katy. Le puse las joyas que ella llevaba y lancé el bolso con la documentación por el barranco. No tardaron en encontrarlo, así que ni

siquiera se le hizo la autopsia. Ya ves... llevas años velando la tumba de una desconocida —le espetó con una risa burlona.

Ante la mirada de asombro de Ryan, matizó sus palabras:

—¿Crees que no sé que todas las veces que has ido a visitar la tumba de tu padre lo has hecho con la intención de verla a ella? ¡Eres patético! —añadió con desprecio.

Empezaba a comprender que las mentiras de Julen iban más allá de lo que él mismo había sospechado. Todas sus teorías se esfumaron y se dio cuenta de que en realidad no tenía ni idea de quién era la persona que tenía frente a él ni lo que pretendía, si bien estaba claro que era algo personal aunque todavía no comprendía por qué.

—Dices que lo de Katy te jodió los planes. ¿Qué planes y cómo recurriste a Julen? ¿Le conocías? ¿Dónde está?

—¡Cuántas preguntas! —exclamó Julen con una sonrisa—. Te lo explicaré. Cuando se jodió lo de Scott por salvar a Katy, me di cuenta de que tenía que llegar a ti por otra vía.

—¿Llegar a mí?

—Sí. A ti —afirmó con odio en la mirada—. Todo lo que hice fue para eso. Ahora me arrepiento de haber salvado a esa puta, ¡para lo que me lo ha agradecido...! Como te decía, convertirme en Julen fue más fácil de lo que imaginaba. El pobre se sentía tan solo... Rechazado por su propio padre. Antes de matarlo se lo expliqué porque era un poco corto de entendederas. No comprendía que su padre en realidad le quería. El suyo no era cómo el nuestro. ¿Tú qué crees, Ryan? ¿Qué te hubiera hecho nuestro padre si hubiera pensado que eras maricón? ¿Te hubiera desterrado como a Julen o te hubiera rajado la garganta?

Ryan no respondió. No podía. Las palabras de Mark, o cómo demonios se llamase, le retumbaban en la cabeza.

«Nuestro padre» había dicho.

—¿Por qué has dicho... *nuestro* padre? —preguntó al fin cuando logró salir del estupor en el que estaba sumido por sus palabras.

—Porque lo es. El cabrón de Stefano Sposito también era mi padre. Lo mataste y me quitaste el derecho a hacerlo yo mismo y por eso lo vas a pagar.

Ryan le miró sin comprender la mente tortuosa que se hallaba frente a él. ¿Le estaba recriminando haber matado a su propio padre porque quería haberlo hecho él mismo en su lugar? Estaba como una puta cabra.

—El cabrón de Stefano Sposito se encaprichó de mi madre un día que la vio caminando por la calle —le explicó con desprecio—. Apenas era una cría que no tenía ni idea de este mundo. Se dirigía al instituto ignorante de haber despertado los deseos de un animal. La secuestró y la violó hasta que la dejó embarazada, y cuando se cansó la llevó a uno de sus prostíbulos y a mí con ella. En lugar de crecer rodeado de privilegios, como tú, lo hice rodeado de putas y proxenetas.

—No tengo ni idea de la clase de infancia que has vivido, pero te puedo asegurar que vivir con nuestro padre no fue ningún privilegio —replicó Ryan, que aún estaba tratando de asimilar que ese hombre era su hermano.

—Mi madre acabó muerta de una sobredosis, pero a mí no me permitieron irme. Ya te imaginarás lo valioso que es un niño en esos sitios —le confesó con mirada de odio—. Cuando tenía diez años, una compañera de mi madre me contó toda la historia y me ayudó a escapar del prostíbulo para que encontrase a mi tía. Era su única familia. Cuando la localicé parece ser que llevaba años buscando a su hermana. Me acogió y, cuando le conté por todo lo que había pasado, estuvo de acuerdo conmigo en que debía vengarme.

—¿Vengarte? ¿Me estás diciendo que tu tía estuvo de acuerdo con un niño de diez años en que lo mejor era la venganza? ¿No hubiera sido más apropiado acudir a la policía?

En ese punto Julen comenzó a reírse, no con una risa alegre o sarcástica, sino con una risa persistente con un punto de locura que le hizo comprender que su hermano no estaba en sus cabales. Después de un rato, la risa se fue apagando y volvió a mirarle con odio y rabia.

—Sabes de sobra que no hubiera servido de nada acudir a la policía. Me matriculé en el mismo instituto al que ibais Scott y tú para llegar a ti a través suyo.

—¿Y por qué no te acercaste a mí en primer lugar en vez de a Scott?

—Porque no quería arriesgarme a que el cabrón de nuestro padre supiera quién era yo. Aún no me había hecho la cirugía estética y me parecía demasiado a mi madre. Corría el riesgo de que se diera cuenta de quién era yo. Pero todos los planes se jodieron la noche en la que Scott me llevó para que le ayudase a eliminar a Katy. Cuando la vi y supe que era tu padre el que quería que muriera, no pude hacerlo. Era como si la historia de mi madre se repitiera. Ese cabrón se creía que podía disponer de la vida de cualquiera. Decidí que me aseguraría de que viviera. La ayudé a que tuviera otra identidad, lo que nunca imaginé es que la encontrarías.

—Julen... —comenzó a decir, sin embargo, no pudo continuar ya que este le interrumpió con un grito.

—¡Mark! ¡Te he dicho que me llamo Mark! ¡Julen era un maricón de mierda y por eso está muerto, como pronto lo estaréis tú y esa zorra desagradecida!

—Está bien, Mark, tranquilízate. Dime con exactitud qué es lo que quieres.

—¿Qué es lo que quiero? Pronto lo vas a averiguar.

—No vas a poder salir de esta casa —le advirtió con rudeza—. No sé cómo lo has hecho para entrar sin que te vean, pero puedo asegurarte que en cuanto cruces esa puerta mis hombres te detendrán.

—Por eso no vamos a salir por ahí.

Sin dejar de apuntarle, se acercó a la chimenea, palpó la pared del interior del tiro, se oyó un chasquido y, ante la mirada asombrada de Ryan, el fondo de la chimenea se desplazó a un lado dejando a la vista un túnel.

—¡Encontraste los túneles de la casa! ¿Cómo lo sabías?

Mark no contestó, se limitó a hacerle un gesto para obligarle a entrar delante de él y, una vez en el interior, le fue indicando el camino que quería que siguiera. Ryan comprobó con asombro que los túneles recorrían la mansión entera.

—He estado entrando y saliendo de esta casa y no os habéis enterado de nada. Sube —le ordenó cuando llegaron a unas escaleras.

Subieron los escalones y cuando llegaron al final vio que el camino se bifurcaba. Le indicó la derecha. Caminaron unos diez metros hasta que le hizo detenerse con un gesto. Pulsó en un lateral de la pared y esta se deslizó con un sonido seco para mostrar su propio dormitorio. Ryan endureció la mandíbula con rabia al comprender que los planes de Mark incluían a Katy.

—¡Déjala en paz! ¡Ella no tiene nada que ver!

—Ella es una zorra. Debería estar agradecida de que le haya salvado la vida. En vez de eso, prefiere revolcarse contigo. ¡Entra!

Ryan entró y respiró aliviado al comprobar que el cuarto estaba vacío. El sonido del agua corriendo le hizo comprender que ella debía estar en la ducha.

—Ponte cómodo —le ordenó Mark con voz seca—. Vamos a esperar.

Le hizo un gesto para indicarle que se sentara en el sofá que había junto a la cama y se situó

frente a él. Permanecieron en silencio mientras sonaba el grifo de la ducha. Cuando cesó el sonido del agua, Mark se situó detrás de la puerta del baño y le hizo un gesto a Ryan para que se mantuviera en silencio. Este le hizo caso porque sabía que en caso de enfrentamiento ella podría resultar herida. Era mejor seguirle la corriente hasta que supiera con exactitud lo que pretendía.

Katy, ajena a lo que sucedía en ese momento en el cuarto, salió del baño envuelta en una toalla. Dio un respingo al encontrarse a Ryan sentado en la cama y, antes de que pudiera procesar lo que ocurría, una mano obstaculizó su boca al tiempo que una voz ronca le susurraba al oído:

—No emitas ni un sonido o te vuelvo la tapa de los sesos.

Al instante reconoció la voz de Julen. Miró a Ryan a los ojos y este le hizo un gesto para que se mantuviera tranquila. Cuando Julen estuvo convencido que no gritaría, retiró la mano de su boca y retrocedió unos pasos para observarla.

—Vamos a dar un paseo los tres. Será mejor que te vistas —le ordenó. Ella se giró frente a él y le miró dubitativa—. Si no te vistes, te llevaré en toalla... o desnuda, como tú prefieras.

Ella enrojeció avergonzada y se acercó a uno de los cajones para sacar la ropa interior. Se giró hacia él y le preguntó:

—¿Puedo ir al baño a vestirme?

—No —afirmó él con una sonrisa—. Vístete aquí.

Ryan intentó no mover un músculo pese a que hubiera deseado lanzarse sobre Julen o Mark o cómo demonios se llamase y partirle la cara. No obstante, sabía que en ese momento lo más inteligente era no hacer nada, así que se obligó a mantenerse indiferente.

Katy trató de ponerse las bragas y el sujetador discretamente, sin quitar la toalla, mientras Julen la contemplaba con una sonrisa malvada. Cogió una camisa del armario junto a unos pantalones y se vistió como pudo. Se ajustó los pantalones con un cinturón y cuando hubo acabado se quitó la toalla.

—¡Qué decepción! —exclamó Julen—. Aunque, querida, ya lo vi todo el otro día en El Edén. Ryan se olvidó de mencionarte que el cuarto en el que estabas tiene un espejo que permite ver todo lo que ocurre desde un lugar adyacente.

Ante sus palabras, Ryan se levantó con furia e hizo amago de lanzarse contra él, sin embargo, no tuvo tiempo de hacer nada ya que este le vio por el rabillo del ojo, cogió a Katy por el brazo y la empujó contra su pecho al tiempo que le ponía el arma en la cabeza.

—Si fuera tú me lo pensarías antes de hacer nada; se me podría escapar el dedo sobre el gatillo.

Ryan trató entonces de calmarse y volvió a sentarse en la cama

Ponte los zapatos —ordenó a Katy mientras la lanzaba de un empujón contra Ryan y se situaba enfrente, apuntándoles a ambos. Abrió la puerta del armario sin quitarles la vista de encima y cogió los primeros zapatos que encontró. Los lanzó hacia ella y esperó a que esta se calzara.

—¿Qué pretendes? —inquirió Ryan—. ¿Vamos a salir por los túneles?

—¿Los túneles? —preguntó ella con sorpresa—. ¿Existen de verdad?

No habían sido capaces de encontrarlos cuando eran niños, así que habían llegado a la conclusión de que se trataba de una leyenda urbana, pero las palabras de Ryan confirmaban que Julen los había encontrado. En ese momento se fijó en un panel de la pared que permanecía entreabierto y al que no había prestado atención hasta entonces. Julen les hizo un gesto para que se introdujeran por el mismo delante de él. Ryan tomó la mano de Katy y cruzó el hueco de la pared.

—¿Por dónde? —preguntó desde el otro lado.

—Sigue recto —le ordenó Julen, que le seguía por detrás de Katy—. Te avisaré cuando tengas que desviarte.

Retrocedieron por el mismo camino que habían atravesado para llegar desde el despacho. Bajaron las escaleras y cuando llegaron a la abertura de la chimenea les hizo continuar por un camino a la derecha en el que Ryan no había reparado la vez anterior. Descendieron por unas escaleras durante unos cuantos metros. Estaban bajo los cimientos de la casa. Se sorprendió al llegar a una gran oquedad que, a su vez, desembocaba en otro pasillo que se perdía en la oscuridad. Estaban abandonando la propiedad. ¿Hasta dónde llegaba el túnel? Estaba seguro de que pronto lo averiguarían.

Llevaban más de quince minutos caminando y parecía que el túnel no tenía final. Hacía ya mucho que habían abandonado la propiedad. A Ryan le parecía increíble que ni él ni Katy hubieran sido capaces de localizar los túneles y, sin embargo, Mark los conociera. ¿Cómo era posible? Cierto era que siempre se lo habían tomado como un juego de niños. Ya de adolescentes era algo que habían relegado al olvido y habían acabado por no dar credibilidad a su existencia. Aun así, no comprendía cómo él había sido capaz de localizarlos

—¿Cómo descubriste la existencia de los túneles?

—Sigue caminando —le instó Mark sin dejar de apuntarle con el arma—. Ya estamos llegando.

—¿A dónde?

—Al final del camino.

Cinco minutos después encontraron otras escaleras que conducían a una trampa.

—No está cerrada. Subid —les ordenó.

Abrieron la trampa, la atravesaron y se encontraron con lo que parecía un cobertizo.

—¿Y ahora qué? —Ryan situó a Katy a su espalda para protegerla. No le gustaba nada la situación, pero necesitaba hablar con su supuesto hermano y prolongarla un poco más para descubrir lo que pretendía hacer con ellos.

—Ahora es donde tú mueres —sentenció Mark levantando el arma hacia él.

—Sé que eres Lucifer —Katy le miró extrañada. ¿Quién era Lucifer?

Mark parecía asombrado, pero al instante se recompuso y soltó una carcajada.

—Así que ya sabes quién soy. Ya era hora. Tardaste mucho en averiguarlo.

—Lo que no entiendo es por qué me engañaste para presentarte ahora en mi casa y confesarlo todo.

—Porque esperaba que murieras en esa pequeña incursión tuya.

—Me infravaloraste.

—Sí. Supongo que me confié. Llevo años riéndome en vuestra cara. Apropiándome de todos vuestros negocios. Y no tenáis ni puta idea —se regocijó ante sus propias palabras.

—Al final no me contaste cómo llegaste a convertirte en Julen.

Katy le miró horrorizada. Si ese no era Julen, ¿quién era?

—Me resultó muy fácil. El gilipollas ni siquiera tenía protección. Era un puto maricón desesperado por un poco de afecto. No me costó acercarme a él. Solo hicieron falta unas cuantas mamadas y ya estaba viviendo en su casa. Tuve que soportarle durante unos meses. Necesitaba estudiar sus hábitos, sus gestos. Cuando ya estuve seguro de poder imitarlo, le liquidé. Contraté un cirujano plástico para parecerme a él y bordé el papel de hijo pródigo. Su padre estaba tan desesperado por tener un heredero que aceptó todas las mentiras que le conté. En cuanto me follé a las primeras putas y rajé unas cuantas gargantas, ni se planteó la posibilidad de que no fuera su hijo. Si alguna vez dudó, no le importó.

Permaneció en silencio durante unos segundos, como rememorando aquellos momentos, lo que le dio a Ryan la oportunidad de abalanzarse sobre él para intentar arrebatarle el arma. Forcejearon durante unos segundos hasta que un disparo retumbó en el aire. Un grito escapó de la garganta de Katy, que se había quedado paralizada por el miedo y no había sido capaz de

reaccionar. Mark y Ryan se miraron durante unos segundos a los ojos hasta que, poco a poco, este último se deslizó al suelo mientras una mancha carmesí empapaba su camisa. Mark se apartó de él y este cayó derrumbado al suelo. Eso sacó a Katy de la inmovilidad en la que estaba sumida y se lanzó hacia Ryan entre gritos desesperados.

—¡No! ¡No!

—¡Déjalo! —le ordenó Mark. Tiró de ella y la obligó a avanzar junto a él.

—Mark —gimió Ryan desde el suelo—. Déjala ir

Al oír el nombre por el que se dirigía a él Katy le miró sorprendida. Mark se rio y volvió a adoptar un aire condescendiente:

—Te di una oportunidad. Permití que tuvieras otra vida lejos de él y, aun así, aquí estás. ¡No mereces vivir!

—¡Qué dices! —farfulló ella mientras le miraba sin comprender—. ¿De qué me hablas?

—Soy Mark. El mismo que te salvó la vida hace trece años. Me la jugué por ti y al final no sirvió de nada. Volviste con mi hermano.

Katy no daba crédito a sus palabras. ¿Mark? ¿El Mark que la había salvado de Scott? ¿El que había fingido su muerte? ¿Y de qué hermano le hablaba?

—Ryan es mi hermano —le aclaró a la vez que la arrastraba fuera del cobertizo—. El cabrón de mi padre secuestró a mi madre y la violó hasta que se cansó de ella y nos abandonó a ambos en un prostíbulo. Si no hubiera sido por mi tía, jamás le hubiera encontrado.

—¿Tu tía? ¿Qué tiene que ver tu tía en todo esto?

—Todo. Ella me ayudó a realizar todos mis planes. Por ella supe que el cabrón de Ryan había matado a nuestro padre.

—¿Qué dices? ¡Estás loco! —exclamó Katy en un jadeo ahogado.

—No está loco. —Una voz femenina a su espalda la descolocó aún más. La tía de Mark les esperaba al pie de un vehículo pistola en mano. Horrorizada, vio como Mark se acercaba a la mujer y la abrazaba.

—¡Estáis locos! —gimió al comprender que no iba a salir de allí con vida.

—¿Y Ryan? —inquirió la tía.

—Le he disparado —respondió él con desagrado—. No era lo que tenía planeado. Quería que sufriera. Se enfrentó a mí por el arma, se disparó y le dio en el estómago. Está ahí desangrándose. —Señaló hacia el cobertizo.

—Entonces ten por seguro que sufrirá —replicó ella—. Con un disparo en el estómago se pueden tardar horas en morir. ¿Qué quieres hacer con esta?

Ambos miraron a Katy sin decir nada. Ella empezó a temblar. No sabía lo que Mark tenía planeado para ella, pero por la forma en la que la miraba estaba segura de que no era nada bueno.

—Creo que me voy a divertir un poco con ella antes de matarla.

Sin darle tiempo a acabar sus palabras, Katy echó a correr, aunque Mark no tardó en alcanzarla. Comenzó a luchar mientras él trataba de forzarla para que entrara al vehículo. Al ver que no era capaz, la golpeó en la sien, lo que provocó que se desmayara y así pudo subirla al asiento trasero del coche.

—Sé que quieres que sufra —le dijo su tía—, sin embargo, me parece muy arriesgado dejar a Ryan con vida. Déjame que entre y le remate.

—Está bien, tía. Te espero.

—No. Será mejor que te alejes ya. Esta carretera está bastante transitada. No nos interesa que nadie sospeche.

—Está bien. ¿Qué harás con el cadáver?

—Lo dejaré allí mismo.

—¿Y si la policía encuentra los túneles?

—Pensarán que los usó él mismo. No te preocupes. No lo vincularán con nosotros.

Mark abrazó a su tía. Se subió al coche y arrancó con una gran sonrisa. Todo estaba saliendo perfecto. Una vez eliminados Luca y Ryan, se apoderaría de todos sus negocios. Nadie se atrevería a enfrentarse a Lucifer.

En el asiento trasero Katy iba recuperando poco a poco la conciencia y comprobó que se habían alejado del granero. Miró a su alrededor buscando algo, lo que fuera, para golpear a Mark e impedir que la llevara al lugar donde con toda seguridad la mataría después de violarla o quién sabe qué. Lo que tenía claro era que no iba a dejarse llevar a ninguna parte. Por más que miró alrededor no encontró nada que pudiera usar como arma. Angustiada, pensó en qué posibilidades tenía, así que optó por lo único que se le ocurrió. Con mucho cuidado, se soltó el cinturón de los pantalones, lo sostuvo con ambas manos y con rapidez se lanzó para rodear con él el cuello de Mark, se apuntaló con los pies en el respaldo delantero y tiró con fuerza.

Mark trataba de liberarse y sujetar el volante a la vez. Iban cuesta abajo y el coche comenzó a adquirir velocidad. Antes de que ninguno pudiera darse cuenta de lo que ocurría, se salió en una curva y cayó por el barranco. Katy tuvo una sensación de *déjà vu* como si ese fuera su destino.

Su último pensamiento fue para Ryan y lamentó no haberle dicho cuánto le amaba.

Sebastián miró asombrado la cantidad de gente allí reunida. Era increíble la multitud de fans que habían acudido para dar el último adiós a Kimberly Swan. Ninguno de ellos la había conocido en persona. Ni siquiera la habían visto jamás y allí estaban, afectados como si se hubiera muerto alguien de su propia familia.

Una chica se desmayó y tuvo que ser atendida por personal sanitario. De todos los presentes solo su mánager y él habían llegado a conocerla en persona. Sebastián esperó a que terminara la ceremonia y a que se fueran todos los fans. Alguno de ellos se retrasó todavía unos minutos rezando y llorando frente a la tumba, hasta que al final solo quedaron Mike y él.

—Lo siento —le dijo al mánager cuando se acercó hasta él—. Me han pedido que le haga entrega de una cosa.

—¿Quién es usted? —murmuró el hombre con voz rota sin tomarse la molestia de mirarle—. ¿Un admirador?

—No. Tengo un encargo de Kimberly.

—¿Quién me ha dicho que era? —Abrió los ojos sorprendido.

—No se lo he dicho —respondió el primo de Ryan—. Kimberly me pidió que, si algún día le pasaba algo, le entregara esto.

Mike miró con recelo el sobre que el hombre le tendía. Se dio cuenta que, a pesar de que no le conocía, le recordaba a alguien. Moreno, de ojos oscuros. Muy alto. Debía rondar el metro noventa y delgado como un junco. Se movía con una leve cojera. Juraría que no lo había visto jamás, sin embargo, quizás fue su subconsciente el que hizo que su mirada vagara por el cementerio hasta detenerse en una lápida reciente. Sabía que le habían enterrado esa misma mañana y fue entonces cuando lo dedujo:

—Pertenece a la familia Sposito —afirmó en tono acusatorio sin hacer ademán de coger el

sobre.

—Soy Sebastián Caruso, primo de Ryan.

—Está muerta por su culpa —escupió Mike con rabia.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. Los dos están muertos por culpa de un loco y no hay nada que podamos hacer. Ahora, por favor, coja el sobre.

—¿Qué contiene?

—Poco antes de su muerte me hizo llegar un poder para que redactase los documentos correspondientes. Me he limitado a hacer caso de su voluntad.

No dejaba de mirar lo que le tendía como si fuera una serpiente venenosa. Sebastián lanzó un suspiro cansado. Era evidente que el hombre desconfiaba de él aunque no hubiera motivo para ello, así que decidió tranquilizarle:

—Son los derechos sobre sus canciones.

—Pero... —farfulló Mike—. Eso... vale una fortuna.

—Cójalo, entonces. Eso es señal de lo mucho que le apreciaba.

El mánager tomó el sobre con manos temblorosas. Lo abrió y, al comprobar su contenido, comenzó a llorar en silencio. Sebastián se alejó de allí. Su misión había terminado. Qué diferente había resultado este entierro comparado con el de su primo. Solo Steven, Mary, Teresa y él mismo habían estado presentes. Tras la muerte de Luca Maltesse, de Julen y del propio Ryan, la organización había acabado descabezada. Los hombres de cada familia habían comenzado una lucha de poder. Sin embargo, Sebastián no entraría en ella. Le vendería los negocios al mejor postor y se iría. Esa no era su lucha.

—¿Has acabado? —La voz Wendy a su espalda lo devolvió al mundo real.

Se giró para ver a la que pronto sería su exmujer, que le miraba con cara de fastidio. Todavía no comprendía cómo se había dejado convencer para que hiciera este viaje con él. Por fuera era preciosa, alta y escultural como una modelo, con una larga melena rubia y unos impresionantes ojos azules, pero por dentro era una persona horrible. Él mismo lo había averiguado y ya no deseaba tener a alguien como ella a su lado.

—Todavía no entiendo qué haces aquí, Wendy —comentó con desprecio—. Lo único que quiero es que firmes el puto acuerdo y te largues de mi vida.

—¿Para que puedas buscar a esa furcia que te ha abandonado y se ha largado con tu hijo? —replicó ella con amargura, a la que siguió una mueca sarcástica—. Eso si es que ese mocoso es tu hijo.

Eso fue más de lo que estaba dispuesto a tolerar. Había aceptado que le acompañase porque le había jurado que después de ese viaje firmaría el acuerdo que les separaría de forma definitiva. Eso le debía haber hecho creer que podía hacer y decir lo que quisiera. Quizás era el momento de recordarle con quién estaba hablando. Se cernió sobre ella con rapidez. La cogió por el cuello y comenzó a apretar hasta que comenzó a ponerse azul.

—El hecho de que haya soportado tus exigencias todo este tiempo —le susurró al oído—, quizás te ha llevado a creer que soy débil. Quizás yo haya perdido la memoria, pero tú deberías saber muy bien con quién estás jugando. No tenía pensado matarte. Sigue haciéndote la difícil y quizás cambie de opinión.

La soltó, dejándola caer de rodillas al suelo sin resuello mientras le dedicaba una mirada llena de odio y se tocaba el cuello que le ardía. Él tenía razón. Había tensado demasiado la cuerda. Se dio cuenta de que lo mejor era firmar el acuerdo para dejarle libre de ir a buscar a esa zorra. Por más que se estrujaba el cerebro no era capaz de recordar qué aspecto tenía la buscona. Sabía que

había estado un tiempo en la casa cuando él había vuelto del sanatorio, sin embargo, por más que se esforzaba no lograba acordarse de sus rasgos. Era una simple criada. Rara vez las miraba a la cara, aunque en ese momento lamentaba no haberlo hecho; por lo menos, sabría qué aspecto tenía.

—Cuando volvamos al hotel firmarás el acuerdo y no volveré a verte en mi puta vida —le ordenó Sebastián—. Estoy siendo muy generoso. Vas a llevarte una fortuna, así que no finjas que me amas. No te pega, Wendy.

—No. Tienes razón —reconoció ella con la voz ronca por el esfuerzo. Le dolía la garganta y con toda seguridad dentro de unas horas tendría moretones en el cuello—. Nunca te he amado. Eres un cerdo y un hijo de puta. Y la zorra esa tampoco te ha amado jamás. ¿Quién podría hacerlo si eres un cabrón sin sentimientos? —escupió ella con furia.

No se molestó en contestarle. A fin de cuentas... tenía razón. Era un cabrón sin sentimientos. A pesar de no recordar nada de lo sucedido en su vida antes de abrir los ojos en aquel sanatorio hacía ya seis años, todo el mundo que le conocía de antes se lo había dicho. No le importaba nada ni nadie, así que no tenía motivos para dudarle. El hecho de que su mujer le hubiera abandonado cuando tuvo el accidente que le había producido la pérdida de memoria se lo había confirmado. Quizás hasta se había sentido aliviada al verse libre de él. Lo que no comprendía era por qué ella había vuelto a trabajar a la casa, por qué se había hecho pasar por una criada. Se le había escapado ya en tres ocasiones, así que se juró que cuando volviera a encontrarla no le permitiría huir de nuevo.

—Vamos, Wendy. Te llevaré al hotel para que firmes el acuerdo. Luego cogerás un avión y espero no volver a verte en mi vida.

—Está bien. Ya estoy un poco cansada de esta ciudad.

—Nadie te pidió que me acompañaras.

—Pensé que iríamos a alguna fiesta —afirmó con un mohín de disgusto.

—¡Joder! ¡Hemos venido a un puto funeral! No me puedo creer que lo digas en serio. Vamos, estoy deseando que desaparezcas de mi vida.

Wendy le siguió con altanería. Era un cavernícola. Si no fuera tan rico ni se hubiera planteado casarse con él. Había pensado que si se negaba a firmar los papeles sería más generoso, pero había tensado demasiado la cuerda. Lo mejor sería acabar y olvidarse de él. Ojalá nunca encontrara a la zorra esa que le había abandonado. Se lo tenía merecido.

Al día siguiente.

—Si les parece bien, podemos comenzar.

Steven, Mary, Teresa y Sebastián, los únicos presentes en el cuarto, además del notario, asintieron y se prepararon para escuchar el testamento de Ryan. Muy pronto a Sebastián le quedó claro que no habría ninguna sorpresa. Su primo le había dejado a él la titularidad de todas sus propiedades, además de una cuantiosa fortuna, y tanto a Mary como a Steven y a Teresa les había dejado una cantidad que les permitiría vivir sin tener que trabajar el resto de su vida si así lo deseaban.

—No me lo esperaba —murmuró Mary consternada una vez terminada la reunión. Todavía se la veía afectada después de asistir durante la mañana al entierro de Ryan.

—A mí no me extraña —reconoció Sebastián—. Mi primo siempre te ha apreciado. ¿Podrías esperar aquí mientras despido al abogado? Quiero hablar contigo de algunas cuestiones.

—Sí, sí —aceptó ella con una sonrisa temblorosa—. No tengo ningún lugar a dónde ir.

Mientras Sebastián despidió al abogado y acordaron volver a reunirse para llevar a cabo los términos del testamento, Teresa volvió a la cocina y Steven se acercó para hablar con él:

—Me gustaría comentarle que me iré una vez resuelto el tema del testamento.

—Ya lo suponía, Steven. No hay problema. He venido con mis propios hombres, así que en realidad no te necesito. Solo quisiera, si me lo permites, darte un pequeño consejo:

—Aléjate de esta vida. Aprovecha la pequeña fortuna que te ha dejado mi primo y ve a otra ciudad. Comienza de nuevo.

Steven le dedicó una sonrisa y asintió al tiempo que extendía su mano. Sebastián se la estrechó a sabiendas de que en realidad no le haría caso, aunque esperaba equivocarse. Se despidió de él tras confirmarle que se aseguraría de que el notario le hiciera llegar el dinero de la herencia y volvió al despacho, donde le esperaba Mary sentada en uno de los sofás.

—Gracias por esperar, Mary. Me gustaría que habláramos del futuro de esta casa y de toda la gente que trabaja en ella.

—Sí, es verdad —exclamó ella aún aturdida—. ¿Qué va a hacer con la mansión? ¿La va a conservar?

—No, voy a venderla. No obstante, me encargaré de que todo el personal cuente con las referencias necesarias para encontrar otro empleo, además de una indemnización que les permitirá vivir hasta entonces. Lo que me gustaría pedirte es que te quedaras en la casa hasta que la venda. Mi primo dependía de ti para su gestión y, la verdad, no me veo capaz de hacerme cargo sin tu ayuda.

—¿Y Teresa?

—Con Teresa hablaré luego, sin embargo quería hablar primero contigo.

—He vivido tantos años en esta casa que estoy segura de que la echaré de menos. No se preocupe, me quedaré hasta que ya no me necesite —le aseguró mientras se limpiaba con un pañuelo. Tenía los ojos rojos por todas las lágrimas derramadas.

—Te lo agradezco. Voy a liquidar todos los negocios de mi primo. Me quedaré el tiempo necesario y luego volveré a mi casa.

—Lucifer se apropiará de todos los negocios —exclamó Teresa, que en ese momento se

asomó por la puerta del despacho, que permanecía abierta.

—¿Qué sabes tú de Lucifer? —Sebastián se mostró sorprendido ante sus palabras.

—He vivido en esta casa demasiado tiempo como para no enterarme de nada. Tanto Mary como yo sabemos quién es y lo que pretende.

—Yo no me preocuparía demasiado por Lucifer. Está muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo es posible? —preguntó Mary con sorpresa—. Si nadie sabe quién es en realidad ni dónde se encuentra. ¿Cómo puede asegurar que está muerto?

—Mi primo me lo contó antes de que le mataran. Descubrió que Lucifer era Mark, el lugarteniente de Luca Maltesse. Nadie ha vuelto a saber de ellos, así que supongo que mi primo los eliminó antes de morir él mismo.

—¿Mark? ¿El segundo al mando de los Maltesse? ¿Cómo es eso posible? —Tanto Mary como Teresa se miraban una a otra con asombro—. ¿Cómo lo descubrió el señor Ryan?

—No lo sé. No llegó a contarme cómo lo supo. Solo sé que estaba seguro de que era él.

—Me alegro que nos lo haya contado —afirmó Mary con tristeza—. El señor Ryan descansará en paz sabiendo que el asesino de su padre también está muerto.

—Sí, claro —aceptó Sebastián con quien su primo no había tenido ningún secreto.

Una semana después.

Sebastián despidió al abogado y se sentó en el despacho con el USB que le había entregado el hombre entre las manos. En breve podría volver a su casa. Además de liquidar los negocios de su primo, tenía a varios detectives tratando de descubrir a dónde había huido su mujer. Era como si se hubiera esfumado de la faz de la tierra y se estaba volviendo loco. No podía apartarla de su cabeza. A ella y a su hijo. Cuando pensaba que era la tercera vez que le abandonaba le entraba una rabia tan grande que sentía ganas de golpear algo o a alguien.

Mary entró para informarle que ya estaba la cena, momento que aprovechó para ponerla al día de las últimas novedades:

—Ya he liquidado todos los negocios de mi primo y tengo a una persona interesada en la casa.

—Gracias, señor Sebastián. Reconozco que echaré de menos vivir aquí.

—He encontrado diferentes compradores para cada uno de los negocios de Ryan y ni siquiera han discutido demasiado las condiciones.

—Me alegro —afirmó ella con una sonrisa—. ¿Se irá en cuanto venda la mansión?

—Sí, aunque primero... no sé si debería contarte esto —comentó de forma confidencial.

—Sabe que puede confiar en mí. Quería al señor Ryan y a la señorita Katy como los hijos que nunca he tenido. Está resultando muy duro recuperarse de su muerte —reconoció sin poder evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—El notario me ha hecho llegar un USB con información sobre Lucifer.

—¿Sobre Lucifer? ¿No decía que estaba muerto y que había resultado ser el lugarteniente de Luca Maltesse?

—Sí. Eso es lo que me contó mi primo antes de morir. Lo que no sabía era que, al parecer, mi primo había hecho un trato con el FBI.

—¿Con el FBI?

La mirada de asombro que Mary le dirigió le hizo darse cuenta de que jamás lo hubiera

sospechado.

—Sí, no se lo digas a nadie. Mi primo quería dejar esta vida, así que había llegado a un trato con los federales. Inmunidad a cambio de la identidad de Lucifer. Y creo que en ese lápiz están reunidas todas las pruebas que había recopilado contra él. No sé si merezca ya la pena siquiera verificar su contenido.

—¿Aún no lo ha visto?

—No. El notario acaba de entregármelo —explicó al tiempo que le mostraba el USB—. Por un lado quiero verlo y por otro... no estoy seguro de que merezca la pena. Lo pospondré hasta mañana por la mañana.

Acto seguido, guardó el *pen drive* en un cajón del escritorio, que cerró con llave, y salió con Mary del despacho. Su hombre de confianza le esperaba en el comedor.

Una vez allí, ambos dieron cuenta de la cena con gran apetito mientras hablaban de negocios. Llevaba demasiado tiempo apartado de los suyos. Si vendía la casa podría regresar a su ciudad. Acabada la cena, se despidió de su segundo y se retiró a descansar. Antes de subir a su dormitorio, se acercó hasta la cocina para agradecer a Teresa los succulentos platos y, de paso, hablar con Mary.

—Si quieres, cuando haya visto los archivos mañana, os comento su contenido —ofreció antes de retirarse.

—Gracias, señor. Se lo agradecería mucho.

—¿De qué archivos habla? —preguntó Teresa cuando Sebastián salió de la cocina.

—Parece ser que el señor Ryan estaba recopilando pruebas en contra de Lucifer. Tenía un acuerdo con los federales. El notario le ha dado al señor Sebastián un lápiz de memoria con las pruebas.

—¿Y qué pruebas son esas?

—Ni idea. Ya has oído lo que me ha dicho. Lo mirará mañana por la mañana. No nos queda mucho tiempo en esta casa. Parece ser que hay una persona interesada en comprarla.

De madrugada, una sombra se deslizó en dirección al despacho. Entró en el mismo y extrajo del cajón superior el USB. Lo observó con una gran sonrisa. Sebastián era un ingenuo al no comprender que había un espía en la casa de Ryan; que siempre lo había habido. Vería el contenido del lápiz antes que nadie y, si había en él algo comprometedor, se encargaría de destruirlo.

Encendió el ordenador e introdujo la contraseña. Era increíble lo que se podía conseguir con un buen programa informático. Había sido muy sencillo instalarlo. En el momento que Ryan había introducido la contraseña esta había quedado grabada en un archivo que le había llegado vía wifi y así había podido entrar en él cada vez que había querido.

Abrió el lápiz de memoria y vio que solo contenía un vídeo de unos pocos kb. Lo abrió y apareció la imagen de Ryan, que sonreía a la cámara. Dio al *play* y, ante su sorpresa, el vídeo se paró a los dos segundos.

«¡Qué extraño!» pensó para sus adentros. En el momento en el que sacó el lápiz de memoria para volver a dejarlo en su lugar, le deslumbró la luz del despacho que se encendió de forma sorpresiva.

—Hola, Lucifer —saludó Sebastián —. Sabía que en cuanto descubrieras lo del USB no

podrías resistirte a mirar.

—No hay nada en él —replicó Lucifer sin negar su identidad. Ya no tenía sentido, era evidente que le había descubierto.

—No. No hay nada. Llevo una semana intentando que salieras a la luz sin conseguirlo. Sabía que, si te hacía creer que el lápiz contenía pruebas de tu identidad, intentarías hacerte con él para destruirle.

—Así que en realidad no tenías ninguna prueba. ¿Qué pretendías conseguir? ¿Desde cuándo sabes que Mark no era Lucifer?

—Lo que necesitaba era una prueba para entregar a los federales. No te mentí cuando te conté que mi primo había hecho un trato con ellos. Inmunidad a cambio de Lucifer. Sabía que eras tú, no obstante, necesitaba una prueba —le explicó mientras señalaba a la cámara que no había visto en el despacho—. Te voy a entregar.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó Lucifer con rabia.

—Tienes razón —afirmó Sebastián con una sonrisa—. A mí no me importa.

—Pero a mí sí —contestó otra voz que hizo que Lucifer se girase con rapidez. Katy y a Ryan le observaban desde la abertura que habían dejado al desplazar la chimenea.

—¡Estáis vivos! —exclamó en un jadeo ahogado—. ¿Mark?

—Mark está muerto —le anunció Ryan—. Debiste rematarme como le ofreciste a Mark en vez de huir cuando viste que caían por el barranco, así te hubieras dado cuenta de que Katy se salvó del accidente de forma milagrosa. Su destino nunca fue morir allí, así como el mío nunca fue morir a manos de mi hermano.

—¿Por qué fingisteis vuestra muerte? ¿Y cómo pudisteis hacerlo? Cuando me fui, me crucé con un coche patrulla y una ambulancia —exigió saber Lucifer mientras miraba con rabia de uno a otro.

—Antes de abandonarme y darme por muerto, Mark debería haberse asegurado de que no tenía mi móvil conmigo. Solo tuve que pedir ayuda. En cuanto a la policía y la ambulancia... En realidad, trabajaban para mí.

—¿Me estás diciendo que no eran auténticos?

—La policía no. Eso solo fue para ahuyentar a los curiosos. En cuanto a la ambulancia, sí era personal sanitario real, aunque trabajaban para mí. Es increíble que con todos los años que llevas en esta casa no te dieras cuenta de la verdad. Cuando rescataron a Katy con vida de aquel coche me contó quién eras. Elaboramos este plan porque estaba seguro de que era la única forma de que te descubrieses. Necesitaba pruebas. Los federales no me hubieran creído.

—¿Y ahora?, ¿qué vas a hacer?

—Voy a entregarte. Eres mi pasaporte a una nueva vida.

—Ninguno vais a tener una nueva vida —rugió Lucifer, al tiempo que sacaba un arma de entre sus ropas. Apuntó a Ryan que situó a Katy a su espalda. En el momento en el que pulsó el gatillo, dos detonaciones simultáneas invadieron la estancia ahogadas por el grito de miedo de Katy.

Los hombres de Sebastián, alertados por el escándalo, irrumpieron en el despacho. El disparo de Lucifer había errado. Ryan había logrado apartarse a tiempo, arrastrando a Katy consigo. La segunda detonación, procedente del arma de Sebastián, había acertado en el blanco. Lucifer le miró con el asombro reflejado en su rostro mientras una mancha carmesí surgía de su pecho en el lugar donde yacía el corazón.

Ryan se acercó con rapidez y le arrebató el arma mientras Lucifer se derrumbaba entre sus

brazos.

—¿Por qué? —quiso saber con tristeza—. ¿Por qué lo has hecho... Mary?

Aun a sabiendas de que se trataba de la tía de Mark, resultaba un duro trago aceptar que ella había estado dispuesta a matarlos, pese a que tanto Katy como él la habían querido como a una madre.

Mary le miró como si fuese a decir algo. Exhaló su último aliento y murió entre sus brazos.

Epílogo

*S*eis meses después. Nueva York.

—¿Me concede este baile, señora Moretti?

—Encantada, señor Moretti. Sabe que lo que más disfruto es cuando bailo con mi marido.

Ryan tomó a Katy en brazos y la condujo a la pista de baile. Ryan Sposito y Kimberly Swan estaban muertos, así que no tenía ningún sentido resucitarlos. Por fin eran libres. Había logrado abandonar esa vida que parecía condenado a perpetuar. Estaba cansado de mentir, de asesinar. Solo quería ser feliz junto a su amada.

Cuando Mark le disparó, logró salir del cobertizo a tiempo para ver cómo caía el coche por el barranco. El dolor que sintió superaba al de su propia herida. Un par de coches que pasaban en ese instante, testigos del accidente, pararon para intentar ayudar, lo que hizo que Mary huyera sin llegar a descubrir que él aún vivía.

—Steven. Necesito un equipo de limpieza y asistencia médica —le ordenó a su lugarteniente en cuanto este le cogió el teléfono.

Aún no estaba seguro de que Katy o Mark continuasen con vida, lo único que tenía claro era que no iba a permitir que se implicasen las autoridades. Le explicó a Steven la situación y, al cabo de pocos minutos, aparecieron un coche patrulla y una ambulancia. Como siempre, a Ryan le sorprendió su rapidez y eficacia. Los testigos fueron dispersados sin llegar a descubrir que en realidad todos ellos formaban parte del equipo de limpieza contratado, experto en crear simulaciones.

Rescataron a Katy herida, pero con vida, y el cadáver de Mark, que había salido disparado del coche por el impacto y se había partido el cuello en la caída. Ella le explicó quién era la tía de Mark, así que falsificaron informes policiales para que en la versión oficial constara que tanto Katy como Julen habían perecido en el accidente de tráfico y Ryan había sido asesinado en los túneles por un atacante desconocido. Necesitaban que Mary se confiara para que cometiera un error. Los federales no le darían inmunidad si no les entregaba a Lucifer. Lo necesitaba. No quería tener que pasarse la vida mirando por encima del hombro, esperando a ser detenido en cualquier momento.

Según descubrieron con posterioridad, Mary se llamaba en realidad Brooke Price y había entrado a trabajar a su casa un año después de que Mark escapara del prostíbulo en el que le retenían. Su tía Brooke y él habían comenzado a planificar su venganza y el primer paso había sido infiltrarse en su casa para poder descubrir todos los secretos de Stefano Sposito y después inmiscuirse en la vida de Ryan. ¿Qué habían planeado para Stefano Sposito y para él? Nunca lo sabrían.

Ryan abrazó con más fuerza a Katy mientras bailaban y se dio cuenta de lo afortunado que era. Por fin se había liberado del destino que había fijado su padre para él y podía vivir su vida con la mujer que amaba. Se habían mudado a la misma ciudad en la que residía Sebastián y aunque este tenía muchos negocios dudosos, también tenía otros respetables. Era en estos últimos, precisamente, donde Ryan había aceptado participar como socio.

De pronto, el baile se vio interrumpido por su primo, que se acercó a ellos visiblemente enfadado y acompañado por una de las camareras de la fiesta, a la que llevaba a rastras y sujeta por la muñeca.

—Tengo que dejaros. Acabo de encontrar a mi díscola esposa —anunció con amargura al tiempo que acercaba a la joven para que ambos pudieran ver su rostro.

Cuando Katy había oído hablar de la huidiza mujer de Sebastián siempre se la había imaginado parecida a su exesposa Wendy, una mujer altiva y fría. Sin embargo, la joven que se presentaba ante sus ojos estaba pálida y aterrorizada. De cabellos rojizos y figura voluptuosa, le recordaba un poco a Rita Hayworth. Temió por ella. Nunca había visto que Sebastián maltratara a una mujer, pero era evidente que estaba furioso y temía de lo que fuera capaz.

—¿Qué vas a hacer con ella? —No permitiría bajo ningún concepto que maltratase a su esposa por muy enfadado que estuviera con ella.

—No voy a pegarle, si es lo que piensas —replicó él con cinismo—. La sujeto para que no se escape porque es una experta en fugarse. Me va a llevar hasta nuestro hijo, ¿verdad, querida? —demandó mientras la miraba casi con odio.

La joven, que parecía asustada, asintió mientras miraba hacia otro lado avergonzada.

—Despídete, preciosa —le sugirió Sebastián sin soltarla el brazo—. No te preocupes —le advirtió con una risotada—. Les verás a menudo. Seguro que Katy y tú llegáis a ser grandes amigas.

La joven tragó saliva con dificultad y miró tanto a Katy como a Ryan. Abrió la boca y, durante unos segundos, Katy estuvo segura de que quería pedirle ayuda. Esperó expectante, dispuesta a hacerlo si se lo pedía. No obstante, la chica debió cambiar de opinión, cerró los ojos y cuadró los hombros como si estuviese dispuesta a aceptar todo lo que Sebastián dispusiera.

Este se dio la vuelta y tiró de ella para salir de la fiesta. En ese momento, Katy se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre:

—Espera, ¿cómo te llamas? —quiso saber antes de que se alejara.

—Jazmín —musitó la joven.

Katy no pudo evitar que sus ojos se fueran al pecho cubierto de Sebastián, en el que tantas veces había visto la imagen de esa flor tatuada junto a su corazón.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre quiero agradecer a mis lectores cero, mi marido y M^a José Espinosa, así como a mi correctora Sandra Cuervo por sus consejos y aportaciones que hacen que esta historia sea mejor que cuando la escribí.

Otros títulos publicados de Romantica's Sandra

Almas rotas

No te olvidé

Vuelve a mí

El precio de tu amor

Orgullo y dolor

Dueña de mi corazón

Títulos publicados de Juvenil's Sandra

La mansión encantada

Viaje a Eldor

El duende de las letras

Si te ha gustado este libro, agradecería me dejases un comentario en Amazon. Servirá para que se vendan más libros y así pueda seguir escribiendo más historias como esta.

Gracias